

*Las rosas
de las espinas*

Alexandra Martin Fynn

EDICIONES SIMIONEMA

Las rosas de

LAS ESPINAS

Alexandra Martin Fynn

Ediciones Simionema

1.ª edición tapa blanda: febrero, 2021
©2021 by Alexandra Martin Fynn
ISBN de la ed. tapa blanda: 978-84-949481-7-6

Visita www.simionema.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.
Contacto: info@simionema.com

Diseño de portada e ilustraciones: equipo editorial Simionema

Imágenes: 123rf, Kamil Majdanski, Irina

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Mi esposo, Aldo, fue la persona que me alentó a convertirme en escritora. A él dedico este libro, con amor y gratitud.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Epílogo](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otros títulos de la autora](#)

A la memoria de Elizabeth Colt (1826 - 1905), brillante empresaria y ferviente defensora de los derechos de las personas.

*«Podemos quejarnos porque los rosales tienen espinas
o alegrarnos porque las espinas tienen rosas».
Abraham Lincoln, 1850*

Capítulo 1

Hartford, Connecticut, 8 de octubre de 1862

Elizabeth Colt, la propietaria de la fábrica de revólveres más importante de los Estados Unidos, se hallaba trabajando frente al pequeño escritorio que había dispuesto en su alcoba. A través de los enormes ventanales, enmarcados por cortinas satinadas, se atisbaba el hilo cerúleo que comenzaba a ganar la batalla a la noche. Una lámpara de aceite iluminaba el gesto concentrado de la mujer, que respondía a la carta que le había enviado Abraham Lincoln.

Desde que iniciara la Guerra de Secesión, un año atrás, la demanda de armas se había duplicado y la compañía recibía permanentes presiones por parte del Gobierno.

La elegante caligrafía de la «Primera dama de Hartford», tal como la llamaban, ornaba las páginas de la misiva que dirigía al jefe de Gobierno:

Respondiendo a su inquietud, señor presidente, confíe en que la compañía Colt seguirá funcionando al máximo de su capacidad para apoyar su magnífica gesta. Si los más de mil empleados con los que cuento no alcanzan para sostener la producción, contrataré a mil más. Debemos ganar esta guerra, para que el sueño de la libertad de los esclavos se vuelva realidad. Si los estados del sur se independizan de los Estados Unidos y fundan una nación basada en el tráfico de personas, la humanidad toda habrá fracasado. Esta fábrica no descansará hasta que la Unión se alce victoriosa.

La mujer debió abandonar la tarea por un momento para limpiarse la enrojecida nariz. Desde hacía dos días no paraba de toser y estornudar. Sin duda, aquella indisposición era consecuencia de todos los pesares que había debido sobrellevar en los últimos diez meses: su esposo había fallecido el pasado enero, víctima de la enfermedad de la gota y, en agosto, debió afrontar la pérdida de su embarazo, que se encontraba en estado avanzado. Aquella criatura que llevaba en el vientre había sido el único consuelo frente a la muerte de Samuel. Pero el destino se llevó también a su pequeña niña, dejándola devastada.

En aquel momento, entró en el cuarto la señora Witts, el ama de llaves de la mansión. Cualquiera la hubiera confundido con la dueña de la casa, de tan orgullosa y augusta que era su postura.

—Buenos días, señora —saludó—, ya son casi las seis de la mañana, ¿desea que le haga traer una taza de chocolate?

—Buenos días, querida. En un rato, por favor. Aún no termino con esto —respondió Elizabeth, entre toses.

—En media hora le haré subir el servicio.

La mujer ya se retiraba, pero se volvió y dijo:

—No lo tome a mal, señora, pero, ¿me permite hacerle una sugerencia?

—Por supuesto.

—Quizá le convendría guardar cama, al menos por un par de días. Y llamar al médico. Aunque usted insista en ignorarlo, es evidente que está cursando un fuerte constipado.

Elizabeth desestimó aquello con un ademán y replicó:

—Querida, agradezco mucho su preocupación, pero no tengo tiempo para caer enferma. Estamos en guerra; no puedo permitirme ni la debilidad ni el descanso.

—Lo sé, señora, pero...

—Tengo apenas treinta y cinco años. Dormiré cuando sea vieja.

En aquel momento, una doncella entró a la habitación.

—Señora Colt, disculpe la interrupción —dijo—. Acaba de llegar un jinete; un soldado. Dice que trae una carta urgente de parte del comandante del Ejército del Potomac, el general George McLellan, y que debe entregar el sobre en mano. Le dije que usted no estaba en condiciones de recibirlo, pero él insistió mucho.

Ante la mención de su viejo amigo, Elizabeth se envolvió en su pesada bata e indicó:

—Que pase a verme.

—Pero... ¿usted está en ropa de cama! —reclamó el ama de llaves.

—Él cabalgó tres días seguidos desde Arlington Heights para llegar aquí y no lo voy a tener esperando. Hágalo subir y prepare un cuarto para que el pobre se asee y descanse.

Las dos empleadas se retiraron y cerraron la puerta tras de sí.

El joven militar se mostró avergonzado cuando sus botas dejaron un reguero de barro en la lujosa alfombra Aubusson. Estaba tan sucio que el azul de su uniforme casi no se distinguía bajo las capas de polvo que lo cubrían. No aceptó la invitación a sentarse, por temor a dejar inservible la silla que le ofrecían.

—¿Cuál es su nombre, muchacho? —se interesó Elizabeth.

—Gregory Hall, señora.

—Muy bien, Gregory. Dígame, ¿cuál es el mensaje que desea entregarme personalmente?

—El comandante McLellan me pidió que le dé esta carta. Debo aguardar a que usted escriba la respuesta, para llevársela a él lo antes posible.

—La leeré en este mismo instante. Ahora, vaya con la señora Witts. Ella le está preparando un cuarto para que pueda lavarse, comer y descansar un poco.

—Le agradezco su generosidad, señora Colt, pero debo partir lo antes posible. Si tengo sueño o hambre, no tiene importancia. Debo responder a mi comandante.

Elizabeth sonrió. Era sabido que McLellan era idolatrado por sus tropas.

—Si no come ni duerme, caerá rendido en el camino y no podrá cumplir la orden de su superior —la mujer tiró del cordel que llamaba al servicio—. El ama de llaves lo acompañará.

El muchacho agradeció y siguió los pasos de la empleada.

Cuando se encontró a solas, Elizabeth rompió el sobre con el sello del Ejército y leyó la carta que contenía. De inmediato comprendió porqué McLellan no había utilizado ni el correo militar ni el telégrafo para comunicarse con ella.

*Arlington Heights, Campamento General
del Ejército del Potomac,
5 de octubre de 1862*

Querida E.:

Espero que te encuentres muy bien y que el pequeño Caldwell esté creciendo sano y fuerte. Lamento mucho no haber podido visitarte luego del fallecimiento de tu esposo. Bien sabes el afecto y el agradecimiento que le he profesado a lo largo de estos años, pues él ha sido para mí

una fuente invaluable de inspiración y apoyo.

Yo me encuentro bien, aunque mi alma sangra por el resultado de la batalla de Antietam. Obtuvimos una victoria sobre el ejército que comanda el general Lee, pero eso no me brinda más que la tibia satisfacción de haber cumplido con mi deber. En un solo día perdí a 12 000 soldados, entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos. Desde el parapeto en el que me encontraba mientras se producía la lucha, vi a mis muchachos caer y amontonarse como pilas de carne inerte. Y observé a los sobrevivientes, arrastrando sus maltrechos espíritus, con los miembros agarrotados y los ojos secos de tanto llorar a sus compañeros.

Al final de aquella dramática jornada, recibí órdenes de Lincoln en las que me instaba a lanzarme, de inmediato, tras las tropas confederadas. Su plan era cortar la retirada a Lee, antes de que él pudiera reponerse de sus pérdidas en el campo de batalla. Sin embargo, desoí sus demandas, pues hacer aquello hubiera implicado sacrificar miles de hombres más. Él se niega a comprender que hoy no cuento con los recursos necesarios para asegurar una victoria: los regimientos están mermados y las municiones escasean. También tenemos una urgente necesidad de nuevas armas, pues muchas de las que teníamos se averiaron en la refriega y hemos perdido miles a manos de los rebeldes.

Tengo la conciencia tranquila, pues sé que mi decisión fue acertada. Sin embargo, todos se han vuelto en mi contra: los políticos, los oficiales y los periodistas opinan que soy indeciso y cobarde. Peor aún; me llaman traidor, por haber dejado escapar a Lee. Y Lincoln sigue presionándome para que lance mis tropas al campo de batalla, aun en la precaria situación en la que se encuentran. Yo resisto en mi convicción, pero sé que, más temprano que tarde, serán sus órdenes las que se ejecuten. Por ello, me urge recuperar mis recursos. Nuestro ejército será arrasado si no contamos con armas suficientes antes de una nueva lucha.

En suma, necesito tu ayuda. No te pediré nada en concreto, pues lo último que deseo es comprometerte. Si lo único que puedes enviarme son palabras de aliento, estas serán para mí un tesoro en este escenario de desolación.

De más está decir que esta comunicación y todas las que sigan, sea cual fuere su naturaleza, deben mantenerse en el mayor de los secretos. Si envías a alguien a reunirse conmigo, asegúrate de que sea una persona de nuestra mutua confianza. Recelo de todo el mundo.

*Tuyo,
G.*

Elizabeth dejó la carta sobre el escritorio y se tomó el rostro con las manos. Pensó que McLellan debía estar realmente desesperado para ponerla en una situación tan delicada como aquella. Él no podía ignorar que, si se descubría que ella le había enviado armas de manera ilegal, aquel sería el fin de la compañía Colt. Y había sido inteligente al elegir las palabras que estampara en su carta: ¿cómo podría alguien negarse a brindar una ayuda que evitaría la muerte de miles de seres humanos?

La mujer se restregó los ojos, como si de ese modo pudiera aclarar su visión. Pero solo un cúmulo de ideas contradictorias se enredaron en su mente.

—Si tan solo Sam estuviera aquí... —susurró.

Entonces, se puso de pie y se acercó a la enorme pintura en la que estaba plasmada la figura de su esposo. Y con un suave ademán, extendió la mano para acariciar el marco dorado.

—¿Qué debo hacer, querido mío? —le preguntó a la imagen del retrato.

Elizabeth sabía muy bien que el padre del comandante había sido una persona muy importante para Samuel Colt. Su apoyo había sido clave en un momento en el que el contexto económico y político se presentaba muy adverso para el inventor de armas. Tan estrecha se volvió la amistad

entre ambos que, en el lecho de muerte del anciano doctor McLellan, Samuel le juró que velaría por el porvenir de sus dos hijos varones. Dado ese compromiso, Elizabeth estaba segura de que su esposo hubiera deseado que ella honrara la promesa hecha a un moribundo. Aquella certeza la inclinaba en favor de enviar la ayuda que el militar le solicitaba. Por otra parte, ella no dudaba de que McLellan ansiaba salvar la vida de miles de soldados; una gesta que apoyaría cualquier persona con corazón. Sin embargo, comprendía cabalmente que enviarle armas al comandante, sin la anuencia del Gobierno, era una jugada que podía poner en riesgo el futuro de su fábrica y de todo aquello por lo cual ella y su esposo habían luchado tanto.

Urgida por resolver su conflicto interior, la mujer unió las manos en oración. Su padre, el reverendo William Jarvis, le había inculcado el camino de la fe, y ella lo transitaba cada vez que necesitaba reunir fuerzas para salir adelante. En aquel momento, requería más que nunca la guía del Señor, pero de Él solo obtuvo un angustioso silencio. Agobiada por la roca que le pesaba en la espalda, volvió a dirigir la mirada a la imagen de su amado. Fue entonces cuando los primeros colores del alba iluminaron la habitación y un reflejo rojizo pareció dar vida al retrato de Samuel Colt. A Elizabeth se le empañaron los ojos y, por un instante, tuvo la impresión de que él le sonreía. Entre lágrimas, tomó aquello como la señal que estaba esperando y se sintió algo más aliviada.

En su corazón y en su mente, la decisión estaba tomada: no ignoraría el pedido del general McLellan, en honor a todo lo que su padre había hecho por Samuel Colt. Y, menos aún, dejaría indefensos en la batalla a miles de soldados que luchaban por una causa noble. Estaba dispuesta a correr los riesgos que fueran necesarios.

Con la decisión asumida, regresó a su escritorio, colocó la mano sobre la carta que había estado escribiendo a Lincoln y dijo, en voz alta:

—Perdóname, Abraham, por hacer esto a tus espaldas. Es en beneficio de tu causa.

Con algo de alivio por la resolución adoptada, era menester reflexionar acerca de cómo instrumentar la ayuda que le ofrecería a McLellan. Lo primero que debía decidir era qué tipo de armamento enviar. Sabía que al comandante le convendría recibir rifles Springfield, los mismos que el Ejército distribuía entre los soldados; pero aquello no sería posible. Deshacerse de un gran número de armas largas implicaría incumplir el contrato que la Colt había firmado con el Gobierno y aquello resultaría en multas monstruosas para la compañía. Elizabeth decidió, en consecuencia, entregar revólveres que, además, serían más simples de transportar de incógnito.

George había mencionado que muchas de las armas con las que contaba se habían averiado en batalla. Ella sabía que algunas podrían ser reparadas por sus empleados, pero la fábrica no podía prescindir de los brazos de sus operarios, dada la enorme cantidad de trabajo que tenían pendiente. Sin embargo, si se reordenaban los turnos y se ajustaban algunos procesos, podía hacer el sacrificio de enviar algunos hombres. Pero solo serían unos pocos; los suficientes para sacar del aprieto a McLellan. La idea era que los enviados permanecieran unos días en el campamento militar, tratando de arreglar la mayor cantidad de revólveres y rifles que fuera posible.

Ahora Elizabeth debía pensar en quiénes serían las personas idóneas para realizar semejante labor. Sin duda, deberían ser excelentes trabajadores, además de hombres de su entera confianza. Casi sin proponérselo, tres nombres acudieron a su mente: William Green, George Arlen y Jim Carson, tres obreros que, además de ser excelentes personas, eran incansables y muy capaces. Los tres habían sido esclavos fugitivos que, tras su huida, se refugiaron en la fábrica de Colt, al amparo de Samuel y de ella. Y Elizabeth sabía que el honor de aquellos hombres haría que dieran su vida por cualquier causa en la que ella se embarcara.

Por último, McLellan había enfatizado que, si ella le enviaba ayuda, él no se atrevería a

recibirla de manos de alguien que no fuera de incuestionable confianza. Y ese no era un asunto menor. «¿Quién podrá ser?», se preguntó Elizabeth. «¿Alguien de su familia?, ¿de la mía?».

Debía elegir a una persona que no despertara ninguna suspicacia en el comandante. Y ella sabía que McLellan era un hombre que honraba los lazos afectivos que mantenía con sus allegados. Por esa razón, comenzó a vislumbrar, entre los nubarrones de su mente, a una persona: la prima de su fallecido marido, Maddison Thomas, una joven inteligente y valerosa, que no trepidaría en embarcarse en una empresa tan compleja como aquella. Pero más allá de sus cualidades personales, Maddie trabajaba en la fábrica y sabía todo sobre las armas que allí se fabricaban. Y lo más importante, y condición central de la elección, era que la muchacha había mantenido una relación sentimental con McLellan, cuando él era un joven militar. El ahora comandante jamás dudaría de ella.

Sin embargo, un velo de inquietud opacó su incipiente satisfacción por el rompecabezas resuelto: tanto Maddison como los tres empleados obrarían movidos por la lealtad y su propia capacidad. Pero faltaba una pieza que no había sido considerada: ¿qué pasaría si las autoridades del norte sorprendían a los viajeros, descubriendo la carga de armas? Si aquello sucedía, ellos y Elizabeth misma serían acusados de contrabando, o algo peor. Sin duda, en tan complicada situación se requeriría de una mente fría, calculadora y entrenada en el arte de la argumentación legal; esa no era otra figura que la de un abogado..., pero no cualquiera. Un leguleyo de oficina se descompondría ante la idea de emprender semejante misión. Además, tal sujeto también debería ser confiable y leal, aparte de osado y capaz de defender los intereses de la Colt con uñas y dientes. No había mucho más que pensar: Jack Johnson, el abogado personal de su difunto esposo. Un hombre tan enigmático como efectivo, mezcla extraña de profesional meticuloso con aventurero salvaje. Sí, él era la elección adecuada.

La viuda esbozó una sonrisa; todas las piezas encajaban. Decidida, tomó un papel y escribió:

Querido G.:
La ayuda va en camino.
Con afecto,
E.

Maddison Thomas se encontraba en su despacho de la compañía Colt, releendo la nota que su prima Elizabeth acababa de enviarle. Su figura empequeñecía en el enorme espacio que ella misma había decorado, siguiendo un criterio tan austero como estricto. La estética del lugar, casi cuáquera, armonizaba con el vestido gris y sin adornos que llevaba su única ocupante.

La nota rezaba:

Necesito que llesves 1000 revólveres al Campamento General del Ejército del Potomac.
Por favor, ven a verme a las 12.
Elizabeth

Al leer la nota por primera vez, Maddie quiso pensar que la remitente estaba gastándole una broma. Sin embargo, no pudo evitar que se encendiera una alarma en su cabeza: Elizabeth Colt jamás bromeaba sobre ningún aspecto relacionado con su fábrica.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Señora Thomas —Adela Bright, su asistente, entró en el despacho—, ha llegado el encargado de manufactura. ¿Lo hago pasar?

—Sí, por favor. Y pídale al señor Wilson que prepare la calesa para partir a las 11:45.

—Ahora mismo —dijo la joven, presta a cumplir el recado.

—¡Ah! ¿Adela?

—Sí, señora.

—¿Regresó ya el señor Bale?

—No, señora. Salió temprano a la fragua, pero aún no ha regresado.

—Si llega mientras no estoy aquí, dígame que vaya a verme a la casa de la señora Colt. Necesito saber si ha conseguido las aleaciones que necesitamos. Y, por favor, envíe a alguien al puerto. Ya debería haber noticias del buque que nos trae el acero desde Inglaterra. Lleva dos semanas demorado.

La asistente asintió, desapareció sin hacer ruido y luego volvió a entrar, acompañada por un anciano vestido con ropa de trabajo. Sus blancos cabellos hacían ver más oscuro aún el rostro moreno.

—Señor Henry, pase, por favor. Me da gusto verlo —saludó ella—. Dígame, ¿me trae buenas noticias?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, señora Maddie, pero las piezas que necesitamos no han llegado —informó—. Los hombres se están esforzando al máximo; trabajan doce o trece horas por jornada, pero si se nos agotan los recursos que tenemos en existencia, no podremos seguir fabricando. Lo lamento mucho. Sé que le estoy fallando a usted y a la señora Colt, pero no sé qué más hacer.

Maddison dio la vuelta al escritorio y depositó la mano en el marchito brazo del empleado.

—Tanto Elizabeth como yo le estamos agradecidas por todo lo que usted hace para mantener la producción al día —expresó—. La lentitud en la entrega de suministros es producto de la guerra que lo ha complicado todo. No es culpa suya. No sé qué sería de esta fábrica si usted no estuviera aquí.

—Seguiré dando lo mejor de mí para servirle a la señora, así como le he servido por tantos años al señor Colt —afirmó el hombre con orgullo—. Bien..., ahora regresaré al trabajo. Si recibo novedades, se las haré saber de inmediato.

Maddie le agradeció y lo acompañó hasta la puerta. Cuando él se hubo retirado, ella se dirigió a la ventana a través de la que se veían los cuatro edificios en los que se fabricaban las armas. Permaneció allí por unos momentos, admirando el ajetreo de las más de mil almas que trabajaban en la compañía. Le parecía increíble ser parte de aquella empresa que comenzara como un emprendimiento y que había llegado a ser la fábrica de revólveres más importante del mundo. Ella había sido testigo directo de cómo su primo había transformado un enorme terreno pantanoso en un emplazamiento sobre el que hoy se erguían la factoría y los talleres.

Siendo una muchacha, y en contravención con las estrictas reglas de su madre, Maddie pasaba las tardes recorriendo las instalaciones y aprendiendo los nombres de las piezas de los revólveres. A los empleados les hacía gracia charlar con aquella jovencita que hacía preguntas y se entusiasmaba con cada nuevo avance en el proceso de producción.

Al cumplir diecisiete años, Samuel Colt le regaló un reluciente revólver Colt Navy modelo 1851. En el cañón, el inventor había hecho labrar el nombre de la joven, rodeado de capullos de rosas. Para ella no hubo día más feliz que aquel. Aprender a recargar y disparar el arma le resultó todo un desafío: el Colt Navy era un artefacto pesado y de mecanismos duros, que requería de un despliegue de fuerza que una muchacha no poseía. Sin embargo, Maddie era tenaz y pasó muchas

horas practicando en el campo de pruebas de la fábrica. Así, llegó a convertirse en una excelente tiradora.

El siguiente cumpleaños de Maddie no tuvo la alegría y el color del anterior. En lugar de un regalo tan bello como aquel Colt Navy, la joven recibió la peor noticia de toda su vida: su padre la había prometido en matrimonio con Archibald Thomas, un rico plantador de algodón de Carolina del Sur. Un hombre al que ni siquiera conocía y que le llevaba treinta años. Y por si aquello no fuese suficiente para amargar la existencia de la muchacha, aquella boda significó separarse para siempre de George McLellan, un joven militar de quien se había enamorado.

Pese a la evidente angustia de Maddie, el matrimonio se llevó a cabo y la vida con aquel hombre se extendió por siete interminables años, hasta el día exacto en que Thomas perdió la vida en un accidente de equitación. La desaparición de su marido liberó a la joven de una existencia de agravios y malos tratos, y le permitió comenzar una nueva vida. Al poco tiempo, la viuda vendió la finca de su esposo y regresó a Hartford, para estar cerca de su primo Samuel y su esposa Elizabeth. En ese momento, consciente de que la vida le había devuelto la paz y su independencia, juró no volver a casarse.

La imagen que había construido para sí, de viuda circunspecta e inaccesible, era la armadura perfecta para desanimar a cualquier devenido en pretendiente. Aquel disfraz no podía ser más contrastante con su verdadera personalidad, alegre y distendida. Pero, aun así, reservaba su verdadero ser a los más cercanos a su afecto. En lo que refería al resto del mundo, se esforzaba por ser percibida como una mujer adusta y severa.

Y aunque habría podido permanecer ociosa por lo que le quedaba de vida, debido a su fortuna, no toleraba la idea de estar en casa realizando las insípidas actividades típicas de las viudas de alta sociedad. Por ello, le pidió a Colt que le permitiera realizar alguna labor en la fábrica.

Como ella hablaba varios idiomas, él le confió algunas tareas en el área en la que se gestionaba la comunicación con los clientes internacionales. Aquello había supuesto un desafío para ella, pues no eran muchos los hombres que estaban dispuestos a hablar de negocios con una dama. Sin embargo, Colt se ocupó de que ellos comprendiesen que a Maddie le sobraba valor e inteligencia y que nadie podría hacer el trabajo mejor que ella. Tres años después de su ingreso a la compañía, la joven era la jefa responsable del Departamento Internacional y mantenía excelentes relaciones con todos los clientes.

La voz de Adela interrumpió sus reflexiones.

—Ya está listo su transporte, señora Thomas.

—Gracias. Una cosa más: en aquel cajón hay una carta que debe ser despachada de inmediato con destino a Moscú. Asegúrese de que salga en el próximo barco con dirección a Europa. Y archive los registros de las ventas a nombre del general Zeheb, de Áncora. Esa cuenta quedará suspendida mientras dure la guerra aquí. ¿A qué hora viene mañana el enviado del Gobierno alemán?

—A las 8:30, señora.

—Muy bien. Gracias, querida.

Dicho esto, Maddie casi voló hasta donde la aguardaba el calesín.

Jack Johnson se encontraba en su despacho de la calle Main, en Hartford, cuando recibió la nota urgente que le enviaba Elizabeth Colt. No le sorprendió la comunicación; se había desempeñado como abogado personal de Samuel Colt por más de quince años y, desde que el hombre falleciera, se había puesto a disposición de su viuda. El honor lo impelía a hacerlo: tenía

una enorme deuda con el genio inventor de armas, quien le había abierto las puertas para tratar con los hombres más poderosos de Estados Unidos. Ofrecer sus servicios a políticos y empresarios había convertido a Jack en un hombre muy rico.

Sin embargo, y a pesar de su exitosa carrera de abogado, Johnson no soportaba el encierro en su despacho. Por ello, era muy frecuente que desapareciera durante días, alejándose de la ciudad, sin destino conocido. Ni siquiera su asistente sabía qué era lo que su jefe hacía durante aquellas excursiones. Lo único comprobable era que el abogado solía regresar maltrecho y hasta herido o con algún hueso roto.

Por fortuna para Jack, los clientes valoraban mucho sus servicios y, aun conociendo sus extravagancias, lo seguían contratando. Pero para el abogado, cualquier cliente era prescindible. Si se le antojaba atender a alguien lo hacía y, si no, lo despachaba sin remordimientos de conciencia. Sin embargo, con los miembros de la familia Colt su actitud era diferente.

Tras desplegar la carta, Jack leyó el breve mensaje que contenía:

Querido Jack, necesito que lleves 1000 revólveres a Arlington Heights. Confidencialidad extrema. Por favor, ven a verme a las 12:30 y te explicaré de qué se trata. Tuya, Elizabeth.

—Donovan... —llamó Jack.

—¡Sí, señor!

Su asistente, que trabajaba en el despacho colindante, se apersonó de inmediato. Se trataba de un joven de veintiséis años, cuya apariencia no podía ser más contrastante con el imponente porte de su jefe. Era bajo y esmirriado, y su testa exhibía una película de fino cabello rubio que amenazaba con extinguirse en muy poco tiempo. El muchacho había recibido su permiso para ejercer como abogado apenas dos años antes, y al obtenerlo, lo primero que hizo fue presentarse ante el afamado Jack Johnson para solicitarle el puesto de secretario.

—Donovan, dile a Dean que prepare mi caballo, por favor —pidió Johnson—. Saldré en media hora.

—Pero, señor..., tiene apuntada una cita para dentro de cuarenta minutos. El cliente que viene a verlo ha viajado desde lejos para reunirse con usted.

—¿De quién se trata?

—Del hijo del gobernador. Él y su padre han sido acusados de vender cañones defectuosos al Ejército y saben que solo usted podrá sacarlos del aprieto.

—Mmm..., conociendo los antecedentes de esos dos, me huele a rata. Y tú, estimado muchacho, lo hueles también. Casi puedo leerte el pensamiento. Entonces, si ambos intuimos la cercanía de un roedor maloliente, ¿por qué insistes en que lo reciba?

—La paga que ofrece son doscientos mil dólares y un terreno de 200 acres, tasado por valor de quinientos mil. Dice que en medio del lote construirá una mansión para usted. Me pareció que le interesaría saberlo.

Jack frunció el ceño.

—¿Una mansión? —dijo—. La *suite* que alquilo en el Hotel Rex es muy cómoda, no necesito una casa. ¿Para qué querría alguien tener una, en medio de la nada?

—No lo sé, señor..., supongo que para llevar a vivir allí a una esposa e hijos.

Jack fingió sorpresa.

—¿Yo tengo mujer e hijos?

—Hasta lo que yo sé..., no, señor.

—Gracias al cielo. Las esposas son criaturas encantadoras y los niños son simpáticos, siempre que vivan bajo el techo de otro pobre infeliz. Dile al hijo del gobernador que se largue.

—Pero, señor, se trata de mucho dinero, ¿está usted seguro?

—Vamos a ver. ¿Acaso ando corto de efectivo? Dímelo tú, que eres quien lleva mis números.

—No, señor. Más bien todo lo contrario.

Johnson escrutó a Donovan, con los ojos entrecerrados:

—Ahora te haré otra pregunta, para evaluar tus dotes de hombre de leyes: conociendo los antecedentes del gobernador y su vástago, ¿cuántos años de cárcel crees que merecen, por el delito que, sin duda, han cometido?

—Ciento veinte.

—¡Así habla un verdadero abogado! —Jack dio un golpe en la mesa—. Estoy orgulloso de ti. Entonces, volviendo al terreno de las decisiones: este sujeto me ofrece una fortuna para que le evite las consecuencias de su delito. Por otro lado, Elizabeth Colt, la viuda de mi gran amigo y el hombre a quien le debo todo lo que tengo, me pide que le haga el favor de llevar un cargamento misterioso a través de 600 kilómetros de tierras plagadas de maleantes. Mmm... ¿Qué debo hacer? Quizá me equivoque, Donovan, pero hazme el favor de enviar al hijo del gobernador con mi estimado colega, Marcel Hatcher. Él lo desplumaré primero y luego lo enviaré a la horca, porque es el peor abogado que ha gestado el sistema educativo de los Estados Unidos. En el cartel que cuelga en su puerta debería leerse: «Marcel Hatcher: estancia en prisión garantizada, sea usted culpable o no».

—Así lo haré, señor.

—Gracias, muchacho. No sé cómo me las arreglaría sin ti. ¡Bien! Prepara todo para mi visita a la señora Colt. Y luego iré a ver al juez Reynolds, para cerrar el caso del pobre Sambo. No quiero que pase la noche encerrado por el crimen de tener la piel oscura y andar por la calle con un bastón en la mano. ¿Cuál es el cargo?

—«Amenaza potencial a la seguridad ciudadana».

—Si es por eso, todo el cuerpo de policía debería estar entre rejas. ¿Le llevaste al reo ropa y comida?

—Sí, señor.

—Bien. Hoy mismo le conseguiré un empleo. La señora Colt encontrará un lugar en su fábrica, estoy seguro.

La mansión de los Colt, cuyo nombre era *Armsmeat*, estaba construida a partir de una mezcla de estilos disonantes, que incluía líneas italianas, cúpulas acristaladas de estilo ruso, ventanas arqueadas y balcones al uso español. Todo lo que el inventor de armas había visto en sus viajes por el mundo parecía estar plasmado en la fastuosa casa que le diera a su adorada esposa como regalo de bodas.

El calesín de Maddie se detuvo frente a la puerta. De inmediato, un espigado mayordomo salió a recibirla.

—Buenos días, señora Thomas —saludó el caballero—. Permítame que tome su sombrero y su abrigo. La señora Colt la espera en la alcoba.

Ella subió las escaleras y encontró a Elizabeth recostada en una lujosa *chaise longue*, leyendo documentos de la fábrica.

—Hola, Lizzy —saludó.

—Pasa, querida. Y cierra la puerta, por favor —La mujer se secó la nariz enrojecida—. Ven,

siéntate... No pises los papeles que se me cayeron al suelo, déjalos, no hace falta que los acomodes. Debemos hablar de algo importante.

En aquel instante, ingresó una doncella, sirvió café y se retiró tan silenciosamente como había entrado. Cuando Elizabeth se aseguró de que estaban solas, habló:

—Te he llamado porque necesito encomendarte una tarea urgente. Sé que el mensaje que te envié debe haberte causado extrañeza y que estarás preguntándote si he enloquecido, o algo peor. Pero créeme que si recurro a ti, es porque estoy más lúcida que nunca. —Y anticipándose a la respuesta de Maddie, solicitó—: Por favor, no digas nada aún. Solo escúchame.

—Te escucharé cuando me digas que no me has pedido que lleve mil revólveres a más de 600 kilómetros de aquí.

—Entonces te mentiría. Maddie: necesito que lleves esas armas. Te lo pido como un favor personal. Pero, más allá de eso, también es necesario que lo hagas por el bien de nuestro país. Esta mañana he recibido una carta de George McLellan, rogando por nuestra ayuda, dado que la batalla de Antietam ha sido una carnicería.

«George McLellan». Maddie hizo un esfuerzo para no reaccionar al escuchar el nombre que tan malos recuerdos le despertaba. Él había sido su único amor; el hombre que juró amarla hasta el fin de sus días, pero que la abandonó sin ninguna explicación ni palabra de despedida. Y ahora, luego de diez años sin verlo, Elizabeth le pedía que volviera a encontrarse con él.

—Usualmente enviamos las armas por tren y en lotes numerados —dijo Maddie, haciendo un esfuerzo por centrarse—. ¿Por qué en este caso es diferente?

—Porque si Lincoln llega a enterarse de que hemos enviado mil armas más de las que hemos inventariado, exigirá que se las entreguemos a él y no a McLellan.

Incapaz de mantenerse sentada, Maddie se puso de pie y comenzó a caminar por el cuarto. La preocupación tensaba su gesto, aunque no era solo lo arriesgado de aquella misión lo que le preocupaba, sino el conflicto personal que aquello implicaba.

—Lizzy —dijo—, sabes que respeto tus decisiones. Pero en esta ocasión, es menester que cobres conciencia de que pones en riesgo el futuro de la fábrica.

—Lo sé, pero estoy segura de que, a pesar de eso, mi esposo habría hecho lo mismo que yo. ¿Sabes? Antes de morir, me hizo prometerle que dirigiría la fábrica tal y como él lo haría. También que cuidaría de nuestros empleados y que nunca, jamás, abandonaría a aquellos que creyeron en él. Pocos lo saben, pero el padre de McLellan fue una de las pocas personas que ayudaron a Sam cuando todo se desmoronaba a su alrededor. Mi marido no me perdonaría si yo dejara al comandante librado a su suerte.

—¿Lo has hablado con tus hermanos? Tú te apoyas mucho en ellos para llevar adelante esta fábrica. Y quizá...

—Dirán que no lo haga. No entenderán por qué he de ayudar a George, pues no están al tanto de su relación con Sam. Esta es una decisión que he tomado sola.

Aunque comprendía la lealtad de su prima, las dudas seguían agolpándose en la cabeza de Maddie:

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Porque estos revólveres deben ser entregados en mano. Ya se habla de McLellan como un traidor, por su reticencia a acechar al general Lee. Él no se arriesgará a recibir un lote de armas ilegales de una persona que no sea de su plena confianza. Sé que luego de lo que ocurrió entre ustedes preferirías no tener que volver a verlo, pero es justo por eso que te envío; él jamás desconfiará de ti. Lo siento, pero eres mi única opción.

Maddie asintió, pesarosa. Su lealtad le impedía negarse a la petición de su prima, aunque su

situación personal respecto del destinatario de las armas ensombrecía su voluntad.

—¿Iré en tren? —preguntó.

—Imposible. Deberás viajar por tierra. Las armas irán ocultas en una carreta. Te acompañarán tus amigos Jim Carson, George Arlen y William Green. Los envío por dos razones: primero, porque serían capaces de morir antes de traicionarnos y, segundo, porque son excelentes ensambladores y podrán reparar algunas de las armas que se averiaron en la batalla.

Maddie esbozó una leve sonrisa. La mención de aquellos tres hombres la alivió. Al menos no estaría sola en esta gesta, sino acompañada por tres hombres de confianza. Elizabeth continuó:

—También irá contigo el señor Jack Johnson. ¿Lo recuerdas? Él era el abogado personal de mi difunto Sam. Es un hombre de acción, que sabe tomar decisiones en situaciones críticas. Además, por su condición profesional..., que, por cierto, es excelente, podrá sacarnos del aprieto si nos descubren en pleno viaje.

La mención de Johnson contrarió a Maddie. Ella solo lo había tratado una vez, pero aquel contacto había bastado para comprobar que el hombre no podía ser más irritante. Además de ello, por su modo de hablar y de manifestar sus ideas, resultaba obvio que no era un hombre transparente. Por el contrario, su opacidad resultaba inquietante.

Elizabeth sonrió.

—¿Qué sucede? —dijo—. Leo tu rostro como un libro y sé que algo te molesta. ¿Es el hecho de volver a ver a McLellan?

—Bueno..., sí, por supuesto. Pero no es solo eso... Es una tontería, no me hagas caso.

—Vamos, dime.

Maddie suspiró.

—No tengo nada contra el abogado, pero debo confesarte que su presencia me incomoda.

—¿Ha sido grosero contigo? Porque si es así...

—Oh, no. Bueno, una vez mantuvimos una conversación bastante desagradable, pero soy una mujer adulta y puedo lidiar con eso. Es que...

—¿Es que qué...?

—No sé, no quiero ser infantil, pero algo en él me produce desconfianza.

Elizabeth rio.

—Te aseguro que es un hombre inteligente, cabal y hasta bastante divertido. Cuando llegues a conocerlo, te agradará.

En ese instante, llamaron a la puerta.

—Adelante —invitó Elizabeth.

La doncella hizo su aparición.

—Ha llegado el señor Johnson, señora Colt.

—¡Justo a tiempo! Hazlo pasar a la biblioteca, por favor. Estaremos allí en un par de minutos —luego se volvió a Maddie—: Ven, querida, el abogado misterioso nos espera.

Cuando Jack Johnson llegó a *Armsmear*, se sentía contento. Hacía demasiado tiempo que no salía de la ciudad y la perspectiva de embarcarse en una hazaña hacia el corazón de la guerra lo había entusiasmado. Sin embargo, su algarabía se volvió hiel cuando Elizabeth le informó que su compañera de viaje sería la viuda Thomas. Si no hubiera sido por la enorme deuda que mantenía con los Colt, habría fingido una enfermedad contagiosa con tal de librarse de esa pesada carga. Pero era un hombre de honor, por lo cual declinó esa opción.

Tenía un recuerdo bastante vivo acerca del tono de la conversación que había mantenido con la

señora Thomas, una tarde en la fábrica. Y si bien no recordaba el contenido específico de aquella charla, pues tendía a olvidar aquello que le desagradaba, sí era capaz de recordar las cortantes respuestas de la viuda y hasta el tono desagradable con que se había dirigido a él. O quizá había sido al revés y era él quien había sido grosero. Daba igual, pues fuere como fuere, la impresión que se había llevado sobre la dama era pésima.

Aquello había sucedido el día que Samuel los presentó. Luego, evitaron dirigirse la palabra.

Ahora, en la sala, se encontraban frente a frente, por lo que no tenían más remedio que comunicarse.

—Señora Thomas, será un placer escucharla hasta Arlington Heights —dijo él, al informársele la desoladora novedad. Para subrayar su decir, esbozó un gesto tenso que pretendía ser una sonrisa.

Fue tan pobre la actuación de Jack, que Maddie detectó la mentira de inmediato. Entonces, dictaminó que no estaba errada en su percepción acerca del sujeto: él no era nada transparente.

—Estoy segura de que será un viaje tranquilo —afirmó Elizabeth—. El señor Johnson, querida Maddie, no solo es un gran abogado, sino también un maravilloso...

Jack dejó de oír la enumeración de sus supuestas múltiples virtudes, para sumirse en amargas reflexiones. Si hubiera podido ser sincero, le habría comunicado a la señora Thomas que detestaba la idea de verse obligado a cargar con ella a través de tierras azotadas por la guerra. Sin embargo, Elizabeth había insistido en que solo ella podría entregarle las armas a McLellan, pero no le había dado mayor explicación. Y como si su desagradable personalidad fuera poco, ni siquiera era una mujer atractiva, se lamentó Jack. Más bien, ella parecía gritar «¡aléjese de mí!» solo con su aspecto. El vestido monjil, el peinado estilo institutriz y la mirada gélida hablaban por sí mismos. Al menos, se consoló, no debería hacer ningún esfuerzo por preservar la virtud femenina de los maleantes del camino. Con una sola mirada, ella desalentaría a cualquiera que tuviera sangre en las venas.

—¿Verdad, Jack? —la voz de Elizabeth se impuso en su consciencia. Él no había escuchado ni una sola palabra de las que ella pronunciara.

—Por supuesto —respondió, sin dudar.

—Se preguntarán por qué no les asigno un grupo de guardias. El motivo es que un despliegue de hombres armados despertaría sospechas y generaría más problemas de los que necesitamos. Les aseguro que nadie creerá que ustedes cinco conducen un cargamento tan valioso.

Jack no pudo más que estar de acuerdo; el comando ultrasecreto se compondría de tres negros de avanzada edad, una arpía y... un idiota. Es decir, él.

Elizabeth continuó explicando:

—Partirán a Arlington Heights pasado mañana. Deberán dirigirse a la vieja granja de los Todson, antes del amanecer, y allí se les unirán Will, Jim y George. El señor Henry preparará la carreta que Jim conducirá.

Jack intervino, en un último y desesperado esfuerzo por librarse de la presencia de su compañera de viaje:

—No puedo dejar de preocuparme por el bienestar de la señora Thomas —dijo—. Ella es una dama y no creo que se sienta cómoda durmiendo a la intemperie y exponiéndose a los peligros que habremos de afrontar. Quizá prefiera ir en tren hasta Washington. Podríamos encontrarnos allí y luego yo la escoltaría hasta Arlington Heights.

Elizabeth rio.

—Querido Jack —dijo—, las cosas no siempre son lo que parecen, créeme. De igual modo, le consultaremos a la señora Thomas su parecer. ¿Maddison?

La respuesta de Maddie cortó el aire como el filo de una navaja.

—Agradezco su preocupación, caballero, pero ya escuché a la señora Colt. Dado que no puedo eludir este viaje, le aseguro que haré todo lo posible por no desmayarme ni ponerme histérica. Si en algún momento sufro un ataque de nervios, siéntase libre para conducirme a la estación más cercana y enviarme de regreso a la seguridad de mi hogar.

Jack no pudo determinar si la mujer se burlaba de él o si estaba hablando en serio. No la conocía en absoluto y era incapaz de dilucidar su tono. Aun así, imaginársela inconsciente acrecentó su pesar por tener que arrastrar con ella durante tres o cuatro días. O diez, si ella necesitaba empolvarse la nariz cada dos horas, lo cual era previsible.

—Bien, ya veremos quién se pone histérico —dijo Elizabeth—. Regresaré a mi alcoba. Jack irá a verte mañana, Maddie, para que arreglen todo con el señor Henry. ¿Irás a las diez, Jack?

—Si a la señora Thomas le conviene.

Maddie asintió.

—Bien. Dado que no los veré hasta que regresen a Hartford, solo me queda desearles buena suerte en su viaje.

La mujer estrechó la mano de Johnson, abrazó a Maddie y se retiró a su cuarto, dejando a sus invitados más inquietos que nunca.

A las 9:50 del día siguiente, Jack se presentó en el despacho de la señora Thomas. Adela, la asistente, lo invitó a pasar a la sala de espera, para aguardar a Maddison. Una vez ubicado en un cómodo sillón, la joven ofreció al abogado un café. Mientras ella se ocupaba de servir la bebida, Jack se dedicó a hacer lo que siempre hacía cuando tenía una mujer cerca: realizar una concienzuda descripción mental de su aspecto físico. Observando con ensayado disimulo, comenzó su detallado informe: cabello castaño, un metro sesenta y cinco de estatura, unos cincuenta y dos kilos, senos pequeños —quizá por obra del apretado corsé, no lo sabía—, ojos grandes y una boca severa que, relajada, tal vez sería hasta bonita. Ahora que lo pensaba, Adela Bright y su jefa se parecían mucho; tanto que hubieran podido pasar por hermanas. Y cavilando sobre ese particular, llegó a la conclusión de que, quitando la severidad de la fachada, ninguna de las dos mujeres podía considerarse fea. Quizá con menos ropa...

Del otro lado de la puerta se oyeron las voces de dos personas que se acercaban a la sala. Hablaban en alemán:

—*Danke schön, Frau Thomas.*

—*Bitte schön, Herr Schültz, auf wiedersehen.*

De la oficina de Maddison salieron ella y un hombre alto como una torre. Al ver al abogado, Maddie lo saludó con sequedad:

—Buenos días, señor Johnson. Me alegra que sea puntual. Iremos al depósito de inmediato. ¿Adela?

—Sí, señora.

—Estaré en la fábrica. Regresaré en unos minutos.

Jack y ella bajaron las escaleras en silencio, en dirección a la salida del edificio de oficinas. Sin siquiera comentar las bondades del clima, tal era la conversación de rigor entre desconocidos, cruzaron el puente que conducía a una de las enormes construcciones en las que se producían las armas.

En el inmenso recinto de la fábrica los recibió el ensordecedor estruendo de la maquinaria, el chirrido de hierros rozándose y la vocinglería de casi mil empleados. Cada uno trabajaba en un

puesto fijo, realizando la tarea en la que estaba especializado. La producción en cadena hacía a la compañía una de las más eficientes de los Estados Unidos.

El señor Henry los recibió en su pequeño despacho. Él estaba a cargo de la preparación del cargamento que sería conducido hasta Arlington Heights.

—¿La carreta cuenta con un doble fondo? —se interesó Jack.

El empleado asintió.

—Bien. Una vez que haya cargado las cajas con las armas en el fondo oculto, pídale a alguien que llene la parte superior con tablones pesados. A la vista de todos, ese será nuestro cargamento: madera para construcción.

—Así será, señor —respondió Henry.

—Lo que lamento, señora Thomas —agregó Jack—, es que se verá privada de la comodidad que ofrece la capota del vehículo. Usted no tendrá más remedio que viajar en el pescante, junto con el conductor.

—No viajaré en carreta —lo corrigió ella—. Montaré mi propio caballo.

En la mente de Jack se impuso una imagen desesperante: esa mujer, subida a una jaca de paseo, montando de lado en su coqueta silla inglesa. «No llegaremos nunca», pensó, desconsolado. «La guerra terminará antes de que podamos entregar las armas». Ante tal panorama, se dispuso a dar batalla:

—Permítame que la disuada —dijo, condescendiente—; serán muchos kilómetros, jornadas larguísimas, con viento, lluvia y sol. Y no creo que sea buena idea que usted se exponga a tanta incomodidad. La carreta...

—Señor Johnson —lo cortó ella—, le agradezco su preocupación, pero le informo que soy una mujer adulta que sabe cuidarse sola. Llevaré mi caballo y eso es todo lo que tengo para decir. Y ahora, debo dejarlo, si me disculpa.

Dicho aquello, Maddie se dio la vuelta y caminó a paso vivo hacia las oficinas. Mientras se alejaba, se preguntó, una vez más, cómo lograría aguantar la compañía de un hombre tan insoportable.

Jack miró en dirección al señor Henry, que había presenciado la conversación. Para su fastidio, el hombre apretaba los labios reprimiendo una sonrisa

Capítulo 2

El encuentro de los viajeros, en la granja abandonada de los Todson, se había estipulado para las 6 de la mañana del día 10 de octubre.

A las 5:30, Jack llegó a la explanada de la vieja casa. Dos hombres estaban acodados a la verja que abrazaba la propiedad derruida, otrora una oda a la prosperidad. Las ventanas, antes ornadas por coloridos maceteros, hoy eran ojos vacíos en los que se veían unas pocas lágrimas de cristal.

Jack desmontó y estrechó las manos de los hombres que lo aguardaban. El abogado conocía a los dos empleados de vista: uno era William Green y el otro, George Arlen. A sus más de cincuenta y cinco años, Green conservaba un porte imponente, que recordaba al de un úrsido. Arlen era un hombre alto y delgado, que Jack calculó tendría unos cuarenta y tantos, es decir, algunos más que él. Ambos eran esclavos fugitivos que habían huido de una plantación de Carolina del Sur y que Sam Colt había acogido y empleado en su fábrica.

La conversación entre los tres se vio interrumpida por la cabalgata de un jinete que surgió de la niebla y se acercó a todo galope, hasta llegar a donde ellos se hallaban. El hombre del caballo estaba vestido como un *cherokee*, con pantalones y chaqueta de venado, y llevaba un sombrero del mismo tono marrón del mustang que montaba. Era tanta la compenetración entre él y la bestia, que ambos parecían un solo ser. Cuando el visitante se encontró a escasos metros del grupo, Will gritó:

—¡Maddie!

—¿Maddie...? —la palabra escapó de la boca del abogado—. ¿Quién...?

Cuando por fin pudo distinguir los rasgos del jinete, quedó petrificado: se trataba de la viuda Thomas. Y no solo era su atuendo y su destreza al montar lo sorprendente, sino que su rostro tenía una expresión muy diferente a la que le conociera Jack. En efecto, Maddie sonreía con entusiasmo y lucía tan fresca que no quedaba un ápice de la institutriz amargada con la que tratara el día anterior.

Ella desmontó de un salto y se arrojó a los brazos de Green, que la apretó contra sí con paternal afecto. Arlen también recibió un abrazo y los tres hicieron un par bromas que Jack no comprendió acerca del viaje que estaban a punto de emprender.

—Buenos días, señor Johnson —saludó ella—. ¿Está listo para partir?

—Preparado —respondió él, aún sin procesar que aquella era la misma persona que viera el día anterior.

—Jim ya está llegando —informó Maddie—. Antes de venir pasé por el depósito en donde el señor Henry y sus ayudantes están cargando las armas. Fui porque necesitaba municiones; he traído para todos.

Fue entonces cuando el abogado vio el revólver que ella cargaba en la cadera. Y, ante semejante desatino, no pudo permanecer callado; si ni los bandoleros, ni los indios, ni los soldados confederados lo mataban de un tiro, pensó, ella lo haría.

—Señora Thomas... —la llamó—, esa arma que lleva...

—Me la regaló Sam hace muchos años. Pensé que sería útil traerla.

—No estoy seguro de que sea adecuada para usted.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, por varias razones, a ver: primero, porque el mecanismo es demasiado duro para que usted pueda recargar con sus delicadas manos. No conozco ninguna mujer que sea capaz de hacerlo. Segundo, porque para darle al blanco es necesario haber practicado bastante. Y tercero, porque el disparo produce un retroceso tan violento, que usted quedará sentada en el suelo.

—¡Pero mire si yo...! ¡Sentada en el suelo!

Will y George comenzaron a reír, tratando de no desternillarse. No esperaban presenciar un sainete tan temprano por la mañana.

—Perdone que sea tan franco con usted —continuó diciendo el abogado—, sé que estoy siendo algo grosero. Pero me parece que corresponde que le haga saber lo que es mejor para su seguridad.

Maddie levantó el arma con ambas manos y fingió estudiarla.

—No parece tan difícil —dijo, inspeccionando el artefacto—. A ver, las balas ¿se ponen por este agujero? —ella se volvió hacia él, sosteniendo el revólver como lo haría un inepto.

—¡No, no! Mire, señora..., antes de que este viaje empeore antes de comenzar, vamos a hacer una cosa. Venga hacia mí, despacio, y deme el arma... ¡Pero apunte al suelo, no a mi cabeza! —gritó él, agachándose—. ¡Maldición! ¿Intenta matarme?

Entonces, Green le guiñó un ojo a Maddie y dijo:

—Ven conmigo, chica. Te enseñaré a disparar.

—¡Dios santo! ¿Es que todo el mundo aquí ha perdido el juicio? —exclamó el abogado—. ¡No hay tiempo para este despliegue educativo!

—Usted es una persona bastante desagradable, ¿se lo habían dicho? —replicó ella.

Jack se abstuvo de expresar la barbaridad que le quemaba en la garganta.

—Maddie —dijo Will—, creo que harás un gran primer disparo. Y estoy tan seguro de eso, que apostaré un billete por ti. ¡Señor Johnson! —llamó—. Para entretenernos en este rato de espera, ¿aceptaría una apuesta? Solo por llevarle la contraria a esta joven.

Aquello convenció a Jack.

—Bien —aceptó, a regañadientes—. ¿En qué consistirá la apuesta?

—Diez dólares a que esta chica da en el blanco en su primer disparo.

—Eso es una fortuna. Pero si usted quiere despilfarrar su dinero, a mí me da igual.

—Acordado, entonces. Muy bien, Maddie. ¿Ves esas tres latas que asoman de la ventana del cobertizo que está detrás de aquella cerca?

A Johnson le costó detectar el blanco señalado. Cuando al fin lo hizo, esbozó una sonrisa torcida. Aquello le pareció absurdo; las latas eran pequeñas y estaban demasiado lejos de donde se encontraba la tiradora improvisada. Todo el asunto le pareció ridículo.

—Las veo —dijo ella.

—Si le das a una —dijo Will— le ganaré diez dólares a este caballero. Así que cuando estés lista, dispara.

Maddie se volvió hacia el blanco, desenfundó a la velocidad del rayo y entonces se oyeron tres estampidos seguidos por un «clinc», uno detrás de otro. Cuando los efluvios de la pólvora se disiparon, el trío de latas había desaparecido. Ella colocó el arma en la funda y se volvió, para dedicar a Johnson una sonrisa satisfecha.

—Me debe diez dólares, abogado —señaló Green.

—¿Pero qué demonios? ¡¿Cómo diablos ha hecho eso?!

Maddie, William y George lamentaron no contar con la presencia de un fotógrafo, para immortalizar la expresión estupefacta de su víctima.

Jim Carson llegó a las 5:55, conduciendo la carreta. No le costó interpretar el cuadro que se desplegó ante él al encontrarse con sus compañeros de viaje: George y Maddie se descostillaban de risa y el abogado extendía diez dólares hacia Will, furibundo. Jim pensó que otro pobre incauto había caído en el truco de esos sinvergüenzas y la diversión animó su rostro de ébano, surcado por mil arrugas.

—¡Señor Johnson! —gritó, desde el pescante—, estos bribones han timado a gente más avispada que usted. No se sienta mal.

—Cállese —masculló Jack, montando de un salto—. Y ya vámonos, que hay que comenzar este viaje de pesadilla.

Limpiándose lágrimas de risa, los bromistas montaron, para iniciar su largo periplo.

Cuando cayó el sol, el pequeño convoy se preparó para pasar la noche. William y George encendieron una fogata y Jack se internó en el monte para colocar algunas trampas. Si todo iba como él esperaba, desayunarían perdices. Al regresar, le sorprendió ver que la viuda no estaba por ningún lado.

—¿Dónde está la señora Thomas? —preguntó.

—Fue al río, a bañarse —respondió Will.

Jack apenas pudo creer que el otro hablaba en serio.

—¿A bañarse?! Es broma... —dijo.

Jim negó con la cabeza, sonriendo.

—¡Sola y de noche! —se exasperó Jack—, ¡desnuda en el río, con soldados escondidos por ahí!

Los otros tres no se inmutaron.

—Maddie es muy limpia —comentó Will, encogiéndose de hombros.

—¡Qué mujer inmanejable! —se quejó Jack—. Compadezco a su marido por haberla aguantado tantos años. ¡Ese hombre debe haber sido un santo!

El gesto de Green se volvió pétreo. El gigante se puso de pie lentamente, con la vista fija en Jack.

—Retráctese, señor Johnson —sugirió George.

—¿Qué acaba de decir, abogado? —las manazas de Will se cerraron.

—Desdígase, señor Johnson —dijo Jim—. Aún está a tiempo.

Green dio un paso adelante y su expresión convenció a Jack de que debería seguir los consejos de los otros dos.

—Está bien, está bien —dijo—. Retiro lo dicho. La verdad es que no conozco bien a la señora Thomas y quizá me haya hecho una impresión errada de ella. No he querido ofender a nadie.

Aquello pareció convencer a Will. Asintió y volvió a sentarse en el suelo.

—Usted aún no la conoce bien, señor Johnson —dijo George—, pero Maddie es una de las mejores personas que jamás llegará a tratar. Y su marido, para que lo sepa, era una bestia cruel, que no la merecía.

—Ella salvó la vida de Will y de George —explicó Jim—. Los habrían matado si ella no hubiera hecho lo que hizo.

—¿Y qué hizo? —preguntó Jack, picado por la curiosidad.

—Nunca hablamos de eso —afirmó George—. Jamás decimos una pal...

—Mató al capataz de un tiro —soltó Jim.

—¡Oye! —gritó Will.

—Bah. No pasa nada —replicó el otro—. El señor Johnson es abogado de profesión. Y los abogados hacen una especie de... ¿cómo le dicen? Juramento profesional. Juran ante Dios que no soltarán una sola palabra que escuchen. Igual que los sacerdotes católicos. ¿No es así, caballero?

—La verdad es que no —señaló Jack—, pero se espera que seamos discretos en lo referido a los asuntos de nuestros clientes.

—¿Qué dije yo? Lo mismo que un sacerdote —confirmó Jim, satisfecho—. Bien, de esto que le contaré, ni una palabra a nadie ¿eh?

—Secreto profesional —dijo Johnson.

Jim siguió hablando:

—La cosa fue así: el marido de Maddie era una bestia sanguinaria, que había contratado a tres capataces para que mantuvieran a raya a los más de cien esclavos que trabajaban en sus campos de algodón. Las plantaciones son lugares duros, señor, no sé si habrá conocido alguna. En muchas de ellas, los amos suelen maltratar a sus esclavos.

—También hay amos buenos —acotó George.

—A ti no te tocó ninguno. Y no me interrumpas —pidió Jim—. En fin, un día, uno de los capataces intentó sobrepasarse con una de las chicas negras. La muchacha no tenía ni quince años y estaba desesperada, la pobrecita. Pero era valiente; arañó los ojos de su agresor y le mordió la oreja tan fuerte, que le arrancó un pedazo. El hombre se puso furioso y decidió que la haría azotar para que aprendiera cómo funcionaban las cosas. La ató a un árbol, la desnudó del cuello a la cintura y comenzó a torturarla. ¿Ha visto alguna vez azotar a una mujer, señor Johnson?

Jack negó con la cabeza.

—Pues es horrible —afirmó Jim—. Bien. Estos dos estaban cerca de allí y oyeron los alaridos de la criatura. Y aun sabiendo que habría consecuencias, Will cogió al capataz por el cuello y lo golpeó tan duro, que el hombre rogó por clemencia. Mientras tanto, George desató a la chica, la ayudó a vestirse y la llevó en volandas hasta la casa de su abuela, para que curara sus heridas. ¿Me sigue, abogado, o voy muy rápido?

—Lo sigo. Adelante.

—Cuando George regresó, los otros dos capataces habían atado a Will y lo estaban cargando en una carreta. A George lo cogieron también, pues sabían que había participado en el asunto. En aquel momento, Maddie pasó por allí. Intentó intervenir, gritó y dio órdenes, pero no logró nada, porque los capataces la consideraban un adorno más de la casa.

—Así era, exactamente —acotó George—. Thomas se las había arreglado para que ninguno de sus empleados respetara a su esposa. Los negros la queríamos mucho, porque ella era buena y considerada, pero los contratados la ignoraban, tal como si hubiera sido una niña.

Jim siguió:

—A estos dos se los llevaron a lo profundo del bosque. ¡Y todo el mundo sabe lo que significa eso, señor Johnson!; los que van al bosque, jamás regresan. Maddie montó su caballo y no tardó en llegar a donde el capataz estaba golpeando a Will. Entonces le ordenó al bruto que parara. Y el otro se rio y se ensañó aún más con este pobre negro. Fue entonces cuando Maddie disparó.

—Al capataz —arriesgó Jack.

—Al suelo. Como advertencia.

—¿Y qué sucedió?

—Él se burló de ella, porque ignoraba lo que la chica podía hacer con su revólver —dijo George.

Jim siguió hablando:

—Cuando el capataz levantó el brazo para darle otro golpe a Will, Maddie le disparó en el

centro del pecho: ¡bum! Entonces, el bruto cayó al piso, boqueando. Con su último aliento, gritó: «Vete al infierno, maldita», a lo que la chica respondió: «Así lo haré ¿y sabes para qué?, para buscarte allí y volver a meterte una bala».

—Esa parte te la inventaste —lo acusó Will, que había permanecido en silencio.

—Tú no lo sabes, porque estabas medio muerto —respondió Jim—. Déjame seguir con la historia. Y entonces, George y Maddie ataron los pies del capataz al caballo, lo arrastraron hasta el río y lo lanzaron allí. Nunca se encontró el cadáver.

—¿Thomas sospechó quién había cometido el asesinato? —se interesó Jack.

—Aguarde, porque ahora viene esa parte —dijo Jim—. George y Will se ocultaron en el bosque, cerca del río. Mientras tanto, Maddie regresó a la casa y escribió una carta a Samuel Colt, pidiéndole que protegiera a los fugitivos. Justo yo estaba limpiando la chimenea de la biblioteca y, como ella confiaba mucho en mí, me dio la carta y me pidió que se la llevara a estos dos. Ya me estaba yendo, cuando llegó Thomas; estaba púrpura de furia. Me echó a patadas de la sala y se encerró con ella. Entonces oí golpes, insultos y gritos... Maddie lloraba. Y yo lloré también, señor Johnson, porque soy un debilucho y un viejo y no pude hacer nada para arrancar a la muchacha de las manos de ese animal.

—Pobre criatura... —se lamentó George.

Jim continuó:

—La cosa es que cuando Thomas salió de la habitación, yo entré y vi a Maddie encogida en el suelo. Tenía el rostro ensangrentado y apenas podía abrir los ojos, por la hinchazón. Pero cuando me vio, dijo: «Vete, Jim, lleva la carta. Y ten cuidado». Entonces salí disparado a hacer lo que ella me pedía. Cuando llegué al lugar, George intentaba subir a Will a un bote, pero como este gigantón estaba inconsciente, no podía. Entre los dos lo metimos, a duras penas. Cuando yo me vi dentro de la barca, me pareció que, ya que estaba ahí, podía escapar con ellos.

—Entonces, ¿Thomas sabía que ella había propiciado la fuga? —preguntó Jack.

—No tenía pruebas, pero no era tonto y lo intuyó, así que se dedicó a torturarla desde entonces. Gracias al Altísimo, seis meses después, él se rompió el cuello saltando una valla con su caballo.

—¿Ahora comprende por qué no debe insultar a nuestra muchacha? —preguntó Will.

Jack comprendía. Él era especialmente sensible a los asuntos referidos al horror de la esclavitud, por lo que en su interior se encendió una chispa de admiración por quien había hecho un sacrificio tan excepcional.

Después de la cena, se aproximó a Maddie, que estaba colgando su camisa húmeda en un árbol.

—¿Le apetece un café, señora Thomas? —preguntó.

Ella se volvió y su rostro reveló extrañeza por aquel gesto amistoso. Miró a su interlocutor con recelo, sin coger el recipiente que le ofrecía.

—No está envenenado —aclaró él—. Y dicen que mi café es bastante soportable, así que pensé que podría interesarle un poco. Aquí tiene, la hojalata está bastante caliente; no vaya a quemarse.

Ya se alejaba, cuando giró hacia ella y volvió a hablarle:

—Le he dejado una manta gruesa junto al fuego. El suelo es rocoso por aquí y quizá usted quiera usarla como colchón. Yo no la necesitaré.

Él regresó con los otros.

A Maddie le dio mala espina que el abogado finalizara la frase esbozando una sonrisa. Consideró que todo aquello resumaba demasiada amabilidad, tomando en cuenta lo poco que ella le agradaba a él. Aun así, su espíritu se ablandó por un instante, en retribución a aquel gesto.

En aquel momento, Jack y Jim tropezaron uno contra el otro.

—¡Oh, lo siento, Johnson! ¿Lo he pisado?

—Nada grave, Jim. Discúlpeme, no lo vi...

Maddie esbozó una leve sonrisa. Ya había sido testigo de eventos como aquel. Decidió realizar una buena obra.

—¡Jim! —llamó.

—¿Sí, Maddie?

—Devuélvele al señor Johnson su cartera. Ya lo hemos timado bastante hoy.

Jack la miró con gesto de extrañeza y luego se volvió hacia el hombre. Él le dedicó una sonrisa, mezcla de diversión y arrepentimiento, y metió la mano en el bolsillo, para sacar de allí el producto de su hurto.

—Pero..., ¡qué demonios! —gritó Johnson.

—Aquí tiene —murmuró Jim—. Lo siento.

—¿Que lo siente?! Pero ¡con qué clase de locos me he topado!

George y Will estallaron en risas.

—Es que Jim roba —explicó Maddie, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Y soy bastante bueno —la secundó Jim.

—No lo puede evitar —explicó ella—; a mí me ha robado algunas veces.

—¡No puedo evitarlo! Y no se trata del dinero. Tengo bastantes billetes en casa.

—¡Pero qué cosa absurda es esta! —Jack estaba furioso—. ¿Y por qué roba, si puedo preguntar?

—Ah..., porque nací, me crié y viví sesenta años en un campo de algodón. El de la familia Thomas era de los duros, créame. Me daban un pantalón y una camisa al año, un par de zapatos cada tres y un puñado de maíz para comer cada día. ¿Usted sabe lo que es el hambre, abogado?

Jack sí lo sabía, pero no lo mencionó. Jim continuó:

—¿Sabe cómo es trabajar quince horas bajo el sol y no poder meterse en las tripas más que un par de bocados al día? Y en el huerto de la casa están los melocotones, rojos y brillantes... ¿Sabe lo que es tenerlos al alcance de la mano y no poder tocarlos? —El hombre esbozó una sonrisa triste—. En esos campos, señor, los esclavos aprenden a robar desde que nacen, pues el que no roba, no come. Yo aprendí a hurtar antes que a hablar y por eso me quedó la costumbre. Así que no lo tome personal. He robado a gente más espabilada que usted.

Luego de decir aquello, Jim extendió su manta en el suelo y se acostó a dormir. Jack le dedicó a Maddie un gesto de agradecimiento.

El amanecer trajo consigo una brisa fresca y algunas nubes en el cielo; un día ideal para retomar el periplo. Durante la jornada, los descansos fueron mínimos, destinados solo a refrescar a los caballos y recargar las cantimploras. Cuando cayó el sol, los viajeros se detuvieron en el claro de un bosque que se les antojó seguro para pasar la noche. A cuatrocientos metros de allí corría un río tranquilo, que proveería de agua a humanos y bestias, por lo que el lugar no podía ser más apropiado.

A la mañana siguiente, a cada miembro del convoy le tocó una tarea: Will y Jim avivaron el fuego, George preparó el desayuno, y Jack y Maddie llevaron los caballos a beber. Para romper el incómodo silencio que se produjo entre ambos, él mencionó lo agradable del clima y ella la conveniencia de contar con un río cerca del campamento.

Mientras los animales bebían, el abogado llenó su cantimplora y se la extendió a ella.

—¿Ve cómo puedo ser un caballero? —dijo.

Ella le devolvió el recipiente.

—No tengo duda de que puede ser un caballero, si se lo propone. Sin embargo, y disculpe si soy excesivamente franca, conmigo siempre se ha comportado como un patán. Lo primero que hizo fue sugerir que durante el viaje yo me desmayaría, vomitaría por los nervios y ya no recuerdo qué más. Y, anteaer, me trató como si yo fuera una niña. ¿No le parece que debería conocer un poco más a las personas antes de sacar conclusiones sobre si pueden o no hacer determinadas cosas?

—Sí, sí me parece —aceptó él—. Y es el modo en el que suelo conducirme en la vida. Pero usted debe aceptar que nadie, en todo el mundo conocido, hubiera sido capaz de adivinar que, detrás de su aspecto de institutriz, hay una mujer que monta y dispara mejor que la mayoría de los hombres que conozco.

—¡Institutriz!

—Sí. Y si no me cree, cuando regresemos a Hartford vístase y péinese como lo hace siempre, ponga la cara con la que me miró a mí apenas me conoció y mírese en un espejo. Su doble personalidad asusta, señora, créame.

—Muy bien, ahora, dígame algo... ¿Cómo piensa usted que debe arreglarse una mujer que trabaja en una fábrica que emplea a más de mil hombres? ¿Le parece que puedo llevar pantalones y botas? Tampoco puedo pasearme con un vestido escotado cuando visito las fraguas —explicó—. Yo no tengo doble personalidad, señor Johnson. La mujer que ve ahora mismo es la que soy en realidad. La otra, que usted describe como fría y rígida, es la que intenta sobrevivir en un mundo al que no pertenece.

Johnson se mantuvo en silencio por un momento.

—Lo que dice es razonable —dijo, al fin—. Pero concédame que la enorme mayoría de las viudas de alta sociedad no son como usted. Querida señora: usted es rara.

—Se lo concedo. Pero no comprendo de qué se sorprende; usted tampoco parece un abogado normal.

—¿Y qué parezco?

—Un forajido.

Johnson sonrió, satisfecho.

—Gracias.

—No lo dije como un cumplido. Estoy segura de que algo esconde. ¿Me equivoco?

—No.

—Ya me parecía. No pretendo que me confíe sus secretos, pero al menos concédame el beneficio de la duda, y yo se lo concederé a usted.

En aquel momento, se oyeron disparos y un griterío. Ambos desenfundaron al unísono y comenzaron a correr hacia donde habían asentado el campamento. Cuando casi llegaban allí, Jack tomó a Maddie por la cintura y la empujó detrás de él.

—¡Déjeme! —le exigió ella.

—¡Cállese!, y haga un esfuerzo por usar el cerebro. Debemos mantenernos ocultos para ver qué demonios sucede. Solo quédese aquí y cúbrame las espaldas. Yo me acercaré a ver a qué es lo que está pasando.

Ella asintió y se ocultó tras un espeso matorral.

Agachado, Jack caminó hasta llegar a los lindes del campamento. Cuando pudo vislumbrar lo que sucedía, se encontró con el peor de los escenarios: diez cazadores de esclavos habían invadido el espacio.

Tratando de conservar la cabeza fría, el abogado barrió el lugar con la mirada, buscando a sus compañeros de viaje, hasta que al fin dio con ellos: Will se encontraba desmayado y su cabeza yacía sobre un charco escarlata. Jim y George no parecían estar heridos, pero se hallaban

encadenados y arrodillados uno junto al otro. Desde donde se encontraba, Jack agudizó el oído para tratar de escuchar lo que hablaban los maleantes.

—¡Que me aspen si este infeliz no es William Green! —dijo uno de ellos—. ¿No ofrecían dos mil por su captura?

Un sujeto grueso y desaseado se acercó al caído y escupió en su rostro.

—Hace algunos años lo buscaban, sí —dijo—. Thomas lo mandó cazar, pero este animal mugroso se las arregló para huir. De igual modo, ya no nos sirve. Su amo murió y su maldita esposa liberó a los esclavos y vendió la finca. No nos darán recompensa por él.

—Grant, eres el idiota más grande que he conocido —dijo uno que había estado revisando el contenido de la carreta—. Lo venderemos y le sacaremos algún dinero.

—Nadie lo va a querer, es viejo.

—Pero aún es fuerte, igual que este que está aquí —dijo Grant, señalando a George—. Algunos cientos recibiremos. —Luego miró a Jim—: por este perro arrugado no nos darán nada. Me desharé de él —el cazador desenfundó su revólver y apuntó a la cabeza del anciano. Este rogó:

—¡No, amo, no, por favor! No mate a este pobre negro. Soy viejo, pero aún puedo hacer muchas cosas. ¿Quiere que cepille su caballo? ¿Qué lave su ropa? No me mate, amo, se lo ruego...

—No gastes una bala en este asno —sugirió otro de los hombres—. Quizá sea útil para algo, al menos mientras permanecemos aquí.

—¿Cuándo llegará Farewell? —preguntó el más joven del grupo.

—En dos días, no más. Este es un buen lugar para esperar.

—¿Y qué hay en la carreta?

—Maderos, cajones, troncos..., basura.

—La basura lleva basura ¿eh? —dijo uno de ellos, para luego propinar un puntapié a George.

Cuando Jack volvió con Maddie, hizo un esfuerzo por suavizarle las noticias. Lo último que necesitaba era que ella, furiosa, se lanzara a dispararle a una decena de asesinos.

—Cazadores de esclavos —informó Jack. Los han capturado a los tres.

—Oh, no. ¡Dios mío, no! ¡Debemos hacer algo!

—Son diez tipos grandes y armados. ¿Qué cree que sucederá si los atacamos?

—Pero, mis amigos...

—Se encuentran bien —mintió él—. No les han hecho daño. Los cazadores dijeron que intentarán venderlos, por lo que los necesitan en una sola pieza.

Maddie temblaba por la furia que le escaldaba las venas. Y Jack casi podía oír el retumbar del corazón de la joven.

—Ahora debemos irnos de aquí —propuso él—. Buscaremos ayuda.

—Pero... ¿quién nos ayudará? ¡Estamos a muchos kilómetros de cualquier poblado!

—No muy lejos viven buenos amigos míos. ¿Puede confiar en mí, aunque sea por esta vez?

Ella lo miró a los ojos y asintió. No le quedaba otra opción.

De inmediato, montaron en sus caballos y cabalgaron durante largas horas en dirección al área en donde el abogado había indicado que se encontraban sus conocidos. Durante la primera hora del viaje, ella apenas pronunció un par de palabras. Para distraerla de su angustia, él le dio conversación:

—Le prometo que los rescataremos —afirmó.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Cuando conozca a mis amigos, comprenderá. Mientras tanto, le sugiero que haga un esfuerzo por mantener el buen ánimo. Sé que es difícil, pero si usted no está centrada se convertirá en parte del problema. Un compañero de armas alterado puede ser muy peligroso.

Ella lo miró.

—¿Me considera un compañero de armas? —preguntó.

—No me queda más remedio.

Ella sonrió.

—Bien —dijo—, me esforzaré por no pensar.

—Es una medida saludable. Y yo intentaré distraerla, desplegando mi exquisito sentido del humor. ¿Me da permiso para hacerle una o dos bromas, hasta que cumplamos nuestra misión?

Ella suspiró. La verdad es que una o dos bromas no le vendrían mal.

—Autorización concedida —aceptó.

—Gracias. Ahora, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí.

—¿Cómo es que una viuda de clase acomodada monta un mustang, duerme en el claro y se baña en un río?

Ella rio.

—Aprendí todo eso cuando me fui a vivir a la finca de mi esposo.

—Ah, comprendo... En realidad, no; no comprendo.

—Se lo explicaré. Cuando cumplí dieciocho años me dieron en matrimonio. Mi marido era dueño de una gran plantación en Carolina del Sur, así que yo debí dejar Hartford para seguirlo. Cuando llegamos a la finca, él me «regaló» a Will, para que me hiciera de cochero y acompañante permanente. Thomas usó la palabra «mascota».

—Ya veo —respondió Jack, con desagrado.

—Esa clase de persona era mi esposo. Como fuere, conocer a Will fue algo muy positivo para mí. Él es una persona maravillosa. Apenas nos presentaron, se dedicó a hacer todo lo posible para quitarme la tristeza que me invadía: me llevaba a pasear, me contaba historias y me enseñó a hacer cosas divertidas, como montar a horcajadas, vadear ríos y trepar a los árboles. Él es lo más cercano a un padre que he tenido.

—Debe estar orgulloso de su alumna.

Ella sonrió.

—Creo que lo está. Fue un ángel para mí. Yo pasaba todo el día con él y con los otros esclavos. Con el tiempo, comencé a implicarme cada vez más en sus asuntos. Cuando planificaban algún escape, yo ayudaba en lo que me era posible; escribía permisos falsos, ocultaba mujeres y niños en el desván, les daba dinero a los fugitivos... —Maddie desvió la vista—. También hice cosas terribles, de las que no me arrepiento.

—¿Y cómo aprendió a disparar?

—Soy la prima de Samuel Colt.

—Entiendo.

En aquel momento, el sol se ocultó y el horizonte se tiñó de malva y naranja, contorneando la figura de un macizo bajo, que parecía una monstruosa tortuga. Los jinetes avanzaron, evitando las densas matas espinosas que dificultaban el paso de los caballos.

Cuando llegaron a la base de la formación granítica, Jack indicó:

—Ocúltense detrás de aquellas rocas y no salga por ningún motivo, salvo que yo la llame. La morada de mis amigos no se encuentra lejos, pero es zona de indios y usted no me será útil sujeta a un tronco, asándose a las brasas.

Él desmontó.

—Iré a pie. Me será más fácil ocultarme. Usted quédese aquí, quieta como una estatua. Y haga todo lo posible por no dispararle a nadie.

Ella ocultó los caballos en un matorral cercano y se sentó a esperar que él regresara. Cuando pasó una hora sin que nada ocurriera, la ansiedad comenzó a carcomerla y, sin poder evitarlo, empezó a trazar un plan de lo que haría si la situación continuaba como estaba. En primer lugar, pensó, aguardaría solo una hora más. Cumplido ese plazo, saldría de su escondite e iría en busca de Jack, llegando hasta donde fuese necesario llegar. Pero cuando estaba en medio de sus cavilaciones, una voz se dejó oír, desde algún punto lejano, tras las rocas.

—¡Señora Thomas! Por lo que más quiera, ¡no dispare! —la voz del abogado tenía un tono muy serio—. ¡Si dispara, me matarán!

—¿Lo matarán...? —respondió ella, desde su escondite—. Pero, ¿quiénes?

La respuesta no tardó en llegar. Sorteando el montículo rocoso apareció Jack, desnudo de la cintura para arriba y con las manos atadas a la espalda. Dos fieros guerreros indios le gritaban en su idioma y lo zamarreaban con violencia, obligándolo a avanzar. Otros diez los secundaban, aullando disonantes gritos de guerra, que helaban la sangre. Los rostros de los indios eran máscaras de odio: sus filosos rasgos, de pómulos agudos y nariz ganchuda, eran visiones infernales en las que no se atisbaba un ápice de bondad. Maddie reconoció el característico penacho que definía a la tribu: estaba frente a un grupo de guerreros mohawk, que enarbolaban mosquetes y hachas *tomahawk*.

El abogado cayó de rodillas a causa de un fuerte empujón y los dos que lo sujetaban lo obligaron a ponerse de pie. El que parecía el jefe asió a Jack de los cabellos, tiró la cabeza hacia atrás y apoyó el filo del hacha en su garganta.

Maddie ahogó un grito. Estaba viviendo una pesadilla.

—Mujer del hombre blanco: ¡acérquese! —ordenó el líder, con fuerte acento.

Maddie se encontraba a unos cincuenta metros del grupo y solo dio dos pasos hacia ellos. El guerrero volvió a hablar:

—Yo, el gran jefe Río bravo, he capturado a *Tsino:wen*, el «Hombre rata», y exijo una recompensa. Usted irá a buscar dinero y volverá aquí, en menos de dos días. Si no lo hace, le arrancaré la lengua a este hombre, lo mataré y colgaré su caballera en mi cinturón. Si no quiere ver tripas regadas por el suelo, hará lo que le digo. ¡Los indios somos crueles y sanguinolentos y no dudaremos en asesinarlo frente a sus ojos!

—Sanguinarios... —acotó Jack, con la voz ahogada.

El indio aflojó la presión del hacha contra el cuello.

—¿Qué dice?

—«Sanguinarios»... Se dice «sanguinarios». «Sanguinolento» es otra cosa.

—Ah, disculpe. Es que mi inglés es desperfecto...

—Oh, no, lo habla usted bastante bien.

—¿Lo cree? Muchas gracias.

—Lo que es mi iroqués... —siguió el abogado.

—¡Oigan! —gritó Maddie, tan confusa como asustada—. ¿Pueden centrarse en lo importante? Iré a buscar la maldita recompensa si dejan de decir sandeces.

—Si yo fuera usted, no le hablaría así a una horda de indios sanguinolentos —advirtió Jack.

En aquel momento, uno de los nativos más jóvenes dejó escapar la risotada que había estado conteniendo. Y después siguió otro y otro, y pronto el mismo líder estalló en carcajadas. Jack se reía tanto, que debió apoyar las palmas en las rodillas. Sus manos no estaban atadas a la espalda, después de todo.

—¿¿Alguien me quiere explicar qué diablos pasa aquí?! —gritó ella.

Secándose lágrimas de risa, el abogado se aproximó a Maddie y le ofreció su mano.

—Venga —la invitó—. Le presentaré a mi familia.

—¿Su familia?! ¿De qué demonios habla?!

—Es una larga historia, se la contaré cuando hayamos salido de todo esto.

—Usted es un idiota rematado. ¿Cómo se atreve a hacerme pasar por una situación así? Creí que iban a destriparlo frente a mis ojos... ¡No se acerque y ni se le ocurra tocarme, porque le juro que yo misma le arrancaré la cabellera y la colgaré en mi cinturón!

Ella se giró, dispuesta a alejarse del grupo que reía a mandíbula batiente.

—Oiga, oiga... —dijo Jack, cortándole el paso—. Sé que lo que hice estuvo mal, pero usted se lo merecía. Yo tuve que soportar que sus amigos me hicieran quedar como un imbécil, sin mencionar los diez dólares que me timaron. Además, usted me había dado permiso para hacerle una o dos bromas.

—¿Usted tiene un sentido del humor bastante retorcido!

—*Tsino:wen*, o, en nuestro idioma, el «Hombre rata», le pide disculpas con sincero arrepentimiento en el corazón —dijo él.

Ella se detuvo en seco, con la vista fija en el suelo.

—No lo perdonaré jamás, por el disgusto que me ha hecho pasar. Pero le otorgo una tregua, solo porque lo necesito a usted y a su... familia, para rescatar a mis amigos.

—Me alegra que sea tan sensata. Y ahora, venga conmigo. Le presentaré a mi hermano, Río bravo, y al resto de los guerreros del clan.

Más tarde, aquella noche, Jack, Maddie y los nativos comieron un bocado alrededor del fuego. El abogado hablaba el idioma iroqués y traducía para ella, para que no se sintiera excluida de la conversación. Incluso la animó a contar la historia de cómo lo había hecho caer en la treta del revólver, provocando la burla de los guerreros.

Cuando se retiraron a descansar, Jack condujo a Maddie hasta los lindes del improvisado campamento y dispuso las mantas de ambos en el suelo.

—No lo dejaré dormir hasta que me explique cómo es que usted forma parte del clan de Río bravo —dijo ella.

—La verdad es que tengo mucho sueño, pero como sé que el relato la distraerá de sus preocupaciones, se lo contaré. Es una historia muy larga, así que será mejor que se siente. Ella aceptó y se puso cómoda. Él hizo lo propio.

—Mi padre era militar. Servía en West Point, hasta que le informaron que lo trasladarían al fuerte Sumter, en Virginia. Como buen soldado, cargó su maleta, a mi madre y a mí, y emprendió el viaje hacia el sur. Yo tenía unos cinco años, según recuerdo. Compartíamos la diligencia con tres hombres, un niño y dos mujeres que se dirigían a Charleston. Y el viaje iba bien, hasta que un grupo de unos treinta indios se cruzaron en nuestro camino y nos atacaron. Apenas unos instantes les bastaron para masacrar a los hombres. Con las mujeres y los niños hicieron lo habitual para esas tribus: se quedaron con ellos, para pedir rescate.

—¡Oh! Cuánto lo siento, yo...

—No lo sienta tanto. En realidad, mi padre era un animal. Por alguna razón, estaba convencido de que yo no era hijo suyo y me despreció desde el día en que nací. Mi madre era una mujer débil y tendiente a la melancolía, que jamás hizo nada por defenderme. De hecho, fue su debilidad de espíritu la que la llevó a quitarse la vida a los pocos días de vivir entre los indios. Quedé huérfano, perdido en un mundo ajeno y sin tener a quién recurrir. El jefe Tormenta de Invierno y el resto de los miembros de la tribu me trataban como al resto de los cautivos. No les importaba un bledo mi tierna edad; para ellos, yo solo era una bestia de trabajo. Sin embargo, la curandera del clan se apiadó de mí y me acogió en su hogar. Su hijo, Río bravo, que apenas contaba con siete

años, se convirtió en mi hermano de crianza. Él logró que otros niños me vieran como un par y no como una escoria blanca.

—¿Echaba de menos a su madre?

—Pasados los meses, no. Solo a mi abuela. Recordaba el aroma de su tarta de manzanas y el suave tono de su voz. Me había resignado a no volver a verla, pero ella no desaparecía de mis sentimientos.

—¿Volvio a encontrarla alguna vez?

—Sí. Pero no se adelante. Usted quiso conocer esta historia, así que deberá ser paciente.

—Perdone. Por favor, prosiga.

—Le estaba hablando sobre cómo era mi vida entre los indios. Aunque yo me había ganado la amistad de mis coetáneos, el cacique jamás me vio más que como un esclavo. Y mientras yo crecía, él más me odiaba. En vano me esforzaba por ganarme su beneplácito. Aprendí a arrojar la lanza, a disparar con el arco y a blandir el *tomahawk*, pero, aun así, me despreciaba. Cuando cumplí doce años, llegó el momento de demostrar mi valía. Me había dejado la piel para superar las pruebas que se imponían a los aspirantes a la masculinidad y aguardaba ansioso la oportunidad de probar mi valor. Sin embargo, en medio de la ceremonia, el cacique me negó participar del ritual. Yo no soy un hombre violento, señora Thomas, pero enloquecí de furia y me arrojé sobre el jefe, con la intención de asesinarlo a golpes. Intentaron sujetarme, pero yo era muy fuerte y estaba movido por el odio, por lo que no pudieron pararme antes de que mi víctima recibiera unos buenos golpes. Y entonces, escapé. No pudieron retenerme.

—¿Intentaron cazarlo?

—Sí, pero yo supe abrirme camino en los pantanos y no pudieron dar conmigo. Luego de algunas horas de correr sin saber dónde iba, me desvanecí por el cansancio. Cuando desperté, me encontraba en el interior de una cabaña. Un viejo campesino me había encontrado tirado y me había llevado a su casa. Él me dio de beber y de comer, y curó las heridas de mis pies. Cuando estuve en condiciones, pude explicarle mi situación.

—¿Y él le creyó?

—Me creyó, sí. En aquel momento, los mohawks tenían bastante actividad en el área y yo no era el único blanco correteando en taparrabos. No me volví salvaje del todo porque una de las mujeres cautivas me enseñó a leer y a escribir. En fin. Me estoy yendo por las ramas. ¿La estoy aburriendo?

Maddie tenía los brazos alrededor de las rodillas y los ojos muy abiertos.

—En absoluto—respondió—. Ha logrado usted capturar mi atención.

Él sonrió.

—Bien. Le estaba contando sobre el viejo. Viví con él y su hijo por dos años. Ellos me dieron ropa, me enseñaron a comer con cubiertos y me explicaron cómo manejar el dinero. Gracias a ellos me reintegré a la vida civilizada. Me ofrecieron empleo en su granja y aunque nunca quise recibir paga por trabajar allí, ellos insistieron en reconocer mi labor. Así que, cuando reuní el monto suficiente, compré un traje, unos zapatos y un billete de tren a Washington y fui a buscar a mi abuela. ¿Y sabe qué fue lo más sorprendente?

Maddie negó con la cabeza.

—Ella me reconoció.

—¡Oh...!

—Yo tenía catorce años y había cambiado mucho. Pero apenas abrió la puerta, dijo mi nombre. Entonces, me quedé a vivir con ella. Estudié por mi cuenta y, contra todo pronóstico, a los veinte años logré aprobar el examen que me permitía ejercer funciones en derecho. Lamentablemente, mi

abuela murió muchos años antes de verme hecho un hombre. Fue muy difícil para mí perder a la única persona que he querido de verdad.

Luego de decir aquello, ambos guardaron silencio por unos momentos. Fue él quien retomó el diálogo:

—Bueno, me he puesto emotivo, cosa que no suelo hacer jamás, ante nadie. Fin de la historia. ¿He satisfecho su curiosidad?

—En grado superlativo. Esto me hace comprender muchas cosas respecto de usted. Le pido disculpas si le manifesté desconfianza en algún momento.

—No es nada. Por fuera, soy un leguleyo ciudadano. Por dentro, sigo siendo un mohawk y usted, de alguna extraña manera, pudo percibir lo que está tan escondido dentro de mí y que nadie más conoce.

—Tengo en frente de mí a una caja de sorpresas —acotó ella.

—No soy más sorprendente que usted, señora. Y ahora, hay que descansar. Mañana será otro día interesante.

Maddie se encontraba agotada por las emociones vividas a lo largo del día, razón por la cual pronto sucumbió ante un profundo sopor. Ya dormida, los sueños se adueñaron de su mente. Se vio acurrucada en el rincón de una habitación oscura y calurosa, cubriéndose la cara con los antebrazos. Una vara silbaba junto a su oído, una y otra vez, y un dolor agudo se extendía desde el hombro hasta la punta de los dedos. Se encogió para recibir el siguiente golpe, pero este no llegó. En cambio, percibió el suave contacto de una mano que le tocaba el brazo, mientras una voz lejana susurraba: «Despierte..., se encuentra a salvo...». Aquella voz hizo que el agobiante cuarto negro se convirtiera, poco a poco, en un campo abierto, en donde solo se oía la serenata de las cigarras. Luego, el susurro lejano se tornó en una voz presente, hasta que, por fin, despertó.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó ella, confundida.

—Lamento haber interrumpido su sueño —respondió Jack—, pero usted estaba muy agitada. De igual modo, ya debemos irnos.

Cuando Maddie se sentó, notó que encima de su propia manta se encontraba la de él.

—Me pareció que tenía frío, por cómo estaba acurrucada —explicó Jack, antes de que ella le preguntara—. ¿Le sirvo café?

Aún confusa por las imágenes del sueño, Maddie asintió y se sentó en el suelo. Desde allí, observó a su compañero de viaje, mientras este preparaba el desayuno. Ahora que lo conocía mejor y lo miraba con más detalle, podía ratificar la impresión inicial que había tenido al conocerlo: en primer lugar, aquel abogado no tenía ningún rasgo en común con sus colegas. Por lo menos con los que ella conocía. También era justo decir que el hombre tenía el aspecto de un forajido. Sin embargo, pensó, tenía que aceptar que algo en su forma de verlo había cambiado. Ya no pensaba que él era un patán desagradable. Más bien, si una se tomaba el tiempo para conocerlo, Jack podía ser un hombre amable y hasta divertido, si se compartía su extraño sentido del humor. En otro aspecto, podía decirse que el abogado era un hombre bastante atractivo y...

—Aquí tiene. No vaya a quemarse —le dijo él, entregándole el jarro.

Contemplando la sonrisa que él le dedicaba, Maddie pensó que su última apreciación era acertada. Él no era desagraciado; solo había que mirarlo con atención.

Al cabo de diez minutos, ambos estaban preparados para unirse a la veintena de mohawk que aguardaban, listos para partir. Al verlos, la joven quedó impresionada por el aspecto feroz que presentaban los nativos, que, a diferencia del día anterior, llevaban el rostro pintado, en señal de guerra.

Todos empuñaban un *tomahawk*, la típica hacha aborígen, con la cual un guerrero podía abrir el

cráneo de su enemigo de un solo golpe. Aparte de aquellas temibles armas, los indios llevaban cuchillos cruzados en su cintura. Y Maddie sabía muy bien que sus filosas hojas no solo se utilizaban para rematar a los caídos, sino para quitarles su cabellera, cosa que era costumbre en aquellos hombres.

Río bravo gritó una orden en su lengua. Y como si de una coreografía de guerra se tratara, los veinte mohawk saltaron sobre el lomo de sus caballos, casi al unísono. Maddie y Jack los imitaron y luego, entre feroces gritos de batalla, el grupo se puso en marcha. Mientras cabalgaban, ella supo que un tornado de violencia y destrucción acababa de desatarse.

El sol comenzaba a ocultarse, llevándose consigo la claridad de un día diáfano. En breve oscurecería y los cazadores de esclavos se preparaban para tomar su precaria cena.

—¡John! —gritó el jefe del grupo a su lugarteniente—. Organiza los turnos para hacer guardia. No queremos tener ninguna sorpresa esta noche.

Tras dar la orden, Peter Lazlo caminó unos pasos para acercarse a la carreta a la que estaban amarrados los tres empleados de Colt. El cabecilla de los maleantes era un sujeto alto y robusto, de gesto fiero y mirada oscura, que solía mascullar frases que solo él podía oír. Caminó hacia los cautivos, sosteniendo un cuchillo Bowie en la mano derecha, y se agachó hasta quedar a la altura de Will. El hombre estaba sentado en el suelo, atado con una cuerda a la rueda delantera de la carreta. La herida que tenía en el cráneo era profunda y si él intentaba moverse, volvía a manar de allí abundante sangre.

El jefe acercó la punta de su cuchillo al ojo izquierdo de Will, hasta dejarlo a pocos milímetros de su iris.

—Eres un negro viejo y asqueroso —escupió Lazlo, con desprecio.

Will no se movió y permaneció en silencio. Conocía muy bien esa clase de alimañas, y sabía que cualquier cosa que dijera podía encender su sadismo.

—Oye, John —gritó el jefe a su segundo—. ¿Crees que este negro desgraciado necesita sus dos ojos o con solo uno podrá trabajar en las plantaciones?

El otro se acercó, e imitando a su jefe, se agachó frente al sujeto amarrado.

—Pues creo que con un solo ojo le basta y le sobra. No necesita los dos para arrastrarse como una rata y obedecer a su amo.

El jefe, acicateado por su lugarteniente, acercó aún más el cuchillo, de modo que la punta rasgó la piel del párpado de Will, produciendo un severo corte, que comenzó a sangrar, transformando el rostro del prisionero en una máscara roja y descompuesta.

—¡Déjalo ya, maldito! —gritó George, que estaba amarrado a la rueda trasera de la carreta.

Los cazadores giraron al unísono, para dirigir su atención hacia su nueva presa. Despacio, ambos se levantaron. Pero antes de dejar a Will, Lazlo le lanzó un escupitajo marrón, que impactó de lleno en la cara de su víctima.

—Dame un minuto, negro infeliz. Ahora vuelvo a quitarte ese ojo que te sobra.

Los dos forajidos se acercaron hasta donde estaba atado George. El lugarteniente lanzó una feroz patada hacia la cara del cautivo, que impactó de lleno en su mandíbula, haciéndole saltar dos dientes.

—¡Le has sacado dos, John! —exclamó el otro—. Ahora déjame probar a mí. Este negro aprenderá a no meterse donde no lo llaman.

El jefe retrocedió un par de metros, dispuesto a tomar impulso y patear la cara de su víctima. Lo que ninguno de los dos maleantes sabía era que, a treinta metros de allí, desde una loma baja,

Jack, Maddie y veinte mohawks, los observaban.

—¡Va a asesinarlo! —exclamó ella, angustiada—. ¡Debemos ayudarlos!

—Espere —indicó Jack—. Todavía no. Solo un par de segundos.

—Uno —gritó Lazlo, iniciando la cuenta de tres—, dos... y...

El estruendo que causó el arma de Jack sobresaltó al campamento de maleantes, que giraron la cabeza hacia la dirección de la cual provenía el disparo. En ese mismo instante, el jefe de la banda se tomaba la frente con ambas manos, para luego observar las palmas bañadas en sangre. Sus ojos, abiertos hasta lo indecible, miraban sin ver, pues Peter Lazlo ya estaba muerto, aunque permaneció un segundo de pie, antes de desplomarse.

Y como si hubiese sido la señal que esperaban, los veinte guerreros comenzaron a aullar, descendiendo ladera abajo, dispuestos a aniquilar a los cazadores. Desde la altura, Jack y Maddie disparaban, cubriendo a los indios y abatiendo, uno a uno, a los maleantes, que apenas podían reaccionar. Cuando los mohawk invadieron el campamento, comenzó la carnicería. Los cazadores que no habían sido abatidos por los tiradores sintieron el filo de las hachas aplastando sus cráneos y mutilando sus miembros. Al cabo de unos pocos minutos, los indios habían reducido a casi todos sus enemigos, dejando solo a tres con vida, aunque lo suficientemente heridos como para garantizar una existencia de sufrimientos.

Jack y Maddie bajaron de la colina y se acercaron al campamento. Al ver a sus amigos heridos y atados como animales, ella se apresuró a quitarles las amarras. Los hombres se levantaron pesadamente, desafiando las punzadas de dolor que agujijoneaban sus cuerpos. Pero, al menos, estaban vivos. Y sus captores no podían decir lo mismo.

Río bravo se acercó a Will y, mirándolo a los ojos, le extendió su *tomahawk*, diciéndole:

—Toma, hombre oscuro. Mata tú a estos tres que quedan. Querrás vengarte.

Will observó el arma que el otro le extendía y, tambaleante, respondió:

—Te lo agradezco, guerrero. Pero no deseo matar a nadie.

El indio lo miró, sin comprender por qué el otro rechazaba la oportunidad de disfrutar con la muerte de sus enemigos. Sin más, se encogió de hombros y agregó:

—Entonces lo haremos nosotros. Y nos llevaremos las cabelleras de todos estos blancos.

Al escuchar las palabras de su amigo, Jack supo que debía llevarse de allí a Maddie, pronto. De lo contrario, ella sería testigo del macabro espectáculo que los nativos habrían de desplegar. El abogado se aproximó a Río bravo y le colocó la mano en el hombro.

—Estoy en deuda contigo, mi amigo.

El indio sonrió.

—No me debes nada, Hombre rata. Ve en paz con los tuyos.

Y sin perder más tiempo, Jack, Maddie y sus compañeros emprendieron la marcha. El abogado rogó que se alejaran lo suficiente para no escuchar los alaridos de los maleantes que habían quedado vivos.

Capítulo 3

Las circunstancias inesperadas habían demorado a los viajeros, al menos dos días, por lo que debieron acelerar el ritmo de viaje, exigiendo a los caballos la máxima velocidad posible.

Avanzada la noche, realizaron una parada para comer y dormir. Will encendió fuego, George cocinó unas habas y los cinco viajeros se sentaron alrededor de la hoguera, para compartir la cena. La temperatura era bastante agradable, por lo que, después de comer, Will, George y Jim fueron a un río cercano para refrescarse. Maddie y Jack conversaban relajados, sentados uno junto a otro, con las espaldas apoyadas contra un tronco caído.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —dijo ella.

—Claro.

—¿Por qué los indios lo llamaron «Hombre rata»? ¿Era parte de la broma que me estaban gastando?

—Lamentablemente, querida señora, debo decirle que tal apelativo no era parte de la chacota. *Tsino:wen* fue el nombre que me dieron los indios, a los cinco años, y que me hubiera quitado de encima en caso de haber accedido a los ritos de masculinidad.

—Es casi peor que llamarse Jackson Johnson...

—Tengo mala suerte con los nombres.

—Ayer, cuando usted estaba sin camisa, observé que tiene una cicatriz en el pecho; un dibujo.

Él se abrió los primeros botones de la prenda y dejó a la vista la marca de un espiral.

—¿Qué significa? —preguntó ella, pasando los dedos por el relieve de la escara.

—Significa «Niño rata». ¿Qué tan humillante es eso? —dijo él, haciendo un gesto irónico.

—No es humillante... —respondió ella—. Cuando detrás hay una historia como la suya, es un recordatorio de su fortaleza para superar los más terribles obstáculos... ¿Qué nombre cree que me habrían puesto a mí? ¿Acaso Niña Ardilla?

—Entonces la llamarían *Aró:sen*. Yo, en cambio, la hubiera llamado *Ió'nhote'*.

—¿Qué significa?

—Arcoíris... —dijo, en un tono que pretendía ser poético—. Usted tiene una parte de sol y una de tormenta, esta última bastante fastidiosa, por cierto. Pero el resultado de esa combinación es la belleza de sus colores.

Ella sonrió, con sorna.

—¿Esos parlamentos suelen funcionarle con las mujeres?

—El Hombre rata sabe conducirse con las damas...

—De eso no tengo la menor duda —dijo ella, riendo—. Y ahora, vamos a descansar, que mañana tenemos que salir temprano.

Entonces, acomodaron las mantas junto al fuego y durmieron bajo un techo de estrellas.

Cuando el abogado despertó, la madrugada siguiente, Will, George y Jim ya estaban levantados y en actividad. Pero Maddie no se veía por ninguna parte.

—Green... ¿a dónde está la señora Thomas?

—Fue al río, a bañarse.

—Maddie es muy limpia... —acotó Jim, bostezando.

—Cuento con esa información, muchas gracias —respondió Jack, fastidiado—. Will, no entiendo como usted permite que su protegida ande sola en un territorio infestado de maleantes.

¿Hace cuánto que se fue?

En aquel momento, Maddie apareció entre los brezos, cargando su camisa mojada.

—Buenos días, señor Johnson. ¿Ha descansado bien? —preguntó.

—Sí, bien. Pero cuando desperté, me informaron que usted andaba paseándose desnuda en un territorio de guerra y se me estropeó el bienestar.

—¡Yo no ando paseándome desnuda! —se defendió ella—. Para que lo sepa, me dejo la camisa puesta.

—¡Ah! Pues ahora me quedo mucho más tranquilo. Una camisa empapada y pegada al cuerpo es el mejor escudo protector para repeler depravados. ¡La felicito!

Visiblemente molesto, él tomó sus elementos de afeitado y caminó en dirección al río.

Dos horas después de que reiniciaran la marcha, comenzó a lloviznar y el tránsito de los viajeros se hizo algo más lento. Jack debió aceptar que sus prejuicios acerca de las supuestas debilidades de su compañera de viaje no podían ser más infundados: de los cinco, ella era la que menos demandaba descanso y la única que no se quejaba por las incomodidades que debían afrontar. Estaba gratamente impresionado. Sin embargo, no solo el estoicismo de Maddie era objeto de su agrado. También se estaba dando cuenta de lo mucho que se entretenía cuando conversaba con ella. A diferencia de la mayoría de las damas que él conocía, aquella mujer tenía sólidas opiniones acerca de la dirección política del país, la guerra y la economía.

Ella también disfrutaba la compañía de Jack. Su charla, siempre distendida, la hacía olvidar que tenía la ropa empapada y que hacía ocho horas que no probaba bocado. Se trataba de un hombre bastante particular. Cualquiera que apenas lo tratara no podría más que opinar que, a aquel sujeto, todo le importaba un miserable rábano. Sin embargo, tras conocerlo un poco más, ella sospechaba que aquella imagen cínica y descarada escondía otra cara, quizá más sufrida y reflexiva.

Por fortuna para los viajeros, al anochecer, las nubes se disiparon y la luna llena presidió el cielo, emblanqueciendo la pradera con un generoso manto de luz. Entonces, los cinco se repartieron las labores para montar el improvisado campamento. A Jack y a Maddie les tocó la tarea de conseguir ramas para encender el fuego.

Ambos se internaron en un bosquecillo de árboles bajos y espinosos, que estaban tan húmedos como el resto del área. Dar con algo de leña seca parecía bastante improbable.

—¿Sabe? He estado pensando... —dijo Jack.

—¡Lo felicito! Eso sí que es nuevo —respondió ella.

—Gracias —dijo él, fingiendo satisfacción—. Pero, le decía, he estado pensando bastante y he decidido que pronto intentaré besarla.

Ella rio.

—¿Y me lo avisa? —preguntó—, pensé que en estas lides funcionaba mejor el factor sorpresa.

—Y es así, en general. Salvo que la mayoría de las damas no lleva un arma en la cadera. ¿Va a dispararme cuando intente darle un beso?

—Quizá.

—Vale la pena el riesgo.

—¿Y por qué va a exponer su vida de ese modo? —se interesó ella.

—Porque usted es bonita e interesante como pocas mujeres he conocido, y me tiene completamente intrigado. La he observado en detalle, con cuatro de mis cinco sentidos y cada exploración ha sido sumamente satisfactoria. Me agrada como se ve, como huele, la suavidad de la piel de sus dedos, que es la única parte de su cuerpo que he podido tocar, hasta ahora. Y por si ello fuera poco, me encanta la musicalidad de su voz. Ahora necesito saber qué gusto tienen sus

labios.

Maddie sonrió y fijó la vista en las raíces que se enroscaban bajo sus pies. Pensó que también él había agradado a cuatro de sus cinco sentidos: su aspecto era atractivo y olía a loción de afeitar y aire libre. Sus manos eran cálidas y la voz, grave y acariciadora.

—Se ha quedado callada, lo cual es raro en usted —dijo Jack—. Seguro estará pensando si apuntarme entre los ojos o en el corazón. Antes de que me mate, ¿le gustaría caminar un poco conmigo?

Ella sonrió y tomó la mano que él le ofrecía.

Al atardecer del día siguiente, los viajeros llegaron a Arlington Heights, en donde el Ejército del Potomac había establecido su Campamento General. Antes de dirigirse al vivac del comandante, se detuvieron en la cima de una colina para observar un escenario que impresionaba por su despliegue: la planicie que se extendía frente a ellos estaba sembrada de miles de tiendas, dispuestas en líneas rectas que formaban improvisadas callejas. En todo el terreno, pululaban más de 10 000 soldados, que daban cuenta de la última comida del día. El campamento recordaba a una colonia de hormigas que trabajan alrededor de varios millares de campánulas blancas.

A los viajeros no les costó encontrar la tienda que McLellan había hecho su cuartel general, pues esta se hallaba justo en el centro de aquel mar de pequeños refugios. La improvisada vivienda que ocupaba el oficial no era más que una estructura rectangular de lona, que conformaba cuatro paredes, además de un cielorraso bajo. El techo a dos aguas estaba simulado por una enorme lona doblada en el centro, sostenida por un travesaño y dos postes. Los extremos de la gruesa tela se aseguraban al suelo con grandes estacas que garantizaban que esta no saliera volando si arreciaba una tormenta.

En la entrada del vivac se encontraba apostado un guardia. Se trataba de apenas un muchacho, en cuyo rostro aún quedaban reminiscencias de la niñez. Al verlo, Jack calculó que el chico no tendría más de dieciséis años, pues a pesar de que no estaba permitido alistarse antes de los dieciocho, era de conocimiento público que al Ejército solían unirse jóvenes de menor edad.

—Soldado, informe al general McLellan que necesitamos reunirnos con él —solicitó el abogado—. Nos envía la señora Elizabeth Colt.

El joven ingresó en la tienda y no tardó en regresar para invitarlos a pasar. Jack entró primero y se encontró con George McLellan, un hombre cuya augusta actitud no dejaba dudas acerca de su privilegiado origen social. No era tan alto como él, pero su postura, erguida y marcial, resultaba imponente. Su rostro, bronceado por el sol inclemente, era anguloso y en él se destacaba un cuidado bigote, tan rubio como el cabello del militar.

—Señor Johnson, es un gusto recibirlo... —saludó el oficial, estrechándole la mano.

—Es un placer conocerlo —respondió Jack—. Y esta es...

En aquel momento, Maddison atravesó la entrada de la tienda.

—Maddie... —se oyó susurrar al comandante—, no lo esperaba...

¿Maddie? ¿Por qué ese sujeto la llamaría por su nombre de pila?, pensó el abogado.

—¿Se conocen? —preguntó.

—Sí, sí —respondió el militar, conmocionado—. Fuimos... amigos hace años. Antes de... de que ella...

—Buenas tardes, comandante. Han pasado muchos años, sí —lo cortó Maddie, seca.

—Pero pasen, por favor —invitó McLellan—. Disculpen que los tenga de pie. Ha sido grande la sorpresa y me he distraído. La verdad es que no esperaba esta visita. Tomen asiento, por favor...

Entonces se produjo un silencio incómodo, hasta que al fin, el comandante habló:

—He de rogarles que sepan disculparme si dejo de lado los formalismos sociales, pero el guardia me informó que los envía la señora Colt y estoy ansioso por saber si me traen buenas noticias.

—Más que noticias —dijo Jack—. Le hemos traído un cargamento de 1000 revólveres para dar apoyo a su campaña. Elizabeth confía en que estas armas le permitan a usted recomponer parte de sus recursos. Por supuesto, se trata de una entrega altamente confidencial.

El alivio que invadió a McLellan se transparentó en sus ojos.

—La carreta se encuentra en los lindes del campamento, junto a la tienda de la guardia —prosiguió el abogado—. Díganos a quién podemos entregársela, para que podamos regresar a Hartford esta misma noche. Es un viaje largo y peligroso, y es preferible que partamos cuanto antes.

Al oír aquello, el militar se mostró visiblemente contrariado.

—Oh, no... no pueden irse hoy mismo. Insisto en que se queden a cenar, luego de tanto tiempo... Señora Thomas ¿por favor? En honor a nuestra vieja amistad...

Maddie miró a Jack.

—¿Le importaría? —preguntó—. Solo por esta noche.

A Johnson no le gustaba lo que estaba viendo. Ella, usualmente firme y segura de sí misma, se veía como una criatura frágil y deprimida. Aunque no supo cabalmente por qué, aquello le molestó. Pero, aun así, él no tenía autoridad para decirle a Maddie qué hacer.

—Está bien —dijo—. Pero partiremos a la madrugada. Tengo obligaciones que atender en la ciudad.

Dirimido el asunto, McLellan ordenó al guardia que acomodara a la señora en la pequeña tienda que estaba a unos cincuenta metros de la suya y que solía utilizarse para recibir a visitas circunstanciales.

Cuando llegó la noche, el mismo general se apersonó allí para escoltar a su huésped hasta donde cenarían. Ella aceptó el brazo que el comandante le ofrecía y ambos caminaron frente a Jim, Will, George y Jack, que también estaban invitados. Los tres primeros fueron incluidos a la lista por insistencia de Maddie, pues McLellan no era partidario de la abolición de la esclavitud y no sentaba hombres negros a su mesa. Si comandaba el ejército, era por su convicción de que los estados del sur no debían independizarse de la Unión, pero no por otra causa.

Jack señaló a la pareja y le habló a Jim, que caminaba a su lado:

—Infórmeme...

—Será un placer, abogado —respondió el aludido—. Maddie y McLellan se conocieron en la fábrica de Samuel Colt, muchos años atrás. En aquel entonces, él era un joven militar, muy ambicioso y ella una muchacha de diecisiete años que se pasaba las tardes practicando tiro en la fábrica de su primo. Dicen que ya entonces era preciosa... ¡y muy simpática! Supongo que, igual que ahora, iluminaba todo con su presencia... En fin, McLellan quedó prendado de esta chica y ella se enamoró de él, porque es bastante bien plantado, eso hay que aceptarlo. Él comenzó a visitarla y a invitarla a pasear, y todo el mundo en Hartford pensaba que esos dos acabarían casándose. Pero McLellan no se decidía a hablar con el padre de Maddie y el tiempo pasaba.

—Idiota.

—Exacto. La cosa es que cuando mi muchacha cumplió dieciocho años, su padre le informó que acababa de prometerla a Nicholas Thomas, que, como usted sabrá, era el productor de algodón más rico de Carolina del Sur. La chica sufrió muchísimo al enterarse de aquello. Le mandó una carta a McLellan, rogándole que pidiera su mano en matrimonio. Era lo más razonable

¿no? Si él tanto la amaba, debería haberse decidido; al menos eso creo yo que haría un hombre hecho y derecho. Pero pasaron los días y él ni siquiera envió una respuesta a la pobre chica. Solo la abandonó, sin más. Ella partió a Carolina, con el corazón destrozado y se casó con esa bestia que tuvo como marido.

—¿Es por eso que se la ve tan contrariada?

—Supongo. Hasta lo que yo sé, esta es la primera vez que vuelve a verlo después de diez años. Yo no sé si ella aún lo ama, quizá sí, pero él está casado, así que las cosas seguirán como están.

Jack clavó la mirada en McLellan, que caminaba del brazo de Maddie, unos pasos más adelante y sentenció que aquel militar era el imbécil más grande que había conocido.

Durante la cena, llevada a cabo en el modesto espacio de la tienda del comandante, Maddie apenas pronunció palabra. Además de los viajeros, habían sido invitados a la comida dos oficiales de alto rango, que eran los estrategas de McLellan. La conversación giraba en torno a las dificultades con las que este justificaba su demora para entrar en combate y por lo que era lapidado por la sociedad.

—Sé lo que se afirma acerca de mí —dijo él, con pesar—; que soy indeciso e incapaz de conducir el Ejército del Potomac. Pero la realidad es que Lincoln quiere deshacerse de mí, pues me tiene una gran antipatía. Y por esa razón, me ha negado los refuerzos necesarios para avanzar. ¡Ese gorila! Conserva las brigadas que debería enviarme, apostadas alrededor de Washington, solo para proteger su cabeza. ¡Y no hablemos del arsenal con el que contamos! Cientos de rifles están averiados y los Colt Army tienen muchos problemas de funcionamiento... Disculpen mi franqueza, pero esa es la cruda realidad. Nos quedan unos 2000 revólveres activos y una tienda llena de otros tantos, inservibles.

Entonces, Will tomó la palabra:

—Comandante, nosotros somos ensambladores expertos. La señora Colt nos envió para reparar algunas de las armas dañadas. ¿Tiene usted idea de cuántas son las que habría que arreglar?

—Son muchas... ¡demasiadas! Le agradezco el ofrecimiento, pero siendo solo tres, no podrán hacer grandes avances en el escaso tiempo con el que contamos.

—El Colt Army no es un revólver difícil de ensamblar —dijo George—. Cuenta con pocas piezas, en relación con otras armas similares, y hemos traído las herramientas que se necesitan para su reparación.

—No sé, si ustedes lo desean pueden quedarse. Pero dudo que...

—Yo soy capaz de ensamblar algunas partes del mecanismo, así que también me quedaré —dijo Maddie, que se había mantenido en silencio—. Ayudaré con los gatillos, que son la parte que más tiempo lleva. Siendo cuatro, avanzaremos más rápido.

—¡Ella ajusta el gatillo como nadie! —dijo George, risueño—. Tiene unos dedos muy finos que entran en todos los recovecos. Usted debería ver a esta muchacha, trajinando revólveres del .44.

—En ese caso... —comenzó a decir McLellan, de pronto interesado.

—Señora Thomas, no —lo cortó Jack—. De ninguna manera permitiré que usted permanezca en un territorio de guerra. La escoltaré hasta Hartford, tal como me lo ha pedido la señora Colt. Y eso es lo único que diré acerca de este asunto. Así que no se moleste en discutir conmigo.

—Usted no es mi padre ni mi marido y no puede decirme lo que tengo que hacer —replicó ella—. Tampoco es que yo vaya a ponerme un cuchillo entre los dientes y cruzar a nado el Potomac para atacar a una horda de soldados confederados.

Se hizo un silencio tenso, mientras Jack y Maddie intercambiaban rayos y centellas por los ojos. Los otros comensales miraban a uno y a otro, tratando de adivinar quién ganaría aquella batalla. Jim rompió el silencio.

—Deje que se quede, abogado, ella sería de mucha utilidad. Nosotros la cuidaremos.

—¡Will! —dijo Jack, volviéndose hacia donde estaba el gigante— ¡a usted sí lo escucha! Llámela a la reflexión.

—Maddie... —dijo el hombre— si tú quieres quedarte, yo te protegeré. No permitiré que nada malo te suceda.

—¡Gracias... por nada, Will! —respondió Jack, disgustado—. Bien. Haga lo que quiera, señora. Pero mientras usted permanezca aquí, deberé hacerlo yo también. Por si no está al tanto, tengo una responsabilidad hacia su persona.

Jack se levantó y, sin siquiera despedirse, desapareció por la entrada de la tienda.

No pasaron ni dos minutos antes de que Maddie decidiera retirarse. Sus tres amigos quisieron seguirla, pero ella se negó. McLellan vio la oportunidad y se ofreció a acompañarla a su tienda. Ella, turbada por la discusión con el abogado, aceptó. Pero al instante, se dio cuenta de que caminar acompañada del comandante no serviría para otra cosa que enturbiar su mente, aún más de lo que ya estaba. Detestaba a George y no deseaba siquiera compartir diez minutos con él. Pero, a la vez, su corazón necesitaba una respuesta a la pregunta que, durante años, la había atormentado. ¿Por qué aquel hombre, que decía amarla, no había intervenido cuando su padre la comprometió con un extraño?

Ya fuera de la tienda, los recibió una noche fresca y estrellada. La oscuridad, apenas burlada por los faroles de las tiendas, tenía como telón de fondo el murmullo de miles de soldados, que terminaban de compartir la cena con sus compañeros de campaña.

Jack se encontraba a pocos pasos de ahí. Estaba apoyado en el tronco de un enorme árbol, cuya copa caía casi hasta el suelo, por lo que su figura no se distinguía en la oscuridad. Lo único que delataba su presencia era la punta incandescente de su cigarro encendido. Solo con sus pensamientos, el abogado se sobresaltó al oír las voces que se acercaban:

—Maddie —decía McLellan, anhelante—... Maddie, por favor, habla conmigo...

Ella se detuvo en seco, dándole la espalda. Su tono era gélido:

—No tengo nada que hablar con usted, comandante.

—Quiero que sepas que dejarte significó una tortura para mí. ¡Sufrí tanto, todos estos años!

Ella se volvió hacia él y sus ojos chispearon de furia:

—¿Sufriste? ¡¿Tú sufriste?! ¿Una tortura, dices? ¿Qué crees que pasé yo, casada con un hombre cruel?

—En ese momento no supe qué hacer. Comprende, por favor. Yo no era competencia para un potentado como Thomas. Tu padre no iba a aceptar un joven militar como esposo de su única hija...

—Posiblemente, no. En eso tienes razón. Sin embargo, me habías dicho que me amabas y que querías formar una familia conmigo. —Ella le dio la espalda y susurró—: desde que supe de mi inminente boda te esperé cada noche, sentada junto a la ventana, pensando que irías a buscarme, para llevarme lejos de allí.

—Pero, Maddie. Yo tenía una carrera. ¡No podía hacer una locura, dejando todo atrás!

—¡Ni siquiera respondiste mi carta! ¿Cómo pudiste ser tan cruel, George?

—Lo siento, Maddie... No sabes cuánto lamento haberte hecho daño...

—Los primeros años de mi matrimonio, te lloré —lo cortó ella—. Te amaba y ¡oh, si te lloré! Pero cuando Thomas me golpeó hasta dejarme inconsciente, te deseé la muerte, porque ¡tú podrías

haberme salvado de aquello! Y cuando me recuperé de aquella golpiza, te odié con toda mi alma. Pero también le agradecí a la vida por haberme alejado de ti, pues comprendí que mi existencia a tu lado iba a ser una sucesión de profundas decepciones.

McLellan bajó la vista. Luego susurró:

—Si no hubiera sido por tu padre...

—¡Cállate! —le dijo ella— ¡no haces más que culpar a otros por tus falencias! ¡A mi padre, a Lincoln! Ojalá, alguna vez, puedas asumir tus debilidades. Y ahora déjame sola. No quiero volver a hablar contigo nunca más. Y no malentiendas el porqué de mi permanencia en este campamento. No es por ti, sino por los esclavos, que merecen la libertad. Y es por Lincoln, un hombre inteligente y valeroso, y no un gorila, tal como tú lo llamas.

McLellan abrió la boca para decir algo más, pero al fin se dio la vuelta y regresó a la tienda.

Cuando hubo desaparecido, Maddie habló:

—Ya puede salir, señor Johnson.

Se oyó un movimiento de ramas y apareció Jack.

—¿Cómo supo que estaba ahí? —preguntó, extrañado.

—No lo sé... Solo percibí su presencia.

—La magnética presencia del Hombre rata.

Maddie no pudo evitar reír.

—En realidad, no es nada esotérico —dijo—. Cuando salí de la tienda olí su cigarro. Cada vez que yo lo exaspero, usted fuma. Y su tabaco tiene un olor particular.

—Es indio.

—Eso lo explica.

—Espero, señora, que haya venido a decirme que su cerebro ha vuelto a funcionar con la lucidez habitual y que regresará a casa mañana.

—Yo no vine a decirle nada. Solo salí para hablar dos palabras con McLellan y usted estaba escondido ahí. Ahórrese el despliegue argumental porque voy a quedarme.

—Déjeme decirle que no la entiendo. Bueno..., no es que yo entienda a las mujeres, en general, pero a usted la entiendo aún menos. ¿Por qué se queda en un lugar que apesta a muerte?

—Señor Johnson, mi decisión no es tan difícil de entender: yo definiendo la emancipación con toda mi alma, con la convicción de alguien que ha visto esclavos morir, tras ser torturados por horas. Me quedaré aquí por Will, por George y por Jim, y por tantos otros que necesitan ayuda. No me puedo alistar porque soy mujer, pero si pudiera, lo haría.

El exhaló con fuerza el humo del cigarro, tiró la colilla al suelo y la pisó.

—Me rindo —dijo, levantando las manos—. Haga lo que le venga en gana. Espero que se llame a la razón y no pretenda quedarse aquí por muchos días, porque ahí sí que la abandonaré a su suerte. Mis clientes me necesitan en la ciudad y yo no puedo fallarles.

—¿De veras está tan comprometido con el ejercicio de su profesión? —ella lo miró con aire de sospecha.

—No —aceptó él—. La verdad es que, salvo por Elizabeth, mis clientes me importan un bledo... En realidad, tiene razón. Me quedaré hasta que usted quiera volver a Hartford.

—Usted es un compañero bastante divertido, así que será agradable compartir tiempo con usted mientras trabajamos en las armas.

—Un momento... —se atajó él—. «Trabajamos» me suena a mucha gente. Ustedes trabajan y yo miro... ¿A eso se refiere?

—Por supuesto que no. Me refiero a que, ya que estará aquí, va a ayudarnos con la reparación de los revólveres. Estoy segura de que Will le encontrará alguna tarea sencilla, para que usted

pueda realizar en carácter de ayudante.

Jack la miró fijo por unos instantes.

—A ver si entiendo bien —dijo, al fin—: durante dos años estudié día y noche para rendir mi permiso de abogado y convertirme en uno de los más célebres leguleyos del norte de los Estados Unidos. ¿Y usted me dice que ahora debo ponerme a las órdenes de un viejo malhumorado que va a obligarme a atornillar un hierro contra otro?

—Exactamente.

—¿Y por qué haría yo eso? ¿Cuál sería mi recompensa? —inquirió Jack.

—El premio sería sentirse mejor con usted mismo, por hacer algo productivo para la sociedad.

—¡Nada más lejos de mis intereses! —exclamó él—. Ya me siento bastante satisfecho con mi persona y la sociedad me importa un bledo. No, gracias.

Ella lo pensó por un momento. Luego señaló:

—Aguarde... Hay otro premio: si trabaja como voluntario para el Ejército, lucirá como un héroe ante las damas. ¿A que eso lo motiva?

Él esbozó una amplia sonrisa.

—Parece que me conoce mejor que nadie en este mundo —dijo—. Imagino que usted también se encontraría entre las damas que menciona.

—Oh, sí. Yo quedaría deslumbrada —afirmó ella.

En ese momento, el abogado sospechó que aquella mujer le estaba mintiendo. Pero... ¿y si de verdad lograba impresionarla? ¿Merecía la pena semejante esfuerzo por el improbable premio de llevar a Maddie a la cama? «Pues sí», pensó. Ella valía cada intento.

—Muy bien... acepto a desgana —dijo, al fin.

—No se arrepentirá.

—Lo más probable es que sí, pero vivamos un día a la vez. En este momento, me siento importante y heroico.

Ella rio y, por unos instantes, compartieron un cómodo silencio, que ella interrumpió:

—¿Puedo preguntarle algo?

Él asintió.

—¿Cuál es su opinión acerca de McLellan?

—Creo que es un idiota rematado.

—Eso piensa medio país. Sea original, ¿quiere?

—Creo que el hecho de dejar escapar a una mujer como usted habla de su precaria inteligencia. Perdone que se lo diga, señora, pero tiene un pésimo gusto con los hombres.

—Usted ha comenzado a gustarme un poco —señaló ella.

El abogado se quedó sin palabras. Había sido sorprendido en su capacidad de anticipación y eso desarticulaba su poder para ironizar. Pese a ello, hizo un esfuerzo por mantenerse impertérrito, respondiendo con naturalidad:

—Eso confirma mi afirmación anterior. Pero..., ¿lo dice de veras? ¿Que yo le gusto?

—Solo un poco.

—¿Y desde cuándo? Pensé que me detestaba.

—Lo detestaba al principio. Comencé a tenerle simpatía cuando aceptó que se había comportado como un patán.

—Bueno, me halaga..., muchas gracias.

Se hizo un silencio.

—Se supone que ahora usted debe decir que yo también le agrado un poco, señor Johnson. Lo indican las reglas de la buena sociedad —le reclamó ella.

—Ah, pero yo no puedo mentirle. ¿Sabe? Usted me gusta bastante más que un poco. Y si le cuento lo que a veces me pasa por la cabeza respecto de su persona, probablemente reciba una bofetada... O más bien un balazo. Y mi inteligencia me impide arriesgar la vida por una confesión de naturaleza afectiva, por ponerle un nombre decente.

Maddie sonrió.

—¿Desde cuándo le gusto? —se interesó.

—Desde que evitó que Jim me robara la cartera.

Entonces, Jack extendió el brazo, rodeó el talle de la joven y la atrajo hacia su pecho.

—¿Lleva su arma? —quiso saber él.

—Sí.

—Se lo pregunto porque en un instante intentaré besarla. ¿Recuerda que se lo había anticipado?

Ella asintió.

—Quizá sea mejor que ponga sus manos sobre mis hombros, así me siento más tranquilo —propuso él.

Maddie sonrió y entrelazó sus dedos en la nuca del abogado, que la apretó aún más contra sí.

—Ahora, señora mía...

Una placentera corriente recorrió la espina de la joven cuando Jack depositó un leve beso, primero en sus mejillas, después en cada comisura y, al fin, en su boca. Sin proponérselo, ella cerró los ojos, dejándose llevar por las sensaciones que la invadían. Pero el incipiente acaloramiento de los cuerpos se vio de pronto interrumpido por el estridente chillido del clarín de la tropa, que sonó a menos de treinta metros de donde ellos se encontraban, aunque Jack hubiera jurado que el desgraciado que lo tocaba lo había hecho sonar a diez centímetros de su oreja.

Sin poder evitarlo, los dos comenzaron a reírse.

—Odio a los militares —se quejó él.

—¡Maddie! ¡Abogado! —en aquel momento, Jim salió de la tienda de McLellan—. ¿Qué hacen ahí? Hay que ir al catre. ¡Vamos! ¡Vamos!

Jack se volvió hacia Maddie.

—Querida señora —dijo—, lamento que deba retirarse tan temprano... No sabe cuánto lo siento...

—Oiga... —susurró ella, acercándose a él—, esto... entre nosotros... jamás ocurrió.

—Oh, sí. Sí que ocurrió —respondió Jack, besándole la palma de la mano—. Y no solo ha sucedido, sino que apenas está comenzando. Acabo de confirmar lo que sospechaba y es que sus labios saben a gloria. ¿Cree, acaso, que la dejaré escapar tan fácilmente?

Esbozando una sonrisa cómplice, Maddie le dio la espalda y siguió a Jim, que se ofreció a acompañarla hasta su tienda.

A primera hora de la madrugada, los viajeros despertaron con la diana. Luego de tomar un desayuno rápido, se dirigieron a la tienda en la que se almacenaban cajas llenas de partes de revólveres. Estas estaban diseminadas sin orden alguno, por lo que el primer sentimiento que compartieron Maddie y los tres armeros fue de desazón. Antes de reparar las armas, deberían revisar las cajas y separar, pieza por pieza y tornillo por tornillo, cada fragmento de los revólveres dañados. Por fortuna para ellos, el oficial que los había conducido allí tuvo el buen tino de asignarles cuatro hombres para que los ayudaran con la tarea de selección.

Siguiendo la estructura organizativa de la Colt's Armory, se establecieron tres puestos de trabajo: Jim comandaba el área de selección y limpieza de las partes, Will se ocupaba del marco

de los revólveres, y George y Maddie ensamblaban gatillos y percutores. A Jack lo nombraron asistente de Will, ya que tenía la fuerza necesaria para maniobrar las piezas trabadas.

Durante todo el día, los armeros repararon los revólveres despedazados. En algunos casos, el Colt Army exhibía sus falencias; cañones astillados y martillos partidos daban la razón a aquellos que cuestionaban la calidad de las armas.

Esa noche, los viajeros rechazaron la invitación a cenar con el comandante McLellan y se reunieron alrededor del fuego, a comer y conversar sobre los eventos del día. Les dolían los brazos y los dedos de tanto trajar trozos de hierro, pero habían logrado recuperar ochenta revólveres que ya estaban operativos nuevamente. Aunque ese buen ritmo de trabajo se debía a que habían comenzado por aquellas armas que requerían de arreglos menores, tales como reajuste de mecanismos o reemplazo de una sola pieza.

Todos los miembros del grupo se sentían satisfechos, salvo Jack, que, desde que iniciaron la labor, no había cesado de quejarse por lo duro del trabajo que le habían impuesto. Su interés por lucir como un héroe se había esfumado a los veinte minutos de comenzar su tarea de aprendiz de armero; lo único que lo retenía en su puesto era la presencia de Maddie.

Cuando George comenzó a servir el guiso en los platos, el cansancio y el duro trajín quedaron momentáneamente olvidados.

—¿Y, Jim? —dijo el abogado, luego de tragar la primera cucharada—, ¿hoy no irás a beberle el whisky a McLellan?

—No, señor. ¿Sabe? La buena compañía lo es todo. Yo prefiero tomar cerveza rancia con todos ustedes a tomar coñac francés con el comandante. Aunque, a veces, uno puede tenerlo todo en la vida. Ayer pude acercarme al mueble en donde él guarda el alcohol y... —Jim abrió una de las solapas de su chaqueta y dejó ver una botella de excelente *scotch*.

—Llámenlo «botín de guerra» —dijo, ufano.

Jack premió a Jim con unas afectuosas palmadas en el hombro. Por lo que conocía de McLellan, el sujeto merecía que le birlaran su alcohol... y mucho más.

—¿Señor Johnson? —llamó Maddie, cuando las risas y las chanzas cesaron.

—¿Señora?

—Si es tan amable, tenga a bien devolverle la cartera a Jim.

—¡Pero! ¿Cómo? —la víctima del robo comenzó a rebuscar en sus bolsillos.

Jack le extendió el preciado objeto.

—Yo también he sido esclavo —explicó— y he debido hurtar muchas veces para poder comer. Así que manténgase alejado de mí, porque estoy muy interesado en el anillo de oro que lleva en el anular.

Jim se cubrió la joya con gesto posesivo, mirando con sorpresa al abogado.

—¿Cómo es que fue esclavo, señor Johnson? —preguntó George.

—Los indios me raptaron de niño y me obligaron a trabajar para ellos.

—El señor Johnson tiene un nombre aborígen... —dijo Maddie.

Jack la miró con gesto alarmado y ella casi pudo leer sus pensamientos: «no me haga esto... Si ellos se enteran de cuál es mi nombre indio, me volverán loco con sus bromas.» Ella continuó:

—Los mohawk lo llaman «Lobo solitario». Señor Johnson, ¿cómo es que se dice lobo en iroqués?

—*Okwáho* —respondió él, aliviado.

—¡Ocuájo! —gritó Jim, intentando imitar la pronunciación de la palabra.

—Pues lo felicito, abogado —dijo George, con la boca llena—. Al menos los nativos le dieron un nombre decente. Imagino que llamarse Jackson Johnson debe ser horrible.

—Lo es. Lobo solitario me sienta mucho mejor —dijo Jack, dedicándole una sonrisa a Maddie.

—Bien, ya he terminado de comer —dijo ella, levantándose—. Iré a acostarme.

—Yo también me voy —anunció George.

—Y yo —lo secundó Jim.

—Señora Thomas... —la llamó Jack. Ella se volvió hacia él—: *niá:wen...* Gracias.

Ella le guiñó un ojo. Luego siguió a sus dos amigos.

Jack y Will permanecieron frente al fuego. El abogado sirvió café para los dos.

—La señora Thomas me comentó que se conocieron en la finca cuando ella era muy joven— dijo Jack.

—Así fue. Cuando Maddie llegó a Carolina estaba confundida y triste, así que la tomé bajo mi protección. Nos tenemos mucho cariño.

El abogado miró Will y deslizó la pregunta que había estado dando vueltas en su mente:

—¿Regresó usted a la plantación, luego de escapar?

El que fuera esclavo tardó unos segundos en responder:

—Solo una vez..., seis meses después de huir de ahí. Hubiera deseado llegar mucho antes, pero no lograba evadir a los cazadores de esclavos. Como usted entenderá, soy bastante fácil de reconocer. Ellos perseguían los dos mil dólares que Thomas ofrecía por mi captura. Lo intenté varias veces, por diferentes rutas, hasta que al fin lo logré. Fue casi un milagro: fui a Carolina y regresé a Hartford casi sin complicaciones.

Por unos momentos, solo se oyó el chisporroteo de las llamas y el murmullo de los soldados que se aprestaban para dormir.

Jack sonrió, pensando que su sospecha se había confirmado:

—No fue un accidente de equitación ¿verdad? La muerte de Thomas... —preguntó.

—Fue lo que fue... —respondió Will—. ¿Acaso importa?

—A mí me hubiera gustado escuchar el crujido de su espina, al romperse.

Will partió en dos la rama con la que había estado revolviendo las brasas. La madera, al quebrarse, produjo un chasquido seco.

—No es un ruido agradable, en realidad. Espero que usted no tenga que escucharlo nunca — dijo, poniéndose de pie—. Buenas noches, abogado.

Cuando el hombre se retiró, Jack permaneció sentado, con la mirada perdida en la hoguera. Pensó que a él no le hubiera importado partirle el cuello al hombre que había torturado a una mujer indefensa.

A lo largo de los días siguientes, la actividad en la línea de trabajo que habían montado los enviados de la Colt fue febril. Los viajeros se levantaban con la diana y trabajaban hasta que la noche les robaba la luz diurna, que resultaba imprescindible para la labor de precisión que ellos realizaban.

Con un trajín tan brutal, a Jack le resultaba casi imposible pasar un momento a solas con Maddie. Sobre todo, porque ella siempre tenía guardianes alrededor: si no era Will, eran George o Jim, o los tres juntos, que era lo más frecuente. No la dejaban ni a sol ni a sombra, algo que frustraba las intenciones de Jack, de compartir un momento de privacidad con la joven. Sin embargo, y aunque solo fuera por pocos minutos, ambos se las habían arreglado para encontrarse en solitario. Aunque el tiempo era tan escaso que apenas podían intercambiar unas palabras y uno que otro beso. En ocasiones era Jack el que sorprendía a Maddie, arrebatándole los labios. Pero en otros momentos, antes de que él pudiese desplegar sus habilidades de seducción, ella se

adelantaba y lo besaba, dejándolo algo perplejo. Al respecto, el abogado experimentaba sensaciones encontradas: por un lado, gustaba de ser él quien tomara la iniciativa, pues eso se adecuaba más a su costumbre de hacer lo que le viniera en gana. Pero, por otra parte, también se sentía a gusto con aquella faceta de Maddie, que daba por tierra con su anticipación masculina, sobre todo cuando ella lo besaba sin mediar palabra ni gesto delator.

Cuando la luz escaseaba y ya no se podía trabajar en la improvisada armería, Jack solía perderse entre las tiendas militares y no era raro verlo conversando con los soldados. Algunos estaban desanimados y el abogado, con su buen humor habitual, se las arreglaba para levantarles el espíritu. Una de aquellas noches conoció a Billy Bob Darren, un muchachito de diecinueve años, que trabajaba en el puesto de cocina. El chico había perdido un pie y un ojo en combate, pero en lugar de tomar la baja, había decidido permanecer en el campamento como voluntario.

Una noche, Jack y el exmilitar conversaban junto a la hoguera.

—¿Sabes, chico? —dijo el abogado—, tengo una duda respecto de tu persona.

—Pregunte lo que quiera —respondió el otro, con la boca llena de galleta.

—¿Por qué diablos te quedas en este infierno de lugar? Podrías irte a casa, a hacer lo que te venga en gana por el resto de tus días. ¿Es que te encanta trocear cerdo y pelar patatas? Porque, si es así, la esquirra que te sacó el ojo se te incrustó en el cerebro...

El chico rio.

—A nadie le gusta ablandar tiras de appestoso caballo salado, señor. No, no es por el trabajo por lo que me quedo. Si ni siquiera me pagan. No me voy porque deseo ser útil, ¿sabe? Mis padres siempre me dijeron que cuando yo abandone este mundo debo dejar una huella. Algo bueno por lo que ser bien recordado. Por eso me alisté.

—Y el Ejército, como recompensa, te quitó un ojo y un pie. ¿No estás arrepentido?

El joven negó con la cabeza.

—¡Ni por un instante, señor! —dijo—. Yo tuve muchísima suerte. Mis hermanos murieron en batalla y a mis amigos los enterró el sarampión. Mi sargento perdió los dos brazos y ahora necesita que alguien le dé de comer en la boca... ¿No le digo que he tenido suerte? Por eso, cada día que me despierto le agradezco al cielo por estar vivo y por tener un ojo, un pie y dos manos que funcionan... Entonces, siendo yo tan afortunado, dígame usted: ¿qué clase de desagradecido sería si me fuera a reposar tranquilo en mi casa?

Jack no miró al muchacho, solo fijó la vista en la roja danza de las llamas, con la mente perturbada.

—Los soldados tienen que comer bien —siguió el chico, entusiasmado— para estar fuertes y enfrentar la muerte cada día. Y yo soy quien pela las patatas que ellos comen. ¿Le parece poca cosa? Pues no lo es. Cada vez que un soldado toma mi sopa, le estoy haciendo un bien.

El joven rio, de repente.

—Pero, ¿cómo es que no comprende lo que yo hago? —dijo—. ¿Acaso no trabaja usted aquí sin paga? Señor: usted, como yo y otros tantos, también somos héroes en esta guerra. Héroes desconocidos..., pero héroes al fin.

—Yo... —susurró Jack—, no me siento, en realidad...

—¡Por supuesto que lo es! —lo interrumpió el joven—. Y en nombre de los soldados a los que sirve, le doy las gracias. Usted es un buen hombre.

Al finalizar aquella conversación, Jack se sintió un miserable. No se creía una buena persona ni, mucho menos, un héroe. La verdad era que se quedaba allí porque deseaba a Maddie y tenía la esperanza de llegar a acostarse con ella antes de que regresaran a Hartford y cada uno tomara su camino. Con pesadumbre, no pudo evitar sentir que aquel chico de diecinueve años era mil veces

mejor que él y lamentó haber mantenido aquella conversación que tan mal sabor de boca le había dejado.

De inmediato, decidió alejar aquellos pensamientos tan incómodos y concentrarse en ser quien de verdad era: Jack Johnson, el abogado que solo pensaba en sí mismo.

La tarde del día siguiente, los armeros se encontraban reparando las armas, cada uno en su puesto, cuando Jack gritó y soltó una maldición capaz de provocar el sonrojo de un marinero.

—¡Señor Johnson! ¿Se encuentra bien? —preguntó Maddie, acercándose a él.

Él se sostenía la mano izquierda, que ya estaba bañada de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jim, acercándose.

—Estoy bien —respondió Jack, apretando los dientes—. No es grave. Estaba reparando este revólver y se me metieron unas esquirlas bajo la piel.

Ella observó la lesión.

—Se las quitaré y curaré la herida —dijo, envolviéndole la mano con un trapo—. No parece ser grave. Will, ¿podrías buscar algunas cosas en mis alforjas, por favor? Jabón, pinzas y el ungüento.

—Ya mismo, Maddie.

Él solo demoró dos minutos en regresar.

—Venga conmigo, señor Johnson —lo invitó ella—. Iremos al río; extraeré las esquirlas y le haré una curación. ¿O prefiere que lo lleve con el médico del ejército?

—Ese animal se las arreglará para amputarme el brazo —respondió él—. No, gracias. Confiaré en sus habilidades.

Maddie y Jack caminaron hasta dar con un recodo del río que estaba lejos de los lugares que los soldados visitaban. Era un lugar tranquilo y solitario, en donde solo se oía el piar de los cardenales; un oasis en medio de la guerra.

—Venga... —le pidió ella—. Primero lavaremos la herida.

Él la dejó hacer.

—Ah, ya veo —dijo Maddie—, son tres esquirlas. Se las quitaré —ella apretó la más grande con la pinza—. Aquí tengo una... Listo. Ya salió. ¿Le dolió mucho?

—Lobo solitario es insensible al dolor —respondió él, imitando el acento de los iroqueses.

Ella rio.

—Me alegro —dijo—, porque esta es más profunda..., pero... Ya. Queda una sola, que saldrá fácil... —ella tiró despacio, hasta retirar la astilla metálica—, ya está. Dejaremos que las heridas se ventilen un poco y luego le aplicaré un ungüento que evitará que se infecten.

—Gracias por no amputarme el brazo.

—De nada, pero, si se infecta, no descarto la posibilidad.

—Mientras se ventila la herida, aprovecharé para bañarme. ¿Me presta su jabón? —Jack decía aquello mientras comenzaba a desprenderse los pantalones.

—¡Oiga! —reclamó ella, dándole a él la espalda—, ¿va a desnudarse frente a mí? ¿No sabe lo que es el pudor de una dama?

—Los indios no sabemos lo que es el pudor. Y usted, que tiene la costumbre de andar desnuda por el claro, tampoco.

—¡Pero, pero...! ¡Yo jamás me desnudo por completo! —Ella se giró hacia el abogado y vio que él estaba vestido con su traje de nacimiento. Dando un grito, se volvió de inmediato.

—Si llega a decir una sola palabra sobre la sandez de dejarse la camisa puesta —dijo él—, le

juro que la cargaré sobre mi hombro y la arrojaré al río, vestida como está. ¿Quiere que haga eso?

—¡No!

—Pues bien. Entonces deje de hacerse la pudorosa, que no le sienta. ¿A qué ha visto hombres desnudos antes?

Ella no pudo más que afirmar.

—Vi a mi marido, que era repugnante por dentro y por fuera. Con usted es diferente.

Ella volvió la cabeza y lo miró con el rabillo del ojo. Comprobó que él estaba hundido hasta la altura del pecho y pasándose el jabón por el cuello.

—¿Ah, sí? Qué interesante y deliciosamente halagador —dijo él—. Si entendí bien, lo que usted está diciendo es que yo le resulto agradable a la vista.

—No pienso responderle.

—¿Por qué no viene aquí? —la invitó—. El agua tiene una temperatura muy grata. Puede dejarse la camisa puesta, así no correrá ningún peligro. Usted puede bañarse en la poza de allá y conversaremos a la distancia. —Él se dio la vuelta—. Yo contemplaré el horizonte hasta que se haya sumergido por completo.

Maddie dudó por un momento, pero el baño era demasiado tentador.

—¿Es profundo? —preguntó.

—Ya ve que no. Bueno, al menos en esta parte del río. Por las dudas, adéntrese con cuidado.

Satisfecha con la respuesta, ella se decidió a entrar. Entonces, se quitó la chaqueta y los pantalones y se internó en el curso de agua, tratando de no perder pie. Sin embargo, las rocas estaban cubiertas de un musgo baboso y, de repente, resbaló y cayó a la corriente. Fue tal la sorpresa, que ni siquiera se le ocurrió gritar. En un segundo, se había hundido por completo.

—¿Ya está aquí? —preguntó él, volviéndose—. ¿Señora Thomas?

Ella no aparecía por ningún lado.

—¿Señora?

La cabeza de Maddie asomó de golpe en la superficie y Jack la vio, abriendo la boca para tomar aire, mientras alzaba los brazos sobre la cabeza. De inmediato, volvió a hundirse.

—¿Pero qué dem...? ¡No sabe nadar! —gritó él—. ¡Señora Thomas! ¡Maddie!

Jack nadó como un poseso hasta el lugar, se sumergió y no tardó en dar con ella. La tomó por debajo de los brazos y la izó a la superficie.

Ella casi se trepó al cuerpo de él, con desesperación, mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

—¿Por qué no me dijo que no sabía nadar?! —le reclamó Jack—, ¿está usted loca?

—No p... pensé que fuera p... profundo —respondió ella, agitada—. ¡Usted me dijo que no era profundo!

En realidad, el río no lo era en demasía, pero su estatura no le había permitido hacer pie. A Jack, que era mucho más alto, el agua le llegaba a la altura del pecho.

—Ya, ya... tranquilícese —la calmó, meciéndola—. Se encuentra a salvo. Pero ¡qué desastre! Una dama tan habilidosa como usted debería nadar como un salmón. Yo le enseñaré. Cuando regresemos a Hartford, iremos al río que está justo frente a su fábrica. Deberá cubrirse más que ahora, porque los empleados se distraerán si usted se anda paseando con su camisa protectora...

En aquel momento, Jack cobró conciencia de que la camisa a la que él aludía era lo único que lo separaba de la piel femenina. Y que la tela estaba empapada, desvelando todo lo que había debajo. Se obligó a levantar la vista, porque su gesto de mirar a donde estaba mirando no era muy caballeroso y entonces se topó con la mirada de la joven que estrechaba entre sus brazos: los ojos de ella, entrecerrados, se velaban con un ansia primitiva y su boca murmuraba un ruego

ininteligible, que el cuerpo de Jack supo interpretar. Maddie cerró los ojos cuando él bajó la cabeza para sorber las gotas que inundaban la depresión entre sus clavículas y suspiró al percibir que unos labios cálidos se colaban bajo el cuello abierto de la camisa. Lo alentó a acariciar las formas ocultas por el agua y no se resistió cuando él la izó un poco más para que ella rodeara su cintura con las piernas. No hubo espacio para el pensamiento, ni para elucubraciones sobre lo que vendría después de aquello. La racionalidad se derritió cuando el calor de uno se volvió el del otro.

Después de la cena, Maddie anunció su decisión de dormir al claro, junto con sus cuatro acompañantes. Adujo que la noche estaba preciosa, aunque hacía mucho frío y comenzaba a llover, y con gesto casual depositó su manta junto a la de Jack. Cuando Will, George y Jim se hubieron dormido, el abogado la rodeó con el brazo, la besó y la apretó contra su pecho.

Pasados diez días desde que los viajeros llegaron al campamento militar, ya habían rescatado más de cuatrocientos revólveres. Will calculaba que lograrían recuperar unas treinta armas más, pero que era todo lo que podrían hacer en el tiempo del que disponían. La única manera de continuar con la tarea de restauración era que la Colt's Armory enviara una decena de empleados y, dadas las circunstancias, aquello no sería posible. Para responder a las demandas del Gobierno, la fábrica necesitaba activo a todo su personal.

La labor en la improvisada armería del campamento era agotadora, pero asumida con estoicismo, salvo por Jack, que se quejaba cada vez que podía. Will estaba bastante impresionado por lo rápido que el abogado aprendía las tareas y lo bien que las desarrollaba. Sin embargo, su pésima actitud fastidiaba al gigante.

Una noche, Maddie y Jack se encontraban a solas, conversando frente a la hoguera, y él desplegab su habitual retahíla de quejas:

—Viví ocho años con unos indios que me educaron a gritos y a patadas, y te digo, Maddie: jamás, en toda mi vida, he debido aguantar más reclamos que en estos últimos días. Will me está volviendo loco. Dice que aprendo rápido y que lo hago bien, pero insiste en regañarme cada dos horas, como si yo fuera un niño de cinco años.

Ella rio.

—Will es exigente. Ha visto potencial en ti y quiere que te conviertas en un gran armero.

—Habilidad que me será realmente útil en la corte, cuando tenga que sacar a un ladrón de la cárcel. Me veo a mí mismo, en la puerta del juzgado, despidiendo al exconvicto liberado: «A ver, caballero, antes de que lo devuelva a la sociedad, ¿no desea que le ajuste un poco el percutor del revólver? No vaya a ser cosa que, cuando le dispare al conductor de la diligencia, se le desvíe la bala...». Sí, Maddie. Ya estoy convencido.

Cuando Jack miró a la joven, notó que ella había reemplazado su gesto risueño por uno serio. Al hablar, ella usó un tono severo:

—Todo es broma, ¿verdad? Quizá para ti la labor que realizamos es un suplicio, pero no te das cuenta de que lo que estamos haciendo aquí es muy importante. Nuestro trabajo puede significar la diferencia entre que un soldado viva o muera. Y tú te lo tomas como un sainete, en el que el sufriente eres tú, más que cualquier otra persona aquí. Ojalá, algún día, abandones esa fachada de persona a la que nada le importa y puedas reconocer lo que de veras sientes y piensas.

Entonces, Maddie se levantó y dejó a Jack solo, viendo como ella se alejaba.

El abogado no se quedó tranquilo. Si otra persona le hubiera dedicado las mismas palabras, estas no le habrían afectado. Pero, por alguna razón, en boca de ella, tuvieron un fuerte efecto en

su consciencia. Aquella noche, le fue imposible conciliar el sueño.

Entre jornada y jornada de trabajo, Jack se dedicaba a recorrer los lindes del campamento, observando el trajín diario de los soldados. Se oían rumores de batalla, aunque aquellos dichos eran muy frecuentes y, en realidad, nada había sucedido hasta el momento. Los soldados afirmaban que McLellan al fin había decidido entrar en acción y habían comenzado a prepararse para iniciar la marcha en dirección al territorio enemigo. Dado el tiempo que llevaban apostados allí, la mayoría prefería enfrentarse a los rebeldes antes que a la expectación y la incertidumbre.

Una tarde, Jack y Maddie paseaban por la vera de un bosque cercano. En aquella ocasión, el abogado lucía algo enjuto. Habían caminado bastante, cuando él la invitó a sentarse por unos momentos.

—Maddie, debo decirte algo importante —dijo.

Ella lo miró, interesada.

—He decidido no regresar a Hartford, por ahora. Me quedaré aquí unos meses, reparando y limpiando las armas que necesiten mantenimiento. Lo comenté con George y él desea quedarse también.

A ella se le transmutó el gesto.

—Jack, no hablarás en serio... Tú no eres soldado, esta no es tu vida...

—No soy soldado, ni lo seré —aclaró él—. Me quedaré aquí como uno de tantos civiles que sirven al Ejército como voluntarios: herreros, carpinteros...

—Pero ¿y tu trabajo? —lo interrumpió ella—. ¿Tus clientes?

—Los empresarios y los políticos pueden irse al cuerno. Los que sí deseo seguir ayudando tratarán con mi asistente, Donovan. A él le enviaré instrucciones desde aquí. Bendito Samuel Morse por inventar el telégrafo...

—Pero Jack —ella no podía disimular su desazón—. ¿Y si los rebeldes atacan el campamento? ¿George y tú podrían resultar heridos!

—Es un riesgo que estamos dispuestos a correr, Maddie. Si puedes, habrás de entenderme. Mi vida de adulto ha sido hacer lo que me venga en gana, sin más principio que ganar los casos en los que participo, muchas veces en aras de liberar de culpa y cargo a sujetos despreciables, cuyo único mérito es tener el dinero suficiente para pagar un abogado como yo. Ni siquiera he sido capaz de armar una familia. Tampoco me siento cómodo conmigo mismo, pues mi alma es mitad india y mitad blanca. Y, a la vez, ni una cosa ni la otra. Pero aquí... —hizo una pausa y quedó en silencio—, aquí he encontrado un sentido a mi tiempo..., a mi vida. Y aunque mi tarea sea absurdamente rutinaria, por lo menos soy útil..., útil de verdad. ¿Comprendes?

Ella lo miró, sin poder evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—No debes entristecerte —agregó él, mientras le secaba la lágrima, delicadamente—, pues tú eres, en parte, la responsable de esto.

—¿Yo? —preguntó ella, incrédula.

—Pues sí, tú. ¿Acaso no me enseñaste que esta guerra tiene un sentido, más allá de la lucha de poderes que ella significa? ¿Acaso no fuiste tú la que me hizo conocer a tres hombres cuyas vidas perderían su sentido si la esclavitud fuera la norma?

Ella lo miró con ternura:

—Pues sí, pero...

—Entonces, has de comprenderme. Me gustaría, por primera vez en mi vida, hacer algo, de veras, por los demás. ¿Y qué mejor que esta oportunidad?

El trató de abandonar el tono serio con el que había hablado y agregó, rodeándola con los brazos:

—Lo único que lamentaré es no poder acompañarte a casa y llevarte a pasear —dijo—. Tengo como único objetivo destruir tu reputación de viuda respetable.

Ella sonrió, pero no pudo festejar su ocurrencia.

—Sé que intentas animarme, Jack, pero no creo que lo logres.

—¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de una cosa —dijo él—. ¿Quieres saber de qué?

Ella no respondió.

—¡He comenzado a importarte! —exclamó el abogado—. Al menos un poco. Y por eso te ha afectado mi decisión de quedarme aquí.

—He descubierto que eres una buena persona. No quiero que te pase nada malo.

—Lobo solitario sabe cuidarse. Y ahora, voy a confesarte algo —anunció él, obligándola a mirarlo a los ojos—. Tú también me importas. Mucho más de lo que hubiera previsto el día que te vi en la casa de Elizabeth, rígida como una estaca y asesinándome con la mirada. Me alegra mucho que seamos amigos, sobre todo porque nuestra amistad involucra ciertas atribuciones muy placenteras.

Ella al fin sonrió.

—¡Eso quería lograr! —se alegró él—. ¿Me das un beso?

Ella le dio lo que él quería.

Dos días más tarde, Maddie, Will y Jim partieron hacia Hartford. Decidieron abandonar la carreta y tomar un camino más largo, que les permitiría ir descansando en pueblos y ciudades. Ya no tenían urgencia por llegar a destino, por lo que se permitirían llevar un ritmo más lento. La despedida de Jack y George fue alegre, pero en el corazón de los viajeros flotó un dejo de angustia.

Capítulo 4

Dos semanas después, ya de regreso en Hartford, Maddie recibió la primera carta de Jack. Estaba fechada el mismo día en que ella se había ido de Arlington Heights.

*Campamento General del Ejército del Potomac,
28 de octubre de 1862*

Querida Maddie:

Desde que te fuiste, hace ocho horas, no ha pasado casi nada, por lo que no tengo muchas novedades para transmitirte. Sucede que George se olvidó de decirle unas cosas urgentes a Will y me ha pedido que te escriba de inmediato. Pero no quiero que él crea que soy su secretario personal, así que incluiré su nota en una brevísima posdata.

Muy bien, ¿qué puedo contarte? Lo primero es que hoy conocí a Darryl Spitt, el sargento a cargo de la compañía en la que permaneceremos como voluntarios. Es un joven bastante bien plantado, salvo porque le faltan casi todos los dientes delanteros. Dice que la primera vez que disparó un rifle Springfield, apoyó la culata en el mentón y el retroceso del arma le arrancó buena parte de la dentadura. La cosa es que ahora, cuando habla, se le escapa el aire por los agujeros y hace un sonido agudo, como un pitido. Es difícil tomarlo en serio cuando vocifera amenazas de muerte dedicadas a los «Johnnies». Y escupe. Al pronunciar ciertas consonantes se le escapa la saliva por los huecos. Así que la gente tiende a evitar su conversación. Sin embargo, a pesar de su involuntaria profusión de baba y su tono sibilante, a mí me agrada.

Él nos ha asignado una tienda de las que llaman «casa de perro»; tú sabes, una lona rectangular que se mantiene en pie gracias a dos postes y un travesaño. El piso es de tierra, pero el ejército ha tenido la gentileza de proveernos dos lonas engomadas, que (casi) sirven para mantener la humedad a raya. También nos han otorgado dos mantas infestadas de chinches. ¿Será para que nos sintamos acompañados mientras dormimos? Dime qué piensas al respecto.

Tuyo,

El ~~Hombre~~ rata Lobo solitario

P. D. de George: Dice que le digas a Will que no se olvide de engrasar la máquina con la que se colocan los martillos, porque ya está necesitando engrase. Y que le avise a Jim que los tornillos número 27 están en el segundo cajón de la derecha de su mesa de trabajo, contando de abajo para arriba. Que es el cajón que tiene una muesca en el borde. Ahora está queriendo dictarme no sé qué cosas más, pero ya le he dicho que no cuente conmigo. Le enseñaré a escribir, o le contrataré un asistente. Ya decidiré qué hago.

---- Página adicional, agregada más tarde esa noche ----

De nuevo, querida Maddie:

Incluyo una página más a la carta que acabo de escribirte. Sucede que George y yo acabamos de recibir la ración diaria de alimentos que nos provee el ejército por nuestro trabajo como voluntarios. Es idéntica a la de los soldados. Me permito describirla en detalle, para que puedas comprender la urgencia de esta misiva.

La ración diaria consiste en 350 gramos de carne de cerdo o de vaca, que puede ser fresca o salada. Nos informaron que a veces envían carne de caballo seca, pero que el producto es incomible. En cuanto al pan, se puede elegir entre medio kilo de harina, su equivalente en pan fresco (horneado en la panadería del campamento), o medio kilo de galletas duras, que aquí llaman «Hardtack». Para evitar romperse los dientes con ellas, los soldados ablandan estas delicias mojándolas en el café o sumergiéndolas en la sopa. Dado que yo tengo gran aprecio a mi fantástica dentadura, he de evitarlas.

La ración también incluye casi medio kilo de alubias, arroz o patatas (no dan todos esos alimentos juntos, sino uno de cada clase, cada día), un puñado de café molido, otro de azúcar y algo de sal. A nosotros, que somos recién llegados, nos dieron una provisión de velas, vinagre, jabón (aquí nadie parece usarlo) y un litro de melaza. También nos entregaron un puñado de frutas y vegetales disecados, que se supone nos evitarán el escorbuto.

Como puedes notar, no parece que vayamos a pasar hambre. McLellan es un gran admirador de Napoleón y sigue su filosofía de que un ejército marcha mejor si tiene el estómago lleno. Sin embargo, no es la cantidad de comida la que me hace escribirte estas líneas urgentes, sino la calidad de esta.

Deja que te explique: George y yo, inocentes recién llegados, no tuvimos mejor idea que hacer cola en la tienda del cocinero del regimiento para buscar nuestra primera cena aquí. Pensamos que sería una buena idea, ya que nos evitaría tener que hacer magia para cocinar algo decente con la materia prima con la que contamos. Sin embargo, no podríamos habernos equivocado más: el buen «chef» nos sirvió un plato de caldo en el que flotaban alubias partidas y algunos trozos de cerdo macilento. Y gorgojos. También tenía gorgojos en cantidad. El hombre, al menos, no había escatimado en sal; tan salada estaba la preparación que no pudimos tragar más que dos cucharadas, antes de dictaminar que era preferible pasar hambre. Tuvimos suerte, porque un soldado de la compañía de Spitt compartió su comida con nosotros. Es un sujeto simpático, que se ofreció a ayudarnos en todo lo que necesitemos. Su nombre es Patrick O'Neill y es el típico irlandés: bajo, rubicundo y pelirrojo.

Acabo de pensar una cosa: en la vida civilizada soy asquerosamente rico, pero aquí no soy diferente a cualquier granjero o trabajador del puerto. Todos comemos gorgojos y tenemos la misma probabilidad de ser pasto de los piojos. Interesante, ¿verdad?

Apíadate de estos pobres diablos y envíanos comida decente.

¿Qué tal tu regreso a casa?

Hartford, 4 de noviembre de 1862

Querido Jack:

Acabo de regresar del viaje desde Arlington Heights y me encontré con la sorpresa de la primera carta que me has escrito. Hay que aplaudir al correo por su eficiencia. La verdad es que pensé que pasaría más de un mes sin saber de ti.

Leí tu misiva con atención y me he puesto manos a la obra: mi ama de llaves ya está preparando una caja llena de comida enlatada, leche condensada, manteca, mermelada y enseres de cocina. Como ya sabes, George cocina muy bien, así que cóbrale tus servicios de escriba con un delicioso estofado de carne de caballo (!!!). Encontrarás esta carta dentro de la caja, porque creo que llegará más rápido a través del sistema de envíos del Ejército, que por correo postal.

Aunque no me lo pediste, acabo de mandarle una nota a tu asistente, para que te haga llegar ropa y calzado que te sirvan para afrontar los días fríos. Yo le enviaré algunas cosas a George, que tampoco cuenta con abrigo suficiente.

Me preguntas por mi regreso a casa... Bueno, juzga por ti mismo.

Luego de dejarte en el campamento, Jim, Will y yo cabalgamos todo el día hasta llegar a un pueblucho cercano a Franconia. Allí conseguimos alojamiento en el único hotel que, a cambio de una fortuna, aceptaba huéspedes negros. Cada uno de nosotros tomó una habitación, porque Will ronca y Jim no quiere compartir el cuarto con él.

Estaba dormida cuando me despertó un griterío que provenía del piso de abajo. Alertada, me puse uno de mis vestidos de institutriz, tomé el revólver y bajé al bar, para ver qué sucedía. Me quedé de una pieza cuando frente a mis ojos se desplegó la siguiente escena: el dueño del hotel apuntaba a Jim con un mosquete, a la vez que un caballero grueso lo amenazaba con un cuchillo y una bailarina del local blandía una botella rota frente a su cara.

Se ve que los bebedores presentes estaban muy entretenidos con la escena, pues nadie hablaba.

Bajé las escaleras a toda prisa.

«¿Qué sucede aquí?», pregunté, fingiendo una serenidad que no sentía.

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

«¡Este negro que vino con usted acaba de robarnos a los tres!», gritó el hostelero.

«¡Quiero mi reloj de vuelta!», aulló el gordo.

«¡Y mi monedero!», chilló la bailarina.

Entonces, intervine:

«Jim», dije, «¿tú tienes los objetos de estas buenas personas?»

Él sacudió la cabeza en respuesta. Yo sabía que sí los tenía.

«Mi amigo es un hombre honrado», afirmé, «déjenlo en paz o deberán vérselas conmigo».

El hostelero sonrió con sorna y dijo:

«A ver cómo evita que linchemos a este negro ladrón, señora».

«¡Si se atreven a tocarlo...», grité, «les juro que le meteré una bala a cada uno de ustedes!».

El bar estaba lleno a más no poder y todos observaban la escena, así que puedes adivinar lo que pasó: ante mi letal amenaza, todos los presentes estallaron en risas.

El hostelero gritó:

«¡Vamos a darle su merecido al ladrón!». Tomó a Jim del brazo y comenzó a arrastrarlo hacia la puerta.

Entonces, realicé tres disparos, a gran velocidad. El primero le arrancó al bruto el mosquete de la mano. El segundo hizo volar por los aires el cuchillo del grueso y el tercero hizo trizas la botella que sostenía la mujer.

Y ya sabes lo que produce el olor a pólvora en los cerebros de los ebrios: se armó una trifulca tremenda. Volaron las sillas, hubo más disparos, gritos... bueno, tú lo has visto. Y de la multitud enardecida emergió el alguacil, que se encontraba bebiendo y disfrutando la compañía femenina. Para sintetizar, Jim y yo pasamos la noche en la cárcel, acusados de alborotadores y enemigos de la paz pública.

Quisiera decirte que fui valiente y que no me asusté para nada, pero no fue así. La verdad es que me sentí bastante angustiada, tanto en el bar como cuando estaba en la celda. Por fortuna, nos liberaron al otro día. Le expliqué al sheriff quién era yo, y él, comprensivo, nos dejó partir (su empatía me costó diez dólares).

Bien. Debo prepararme para ir a ver a Elizabeth. Cuidate mucho y cuida a mi querido

amigo. Dile que le daré su mensaje a Will.

*Tuya,
Maddie*

*Campamento General, Ejército del Potomac
9 de noviembre de 1862*

Querida Maddie:

Te escribo para decirte que acaba de llegar tu caja con comida y que, si yo no fuera tan contrario a la idea del matrimonio (y tú, igual), te propondría que te casaras conmigo, solo por habernos enviado café del bueno. Intuyo que el que nos dan aquí es una delicada molienda de desechos de roedor.

Aún estoy asombrado con la historia que me cuentas, acerca del tiroteo en el hotel. Oye, cuando vuelvan a meterte en prisión (verás que digo «cuando» y no «si»), recuerda que tienes como amigo al mejor abogado del país. Soy caro, pero te haré un descuento.

Me gustaría contarte historias heroicas sobre mi vida en el Ejército, pero lamentablemente, no me es posible. Aún no hay nada interesante para comentar. La guerra no es como en los cuadros. La mayoría del tiempo los soldados esperan que suceda algo. En las fogatas se oye murmurar: «¿Será hoy? ¿Será hoy?», pero nunca parece ser «hoy».

Es comprensible que estos muchachos quieran ver algo de acción. ¿Sabes? La rutina diaria de los reclutas es un aburrimiento atroz: se pasan el día buscando leña y agua para el regimiento, llevan a los caballos a beber, aprenden técnicas militares y soportan horas y horas de marchas forzadas. Por fortuna, George y yo pasamos todo el día arreglando armas y nos entretenemos con eso. Por las noches, dedico algún tiempo a enseñarle a leer.

Como soy una persona naturalmente sociable, he estado conversando con los soldados de la compañía. Tienen la mitad de mi edad y sueñan con ser héroes, para recibir la admiración de sus familias y vecinos (y de las damas, por supuesto). Si hubieran imaginado lo que les aguardaba aquí, te aseguro que lo hubieran pensado mejor. Sobre todo, porque no se me ocurre nada menos heroico que morir a causa de la diarrea crónica, el sarampión o la disentería.

Voy a darte un dato escalofriante: del total de los caídos en esta guerra, las dos terceras partes han fallecido por enfermedades y no por haber participado en batalla. Cuento con ese dato, porque mi extendida reputación como abogado ha hecho que se me invite con frecuencia a la mesa de los oficiales. Esos caballeros aprovechan mi precaria posición de voluntario para pedirme consejo acerca de una miríada de asuntos legales que han descuidado en casa. Y gratis. Nadie se ha ofrecido a pagar por mis costosos servicios.

Así que me entero de muchas cosas como, por ejemplo, que aquí nadie tiene ni la menor idea de cuántos «Johnnies» esconde el general Lee del otro lado de la trinchera. Los detectives de McLellan se suben a una colina y desde allí cuentan a los soldados confederados. En su último reporte, informaron la presencia de siete mil quinientos cincuenta hombres. Aunque la verdad es que me gustaría mucho saber cómo logran ofrecer un dato tan preciso, a vista de águila.

En esas agradables tertulias con el mando mayor, he aprendido algunas cosas sobre McLellan. Una de ellas es que no es 100 % idiota. Es un brillante ingeniero (estudió en la Universidad de Pensilvania), se formó en la escuela militar West Point y habla siete idiomas. Sus hombres lo idolatran; lo llaman, con orgullo, «El joven Napoleón». Y es justo, pues hay que valorar su talento para la organización de las almas que tiene bajo su mando. En muy poco

tiempo ha convertido a millares de cretinos en soldados hechos y derechos. Hay que darle algo de crédito.

McLellan no parece ser estúpido en cuestiones estratégicas. Sin embargo, ha demostrado serlo al dejar escapar una chica como tú. Yo, en su lugar, te habría propuesto radicarnos en el Lejano Oeste y entregarnos a la fiebre del oro.

Oye, podríamos hacerlo... ¿Te imaginas en cuántos problemas podríamos meternos juntos? Iremos como amantes, pero nos presentaremos como el señor y la señora Smith, para que nadie pueda reconocernos.

Reflexiona sobre esta propuesta y avísame si aceptas, así le pido a mi secretario que venda mis escasas pertenencias y salde mi cuenta en el hotel.

Tuyo,

Jack

P. D.: Despacharé esta carta mañana, pues el puesto de correos ya cerró.

P. D. 2: Esta es una posdata agregada el día siguiente: ayer por la noche llegó una orden de Lincoln. «El joven Napoleón» acaba de ser relevado de su cargo como comandante del Ejército del Potomac. En su lugar, tendremos el honor de contar con el liderazgo de Ambrose Burnside, un ebrio reconocido. Ya ves: esto mejora y mejora.

La llegada del invierno supuso un cambio radical en la rutina del campamento. Las tiendas de campaña no serían útiles para soportar las bajas temperaturas que en breve deberían afrontar, por lo que los soldados comenzaron a construir refugios más adecuados para sobrellevar la nieve y la violencia del viento. Por muchos días, el Ejército del Potomac se convirtió en un hormiguero multitudinario, en el que miles de hombres recolectaban troncos, lodo y paja para levantar las paredes que los protegerían del frío. Los más habilidosos se las ingeniaban para construir tejados de madera; los menos capacitados utilizaban las tiendas y las colocaban en varias capas, para que funcionaran como precaria techumbre. Cada cabaña tenía una chimenea, que era construida con piedras o ladrillos y estaba rematada con un barril, que funcionaba como boca exterior.

George y Jack no contaban con conocimiento alguno acerca de la tarea de levantar paredes, pero tuvieron la fortuna de que su nuevo camarada, Patrick O'Neill, les ofreciera compartir la cabaña que estaba construyendo junto con el sargento Spitt. La estructura estaba planificada para alojar, con estrechez, a cuatro soldados. Contaba con tres metros de largo por tres de ancho y un metro y medio de alto. Adentro se ubicarían cuatro camastros, sendas banquetas y un cajón de pan, que oficiaría de mesa para comer, escribir cartas y jugar a los naipes.

Aquel arreglo multiétnico era, como mínimo, curioso, pues lo usual era que los americanos, los extranjeros y los afroamericanos se reunieran con su propia gente. Los rastreadores, en su mayoría nativos americanos, también se agrupaban entre ellos.

Un día después de que la cabaña estuvo terminada, la primera tormenta de nieve de la temporada hizo sentir su fuerza. Los cuatro habitantes del recinto se alegraron por haber terminado el refugio a tiempo.

Cada uno de ellos asumió una tarea. George recibió el nombramiento de «teniente general de cocina» de aquella residencia, cosa que le alegró, pues la tarea le placía. Jack era el encargado de cortar la leña, Spitt conseguía agua y O'Neill limpiaba las cenizas del hogar.

Para el abogado, acostumbrado a trabajar con su intelecto, pensar solo en cortar leña y arreglar armas supuso toda una novedad. También lo fue descubrir que podía convivir con otros muy distintos a él, en un espacio de tres metros cuadrados. Y, además, disfrutar de la compañía de sus

nuevos camaradas.

Tras varios días de crudo invierno, llegó el día de Navidad. Esa misma mañana, Jack se sentía entusiasmado, pues acababa de llegar una caja enviada por Maddie. En ella les hacía llegar víveres y algo de ropa. Además, una nota que decía:

Querido Jack:

En estas dos cajas encontrarás deliciosas preparaciones para que George, O'Neill, Spitt y tú celebren las fiestas. Como sé que a los soldados no se les permite beber alcohol, he ocultado una petaca con whisky adentro del pavo asado. Una vez mencionaste que tu favorito es el escocés «Lagavulin». Me costó mucho conseguirlo, pero el esfuerzo valió la pena.

¡Feliz Navidad a los cuatro!

Maddie

El invierno fue especialmente duro aquel año. El cielo parecía haberse teñido de gris para siempre y el campamento y sus alrededores eran un lodazal, producto de la incesante alternancia entre la nevisca y una fina llovizna helada. El ánimo de los soldados estaba al límite de su resistencia, puesto a prueba por la aplastante rutina y el frío insoportable. El agua se congelaba en las cantimploras, las tiendas apenas lograban contener la violencia del viento y la escarcha congelaba las suelas de los zapatos. No pasaba un día sin que se vieran desfilar las camillas que portaban a las víctimas de la neumonía.

Jack y George sufrían las mismas incomodidades, salvo porque ellos contaban con la ayuda de Maddie. Desde Hartford, cada semana les llegaban cajas con ropa de abrigo, botas forradas y gruesas mantas de lana cruda. Lo que les sobraba, que era mucho, lo repartían con quienes no podían permitirse más que lo que les proveía el Ejército.

Llegó febrero y, con él, una intensa nevada que empeoró la situación sanitaria del Ejército del Potomac. Los pulmones de los soldados estaban debilitados por el intenso frío y la mayoría de los que entraban al hospital no salían con vida. Cuando George cayó enfermo, aquejado por un fuerte constipado, Jack no permitió que lo encerraran en la tienda sanitaria, con decenas de personas aún más enfermas que él. El convaleciente se recuperó en su propia cabaña, bajo el cuidado del abogado, que se ocupó de administrarle los medicamentos que le habían prescrito.

Cuando se encontró recuperado, George le envió a Maddie la primera nota escrita de su puño y letra. Esta rezaba:

Querida Maddie: ya me encuentro bien.

Muchas gracias por la bufanda.

George Arlen.

Maddie se encontraba en su despacho, escribiendo una carta destinada al príncipe Alexei, de Rusia, cuando llamaron a la puerta. En el umbral apareció su asistente.

—¿Sí, Adela?

—Señora Thomas, aquí hay un caballero que desea verla. Se presentó como Mercer Donovan, secretario del señor Jackson Johnson. ¿Lo hago pasar?

—Sí, sí, por favor —a Maddie comenzó a galoparle el corazón ante el temor de que el secretario hubiera recibido las peores noticias y estuviera allí para comunicárselas.

En unos instantes, Adela regresó con el hombre que era la mano derecha de Jack. Un caballero que, a diferencia de su jefe, sí tenía el aspecto que se esperaba en un hombre de leyes. Ella rodeó el escritorio y le extendió la mano.

—Señor Donovan, es un gusto conocerlo en persona. Me perdonará si me salto los formalismos sociales, pero su visita me preocupa sobremanera, ¿le ha ocurrido algo al señor Johnson?

—Oh, no. No, señora, por favor no se inquiete. Hasta lo que sé, él se encuentra bien. Me ha hecho un encargo... y yo he venido a cumplirlo.

—Me tranquiliza saberlo. ¿Y de qué se trata el encargo? Perdón... estoy siendo grosera. Tome asiento, por favor.

—Oh, se lo agradezco, pero no me quedará mucho tiempo. El señor Johnson me pidió que le trajera este paquete... por su cumpleaños. ¿Porque hoy es su cumpleaños, no?

Maddie asintió y sonrió. Estaba tan ocupada y agobiada, que hasta se había olvidado de su aniversario. Jack, aún lejos, le estaba recordando que aquel era un día especial. Ella tomó el paquete que el hombre le extendía.

—Muchas gracias, señor Donovan —dijo—, aprecio mucho que haya venido. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Oh, no, no. Solo era eso. Ahora me retiraré. Si hay algo en que yo pueda serle útil, le ruego me lo haga saber.

Cuando el joven se fue, Maddie cerró la puerta y se dispuso a abrir el paquete. Tras romper, ansiosa, el finísimo papel de seda que lo envolvía pudo ver su contenido: una pequeña caja forrada en terciopelo rojo. Sin imaginarse qué podría contener la abrió... y allí estaba. Entre almohadillas se veía una pequeñísima pistola Derringer, del tamaño de su mano. En el cañón tenía grabada una letra M, rodeada de hojas y capullos. Junto al arma había un pequeño sobre cerrado. Maddie lo abrió para encontrar una tarjeta. La letra con la que estaba escrita era la de Jack.

Querida Maddie:

Espero que tengas un feliz cumpleaños y que te haya gustado tu regalo. Me hubiera encantado enviarte flores, pero no creo que hubieran aguantado el viaje desde aquí hasta allá.

Con todo mi afecto,

Jack

Cuando Maddie llegó a su casa, aquella noche, pensó que no podía sentirse más emocionada y feliz. No recordaba que nadie, jamás, hubiera tenido un gesto así para con ella. Jack había planificado aquel regalo con mucha anticipación, y el fiel Donovan se había ocupado de que la Derringer llegara a sus manos el día exacto de su aniversario. Pero aquel regalo no sería el único que recibiría. Cuando llegó a su casa, vio que el *hall* de entrada de la mansión se llenaba de una multitud de colores y perfumes. Sobre cada uno de los muebles, incluso las sillas, había más de diez floreros, llenos de pimpollos de distintos tipos. En la bandeja de la mesita del recibidor había una nota. La caligrafía era la del abogado:

¿Creíste que no te mandaría flores? Me extraña. ¿Qué clase de admirador sería si no lo hiciera? Le pedí a mi asistente que te enviara todas las que hubiera en la florería, pues no sé si te gustan las rosas o las gencianas. Espero que tu casa no se haya llenado de abejas.

De inmediato, Maddie se sentó frente a su secreter, tomó papel y pluma, y escribió:

Jamás he recibido regalos tan hermosos como los que me enviaste. Si con estos gestos estás tratando de convencerme para que huyamos juntos al Lejano Oeste, estás en buen camino.

Eres un hombre muy especial, y yo, una mujer afortunada.

Tuya, de corazón,

Maddie

Llegó marzo y, con él, los primeros días de sol. Maddie se encontraba en su cuarto, terminando de arreglarse para salir a la fábrica, cuando su ama de llaves llamó a la puerta.

—Adelante.

—Buenos días, señora Thomas —saludó la mujer—. Espero que haya dormido bien. Acaba de venir el señor Donovan, el asistente de su amigo, el señor Johnson, a traerle estas cosas. Dice que usted se las mandó pedir anoche.

Maddie recibió las dos perchas que la mujer le extendía, de la que pendían una chaqueta y un pantalón envueltos en un cobertor de seda.

—Excelente —dijo Maddie—. Quiero enviarle a Jack ropa más apropiada para que no deba vestir lanilla cuando llegue el calor. Le daré estas prendas al sastre para que tome sus medidas exactas y las confeccione.

—¿Desea que me ocupe de ello?

—Oh, no. No es necesario. De camino a la fábrica pasaré a ver al señor Billings para elegir la tela. También le haré confeccionar un conjunto a George.

Cuando el ama de llaves se retiró, Maddie quitó el papel que protegía la chaqueta y acercó el cuello de la prenda a su nariz. Aún podía percibirse un dejo al aroma de Jack: el perfume de su piel y de su loción de afeitar, y algunas notas del tabaco que a él le gustaba. Ni siquiera cuestionó sus actos cuando apretó la prenda contra su pecho. Abrazada a la chaqueta, cerró los ojos y se sumió en la fantasía de estar con el hombre en quien había comenzado a pensar día y noche.

La voz de la doncella la despertó del sueño. El coche ya la esperaba en la puerta.

Los primeros días de primavera trajeron novedades al campamento del Ejército del Potomac. El movimiento militar se activó de manera significativa y cada día partían brigadas de más de 2500 soldados en dirección al sur y el oeste, allí donde el general Lee movilizaba sus tropas. El resto del ejército permanecía en el campamento, aguardando el inicio de la gran campaña que los obligaría a abandonar aquel lugar, para adentrarse en lo desconocido.

Para Jack y George, todos los días eran casi iguales. A su improvisada armería llegaban soldados de todas las divisiones, que necesitaban que sus rifles y revólveres fueran reparados. En muchos casos, las averías respondían a fallos en el mecanismo. Pero la mayoría de las veces eran causa de la flagrante incapacidad de los voluntarios para utilizar sus rifles: en una ocasión, George encontró veintitrés balas atascadas en el cañón, una detrás de la otra.

Aquellos días fueron algo deprimentes para los habitantes del campamento. Aún continuaba cayendo aquella llovizna incesante, que lo mojaba todo. Y el sol todavía se mostraba esquivo. Pero lo peor era que llegaba una larga fila de carretas destinadas a funcionar como ambulancias, cargando a los moribundos que habían participado en alguna escaramuza. Con el paso de las

semanas, fueron tantos los heridos que la enorme estructura que funcionaba como hospital general debió ser ampliada.

Solo la llegada de los carros que traían regalos desde casa levantaba el espíritu de los militares. Sobre todo para Jack, que siempre recibía algún paquete que le enviaba Maddie.

*Campamento General, Ejército del Potomac
15 de junio de 1863*

Mi querida Maddie:

Acaban de informarnos que mañana deberemos partir del Campamento General hacia el frente de batalla. La comandancia ha recibido noticias urgentes del oeste y urge cortarle el paso al general Lee.

George y yo permaneceremos en la retaguardia, reparando las armas que sufran desperfectos. No debes preocuparte por nosotros, pues estaremos en un área segura, alejada de los disparos. Será en el mismo terreno en donde se asentará el hospital de campaña y la herrería.

El movimiento que se está desarrollando para estas horas (son casi las diez de la noche) es bastante interesante. Los soldados se preparan para abandonar el lugar en donde han permanecido por casi seis meses y en el que han establecido algo parecido a un hogar. Deberán dejar atrás muchos de sus enseres personales. Nada puede sobrar durante la dura marcha: deberán caminar más de sesenta kilómetros, bajo el sol y la lluvia, por lo que cualquier elemento que agregue peso a sus mochilas deberá ser descartado.

Es extraño porque reina un clima efervescente, de alegría y expectación. Me pregunto: ¿comprenderán que están a punto de enfrentarse a la muerte?

El clarín que llama a apagar las luces me obliga a finalizar esta misiva. Quiero que sepas que por un tiempo no tendremos posta de correos, pero igual te escribiré y, apenas pueda, te enviaré todas las cartas juntas. Seguro tendré muchas novedades para contarte.

Siempre tuyo,

Jack

La mañana siguiente, a las cinco de la mañana, los soñolientos soldados comenzaron a reunir los pocos bártulos que se permitirían conservar. Jack abrió su mochila, por última vez, para verificar que llevaba allí solo lo imprescindible: dos camisas, dos calzoncillos, tres pares de calcetines, sus enseres de afeitarse, comida para tres días, pluma, papel, tinta, municiones, plato, jarro y cubiertos y, lo más importante, las cartas de Maddie.

Ató el asa de la cafetera a la mochila, se la cargó a la espalda y enfundó sus dos revólveres. Las herramientas y repuestos que George y él necesitaban para hacer su trabajo como armeros ya habían sido cargados en una de las carretas que correspondía a la división de ingenieros. Aunque George y Jack no eran soldados, caminarían junto a sus compañeros de la brigada liderada por el sargento Spitt.

A las seis sonó el clarín para formar y, media hora después, la columna de más de 93 000 hombres, 1800 carretas, 21 000 mulas y 43 000 caballos se puso en movimiento. Seis horas más tarde, cuando el convoy se detuvo, Jack le escribió a Maddie:

*Medio de la nada (no sé dónde estamos)
Martes 16 de junio de 1863*

Mi querida Maddie:

Es casi mediodía de la primera jornada de marcha hacia el oeste y tengo la fortuna de poder sentarme a escribirte. Este momento de recreo no es habitual; sucede que el camino está en pésimas condiciones y la división de ingenieros se encuentra reparando un tramo que está especialmente intransitable. Así que aprovecho el tiempo de espera para describirte las cuatro primeras horas de marcha de las tropas.

Te invito a jugar con la imaginación: haz de cuenta que vamos a caballo y que estás sentada sobre la montura, frente a mí. Cabalgamos en medio de la columna de infantería, rodeados por la compañía que dirige Spitt.

Mira hacia adelante y observa la magnificencia del Ejército del Potomac en movimiento: decenas de miles de hombres, acompañados por animales y carretas, se desplazan al unísono en dirección al poniente. ¿Llegas a ver las personas que encabezan la formación? Están muy lejos de nosotros, pero se alcanza a vislumbrar la cabecera de la columna. Observa: el que va enfrente es el comandante en jefe, el general Joseph Hooker, erguido, en su uniforme azul y dorado. Su cielo se tiñe de barras y estrellas, pues un conciencioso abanderado, muy cerca de él, se ocupa de que la gloriosa bandera ondee siempre sobre su espléndida testa. Otras insignias multicolores emergen de la multitud. Estas recuerdan a las velas de cientos de barcos que surcan un inmenso mar humano. Sus colores y formas identifican a los regimientos: algunas son triangulares, otras rectangulares, y cada una muestra un patrón diferente.

Los más de veinte oficiales que ves revolotear alrededor de Hooker son su séquito. Este está conformado por gente de su mayor confianza y solo a ellos el jefe confía sus muchas dudas y escasas certezas. Si estuviésemos cerca del grupo, los oiríamos decir: «Sí, señor», «gracias, señor», «aquí tiene su petaca, señor». Ah..., así da gusto viajar.

Detrás de los mandamases se despliega la división de caballería. Por su privilegiada posición de jinetes, elevados por encima del resto de los soldados, esos militares son nuestros ojos vigilantes, tanto en la marcha como en la batalla. Constituyen una pieza fundamental en la seguridad de este océano humano. ¿Ves brillar las empuñaduras de sus espadas? Todas llevan grabados sus nombres. No llevan rifles, pues estos son muy difíciles de recargar al galope, pero sí uno o dos revólveres cruzados en el cinturón.

¡Mira atrás, Maddie! Ahí llega la interminable piara de los miles de cerdos que cenaremos en un futuro cercano. Corren junto al camino, para no estorbar el paso de las tropas. Si observas sus embarrados hocicos, verás que casi sonríen, creyéndose libres del asfixiante corral. No sospechan que pronto se convertirán en guiso... Pero mejor no arruinarles la sorpresa a las pobres bestias. Dejemos que disfruten sus días de gloria.

Bien. Vamos a separarnos de la columna para que aprecies el refulgir de miles de bayonetas recortándose contra el cénit. Este espectáculo se lo debemos al paso de los soldados de infantería. La tierra tiembla bajo sus pasos sincronizados: uno, dos, uno, dos... Sus voces corean la letanía de la marcha, acompañando el redoblar de los tambores. Cantan sobre la libertad y la gloria, ¿será para olvidar que quizá no regresen a casa?

Gira la cabeza y mira detrás de nosotros: allí vienen los carros que portan los más de doscientos cañones con los que cuenta el ejército. Son tirados por caballos que han sido entrenados para moverse en el campo de batalla, siguiendo las órdenes del clarín. Y detrás de los cañones llegan las carretas que cargan toda clase de enseres. Si no alcanzas a ver el final del convoy es porque ese «tren de abastecimiento» se extiende por más de seis kilómetros de

camino.

La guerra es horrorosa, Maddie. Mueren miles de personas inocentes, que no son más que piezas de ajedrez en el juego de los poderosos. Yo lo sé y tú lo sabes, y ambos anhelamos que este conflicto finalice, pero dime: ahora que lo ves de cerca...: ¿no te asombra la capacidad del ser humano para materializar un movimiento como este? Si uno lo piensa, no puede más que asombrarse por cómo funcionan las cosas aquí: hay alguien que se ocupa de que 93 000 personas cuenten con comida, medicamentos, ropa, zapatos, municiones y armas. Alguien más se asegura de que esos enseres sean cargados en miles de carretas y que estas lleguen a destino, en tiempo y forma. Otro tiene la responsabilidad de que decenas de miles de mulas, cerdos y caballos cuenten con el agua y alimento necesarios. Otra persona se asegura de que haya suficientes médicos, enfermeras, ingenieros, cocineros, conductores, carniceros, guías y rastreadores indios...

Y todo funciona como un reloj.

Me avergüenza confesarte que, a pesar de mi rechazo al conflicto bélico, mientras sigo la retahíla de los pasos de estos hombres y me uno a su canto, mi pecho estalla de orgullo. No soy soldado, pero, aun así, me siento importante por caminar junto al ejército más imponente que se haya conocido. Por unos instantes, me creo valioso, valiente e intrépido. El cansancio de la marcha no me pesa, más bien, me vigoriza. El aire frío ingresa a mis pulmones, el sol calienta mi cabeza y no pienso en muertes injustas.

Sé que no debería ser así, pero, en este momento, siento que soy un héroe.

Debo interrumpir mi carta, pues Spitt acaba de ordenar levantar campamento. Te escribiré más tarde. Te echo mucho de menos.

*Aún martes, nueve de la noche,
parada para comer y dormir*

Maldigo la hora en que me ofrecí como voluntario en el Ejército.

Hoy hemos marchado un total de doce horas. Mis pies están ampollados, no siento los músculos de las piernas y tengo toda la ropa empapada de sudor. Envidio a los cerdos, que no deben cargar una mochila, una manta y una lona engomada en la espalda.

Aún retumba en mis oídos el estruendo de las pisadas, el irritante redoblar de los tambores y el canto incesante de los soldados, acompañados por los disonantes tonos de la armónica que a algún idiota se le ocurrió traer. Te lo juro, Maddie, si escucho una sola vez más la canción «Estamos llegando, padre Abraham», me largo.

Según Spitt, solo restan 130 kilómetros para llegar a destino. Y lo dice sonriendo, el insensato. Si no fuera mi amigo, le partiría los seis dientes que le quedan.

Espero soñar contigo esta noche, para encontrar la fuerza para levantarme mañana y poder escuchar «Estamos llegando, padre Abraham» sin asesinar a nadie.

Tuyo,

Jack

P. D.: He decidido dejarme crecer la barba. Me duelen tanto los brazos, que no puedo hacer el esfuerzo de afeitarme.

Dos días después de escribir aquella carta, Jack comprendió que se había adelantado a quejarse. El miércoles diluvió. Los soldados cubrieron sus mochilas con las lonas engomadas,

pero, luego de varias horas de lluvia torrencial, casi todo terminó empapado. El charco de fango que antes era el camino, agregaba dramatismo a la escena; el lodo succionaba los pies, como lo haría un hambriento monstruo subterráneo. Jamás Jack se sintió tan exhausto y miserable como al final de aquella jornada. Cuando al fin pudo sentarse frente al fuego, ni siquiera tuvo energía para escribirle a Maddie. George, acostumbrado a sobrevivir en circunstancias extremas, silbaba mientras freía el tocino que ambos cenarían.

La madrugada del jueves el abogado se sintió mínimamente optimista al comprobar que el cielo era límpido. Se unió a la columna con humor renovado y hasta entonó dos de los himnos patrióticos que coreaban sus compañeros de marcha. Sin embargo, aún debería sortear otra de las típicas dificultades que implicaban la marcha del ejército: el ancho río que obstaculizaba el paso de la multitudinaria columna. De inmediato, los ingenieros se pusieron en acción e iniciaron la construcción del puente provisorio que se reservaría para el paso de las carretas. La caballería no tendría problemas para cruzar, pues el agua apenas llegaba al estribo. Tampoco los cerdos, que serían conducidos por un paso angosto, al que se accedía por un espinoso matorral.

Quienes deberían afrontar la peor parte serían los soldados de infantería. Cuando Jack vio que estos comenzaban a desnudarse y a acomodarse sobre la cabeza un bulto compuesto por el uniforme, las mantas y la mochila, supo que jamás recuperaría la dignidad. Mascullando improperios, se quitó la ropa y se unió a la fila de infelices que se internaban en la corriente, tal y como Dios los trajo al mundo. Para tornar la situación aún más oprobiosa, George no tuvo empacho de reírse del estado desastroso en el que se hallaba su amigo. Si Jack no lo asesinó en ese momento, fue porque Arlen era un excelente cocinero.

No pocos soldados perdieron sus pertenencias en la corriente traicionera. Aquello era muy usual, por lo que una decena de militares de caballería se habían alineado río abajo, atravesando todo el cauce, para capturar los bultos que hubieran huyeron de sus propietarios. Pero las mochilas más habilidosas lograban sortear a los pescadores, por lo que muchos soldados se veían obligados a aguardar la llegada del tren de suministros para volver a ponerse calzoncillos. Recibirían un nuevo uniforme, mantas, cantimplora y zapatos; algo que le costaría al Gobierno un total de veintisiete dólares con noventa y nueve céntimos.

Del otro lado del río aguardaban grandes fogatas, alrededor de las cuales los soldados se acercaban para secar lo que se hubiera mojado. Al retomar la marcha, no había bayoneta de la que no colgaran calzones, calcetines o camisas mojadas; los caprichos de la naturaleza atentaban contra el esplendor de la marcha del magnífico Ejército del Potomac.

*Campamento del Ejército del Potomac
Paraje cercano a Gettysburg, 30 de junio de 1863*

Querida Maddie:

Me alegra poder escribirte esta carta sabiendo que llegará a tus manos en pocos días (junto con las otras cinco que te escribí desde que salimos de Virginia). Ya estamos más cerca de la civilización (o lo más parecido a ella) y el sistema de correos del Ejército se ha (casi) normalizado.

Últimamente, hay mucha agitación en el campamento, pues nuestros espías afirman que el general Lee está a pocos kilómetros de aquí, desplegando sus tropas para avanzar en dirección este. Los oficiales se reúnen día y noche para trazar las movidas de lo que bien podría ser un juego de ajedrez. Para tu sorpresa, nuestro líder ya no es el general Hooker, sino George Mead,

un caballero soberbio, de mirada altiva y postura arrogante. Nació en Cádiz y está casado con una española guapísima, también nacida en esa ciudad (el dato de que la dama es bonita proviene de O'Neill, que dice que una vez la vio desde lejos). Los padres de Mead eran americanos que estaban en la península ibérica por razones de comercio. Y, por lo que parece, les gustó España, porque tuvieron allí once hijos (otro dato provisto por nuestro amigo irlandés).

Acerca del campamento, la modesta armería que dirigimos George y yo está ubicada en un área segura, a dos kilómetros del campo de batalla. Se trata de un claro de unos veinte metros de ancho por treinta de largo, que compartimos con el hospital, las tiendas que alojan a los cirujanos y las enfermeras, y la cocina que nos abastece a todos. A pocos metros de donde estamos, aguardan dos decenas de ambulancias. También hay unas diez carretas que cargan comida, medicamentos y ropa.

Es curioso como los seres humanos se adaptan a cualquier circunstancia. Mientras te escribo, veo al médico a cargo, sentado bajo un toldo, sorbiendo té y conversando con una enfermera. Unos pasos más allá, el encargado de la distribución de medicamentos se hace afeitarse por uno de los negros que conducen las carretas y, a pocos metros de los dos, los carpinteros que construyen los ataúdes juegan a las cartas. Ninguno parece pensar en la muerte, la sangre y los miembros cercenados. Se permiten un momento de enajenación, imprescindible para no morir de angustia.

La muerte es nuestra compañera cotidiana y todos nos hemos acostumbrado a su presencia. Yo mismo, que no soy soldado, no tengo certeza de si el brazo mortífero de la guerra acabará con mis días en cualquier momento. Y eso me ha hecho reflexionar acerca de las circunstancias de mi existencia. Últimamente, me pregunto: ¿quién me echaría de menos si mi vida se extinguiese mañana?

Pero no hagas caso a mis devaneos, que son producto (sin duda) de la porquería de comida que ingiero y que me hace pensar insensateces. Haz como que no te he dicho (escrito) nada de esto.

Bien. Debo dejarte, pues George viene hacia aquí. Carga en su hombro la gigantesca caja que contiene nuestras herramientas y las piezas de repuesto. Me está gritando algo sobre que vaya de inmediato y no sé qué más me dice. Ah, me dice «ayúdame, idiota», ya le entendí. Me voy.

*Te beso,
Jack*

*Campamento del Ejército del Potomac
5 de julio de 1863*

Mi querida Maddie:

Acabamos de llegar al paraje en donde permaneceremos un tiempo (no sé cuánto). Serán algunas semanas, supongo, en las que dicen que no habrá actividad militar demasiado relevante.

Estoy tan cansado que apenas puedo sostener la pluma, pero quería que supieras que George y yo nos encontramos bien.

Envíame noticias alegres desde casa. Cuéntame tus aventuras, así imagino que estoy un rato contigo. A pesar de estar rodeado de miles de personas, uno se siente un poco solo aquí. Tus

palabras son mi consuelo cuando me falla el ánimo.

Te abrazo a la distancia,

Jack

Hartford, 20 de julio de 1863

Mi querido Jack:

Acabo de recibir la carta que me enviaste días atrás. ¡Me alivia tanto saber que George y tú se encuentran sanos y salvos, y que por un tiempo estarán lejos del peligro!

Te confieso que me produce una gran angustia saberlos tan cerca de la batalla. Sé que no les toca luchar, pero desearía que sus ojos no debieran presenciar el infierno que bulle sobre el campo de guerra.

Hoy han llegado más noticias del frente. Entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos, son 23 049 los soldados de la Unión que cayeron en los tres días que duró la batalla de Gettysburg. Por otra parte, los periódicos afirman que Lee perdió a 28 000 de sus muchachos y que, aun sin recursos, se niega a presentar la rendición. Entre estos y nuestros jóvenes, los caídos suman unos 52 000. Desolada, me pregunto: ¿cómo va a detenerse esta masacre? ¿Qué clase de nación puede quedarnos, si sus hijos se matan unos a otros? Te pido disculpas por el tono de esta carta. Querías que te enviara noticias alegres, pero mi corazón está de luto. Mañana te dedicaré frases más agradables.

Página agregada el día siguiente: 21 de julio de 1863

En tu última carta me pides que te cuente mis aventuras. Bien, hasta ayer no me había sucedido nada interesante; solo trabajo a raudales, visitas de políticos rusos, alemanes, militares turcos; lo de siempre. Sin embargo, hoy me pasó algo que no esperaba: tuve la oportunidad de disparar una ametralladora Gatling.

El mecanismo es demasiado pesado para mi tamaño y fuerza corporal, pero logré que nueve o diez balas salieran de sus bocas. ¡Es un artefacto fascinante! Por si no lo has visto, se trata de un aparato cilíndrico que cuenta con ocho cañones rotativos de unos setenta centímetros (imagina un atado de dinamita, colocado de manera horizontal y más largo). Este gira sobre su eje cuando se acciona una manivela, realizando ¡doscientos disparos por minuto! Pero espera, lo siento, el entusiasmo me hace escribir atropelladamente. Paso a explicarte cómo es que llegó a mis manos esa maravilla del ingenio humano.

Desde que patentó su revolucionaria ametralladora, el año pasado, Richard Gatling está intentando venderla al Ejército. Y a pesar de que la destructiva arma posee el potencial de acabar la guerra, tiene dos defectos: primero, pesa más de cuarenta kilos, lo que la hace difícil de mover a campo traviesa y, segundo, suele trabarse con frecuencia, dada la complejidad del mecanismo. El inventor sabe que en ningún lugar del mundo encontrará mejores mecánicos que aquí. Y por eso vino a la fábrica, para consultarnos si se nos ocurre alguna idea para resolver ambos problemas. Dejó el artefacto en nuestro depósito, para que los especialistas lo analicen con tranquilidad.

Will y Henry ya estuvieron discutiendo posibilidades y afirman que no sería difícil superar ambos obstáculos. Sin embargo, Elizabeth ha decidido negarle ayuda a Gatling. Te preguntaré

por qué. Pues porque ella considera que la potencia de la ametralladora es suficiente para aniquilar a miles de hombres en una sola batalla. Doscientos disparos por minuto... sesenta minutos... varias horas, días, semanas y meses. Yo coincido con su postura; ¿sería correcto apoyar la construcción de un artefacto con semejante poder de fuego?

Sé que este despliegue de consciencia no tiene lugar en alguien que trabaja en una compañía que fabrica objetos cuyo único fin es la destrucción. No tengo resuelta la culpa por ser parte de la maquinaria de la muerte, ni por la fascinación que me producen las armas de fuego. ¿Crees que me redime (aunque sea en parte), el no favorecer el desarrollo de un aparato tan devastador?

Ojalá pudiera preguntarte esto tomada de tu mano. Sé que me harías sentir mejor.

Te abrazo con afecto,

Maddie

P. D.: Son más de las ocho de la noche y aún estoy en la oficina. En un rato iré a casa.

*Campamento del Ejército del Potomac,
31 de julio de 1863*

Mi querida Maddie:

Esta será una carta breve, porque el ejército se está moviendo y debo organizar ciertas cosas, pero no quería dejar de escribirte.

Acerca de tus sentimientos respecto de las armas de fuego; yo no creo que sea reprochable que una persona se sienta admirada por el producto de la inteligencia y la creatividad humana. En este caso, hablamos de una máquina de matar, sí, pero cada invento abre la posibilidad de un desarrollo nuevo, antes impensado. Lo que hoy se creó para extirpar vidas, puede inspirar a otro inventor a crear un instrumento médico que las salve a millares. La historia lo dirá.

¿Te dije que sueño contigo cada noche?

Jack

P. D.: No me escribas por ahora, pues nos estamos moviendo y no quiero que tus cartas se pierdan. Apenas me encuentre en un campamento menos provisorio, te avisaré.

*Campamento del Ejército del Potomac.
Paraje cerca de Harrisburg, 15 de agosto de 1863*

Querida Maddie:

Te escribo con noticias inquietantes: George ha resultado pasto de los piojos (iba a suceder tarde o temprano, aquí 99 de cada 100 están infestados de esos bichos), así que me pidió que le rasurara la cabeza. Tu amigo parece un bebé recién nacido, pero más grande y feo.

En mi caso, es evidente que ni los parásitos quieren saber nada conmigo. No tengo ni uno solo. George dice que es porque soy medio indio y los indios no tienen piojos. Ya le expliqué que no tengo antepasados nativos y que el haber sido criado por ellos no me hace mohawk. Pero no puedo sacarle esa idea del cerebro. Quizá cuando le crezca el pelo se le aclaren los pensamientos.

Ya sabes que la necesidad del Gobierno de contar con nuevos reclutas ha permitido que los

afroamericanos se sumen al Ejército. George ha tomado la decisión de alistarse y yo comprendo su motivación de luchar por sus hermanos.

Pero hay una parte terrible en todo esto. Verás, a nuestro amigo le han informado que recibirá una paga de diez dólares, en lugar de los trece que les dan a los blancos. Y la afrenta no acaba aquí: de esos diez, le descontarán tres por el costo del uniforme.

George es un hombre digno y orgulloso, y en lugar de dejarse insultar de ese modo, invitó a los reclutadores a guardarse el dinero en cierta parte de su anatomía. Luego les informó que, hasta que no le paguen lo que corresponde, no aceptará un céntimo. Le respondieron que analizarían el caso, aunque yo no creo que les importe un bledo. Si esta situación no se resuelve pronto, le pondré una demanda al Gobierno. No por los seis dólares al mes, que George no necesita, sino por una cuestión de dignidad humana.

Por el resto, los días en el campamento siguen igual, entre muchas horas de trabajo duro, gritos y trompetazos. Lo único agradable es la cálida camaradería que hemos cultivado con mis tres compañeros de rutina. George es un negro mandón, O'Neill es un hablador sabelotodo y Spitt escupe, como bien sabes, pero aun así aprecio el tiempo que paso con ellos. Es la primera vez en toda mi vida que me siento adaptado a un grupo de personas y que estoy a gusto con ellas. No tengo experiencia en relaciones humanas, por lo que todo esto me invita a reflexionar, cada día, sobre mis propias nociones de lo que vale y no vale la pena. La verdad es que lo más parecido a un amigo que he tenido hasta ahora son estos tres y, por supuesto, tú. Oye... ¿Acaso me he puesto filosófico y tedioso? Casi puedo verte bostezar por el aburrimiento.

Daría cualquier cosa por verte, aunque más no fuera por media hora.

Tuyo, siempre,

Jack

P. D.: He adoptado una rata recién nacida que encontré abandonada junto a la entrada de nuestra tienda. Es rosada y regordeta, y George dice que O'Neill debe haberse visto así al nacer. Le puse un nombre muy sureño: Georgia Willie Mae Marybelle.

Un mes después de enviar aquella carta, Jack estaba reparando el cañón de un rifle, cuando oyó que Spitt gritaba:

—¡Jack! ¡El general quiere verte!

El abogado dejó lo que estaba haciendo para dirigirse a la tienda del oficial. Le resultó extraño que el hombre lo hiciera llamar a las siete de la mañana, pero supuso que debería responder a una nueva consulta de leyes, *ad honorem*, por supuesto.

El general lo recibió con la afabilidad habitual. Era un hombre de unos sesenta años, muy bien llevados. De rostro rubicundo y barba y cabellos largos y blancos.

—¡Johnson! —lo saludó—, me alegra verlo. Tengo una misión urgente para usted. Han enviado quinientos rifles nuevos desde Hartford, que hay que ir a recoger a la estación de Garrisonville. La señora Colt insistió en que sea usted quien se ocupe de buscar el cargamento. Dice que hay unos papeles que firmar, algo de la compañía, no sé. De igual modo, me alegra poner esta misión en sus manos.

A Jack le resultó extraño aquel pedido, pero se alegró de poder salir del campamento, al menos por un par de horas.

—Por supuesto, señor —respondió—, ¿cuándo debo partir?

—De inmediato. El cargamento llegará en el próximo tren y quiero que usted se encuentre allí cuando arribe al andén. Lo acompañarán seis hombres y el conductor de la carreta. Ahora, vaya a

los establos y llévese el caballo que menos le desagrade.

Cuando Jack llegó a la estación, una hora más tarde, se encontró con el habitual ajeteo de los peones que aguardaban la llegada del convoy para descargar las cajas que contenían comida y ropa destinadas a los soldados. El aullido del tren ya podía oírse a lo lejos.

Cuando la monstruosa máquina se detuvo, envuelta en una nube blanca, los presentes comenzaron a acercarse a los vagones de carga. Sin saber a dónde dirigirse, el abogado buscó con la vista al guarda que le informaría en qué coche se encontraban las armas. Oteando el poblado andén, vislumbró una imagen a unos treinta metros de él: una mujer elegante y con una maleta en la mano, que miraba hacia todos lados, como si estuviese esperando a alguien. La silueta de la dama se desvanecía momentáneamente, debido a las nubes de vapor que brotaban de las entrañas del tren.

De pronto, cuando la bruma se disolvió, la joven reparó en la presencia de Jack y, de inmediato, comenzó a correr hacia él. El abogado, confundido, apenas pudo distinguir a Maddie cuando ella ya se había arrojado a sus brazos y apretado sus labios contra los suyos.

—Maddie... —susurró, hundiendo la cara en el cabello de ella—, te he echado tanto de menos, ¿qué haces aquí?

Ella lo miró, radiante.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó.

Él volvió a abrazarla y a besarla, con énfasis rayano a la desesperación y, alrededor, se oyeron silbidos y exclamaciones de los obreros que se encontraban en el andén.

—Hay demasiado público; tengo que sacarte de aquí —dijo él, sin soltarla—. Firmaré los documentos de recepción y enviaré a los soldados a descargar las cajas. ¿Hasta cuándo te quedarás?

—Saldré en el tren que parte a medianoche. Si tú tienes permiso para quedarte unas horas, podríamos almorzar juntos.

—Me importa un bledo el permiso. Quiero pasar el día contigo. ¿Has venido sola?

Ella negó con la cabeza.

—Me acompañó el señor Henry. Ahí viene.

—¡Señor Johnson! —saludó el hombre—. ¡Qué gusto verlo con vida!

Jack le estrechó la mano.

—Para mí también es un placer verlo. Gracias por traer sana y salva a la señora Thomas.

—Es un honor —dijo el otro—. Tuvimos ese incidente, con los asaltantes, pero pudimos salir del aprieto.

—¿Qué incidente? —preguntó Jack, mirando a Maddie.

—Ah, ¿aún no le contó? —respondió el hombre—. Unos maleantes intentaron asaltar la diligencia que nos llevaba a la estación de tren de Darville. Pero pudimos repelerlos, así que salimos indemnes. La señora Thomas disparaba: «¡bum, bum!» y los otros respondían igual... pero les ganamos.

Jack dedicó una mirada inquisitiva a Maddie.

—Se lo contaré luego —le dijo ella.

—Bien, señora —dijo Henry—, la acompañaré a su alojamiento, así descansa hasta la noche. ¿Viene, señor Johnson?

—Más tarde. Debo ir a hablar con los soldados. Si le parece, señora, podemos encontrarnos a las 11:00 en el salón comedor del hotel. Será para mí un gusto llevarla a pasear por este pueblo tan pintoresco.

En realidad, aquel debía ser el poblado más sórdido y deprimente de toda Pensilvania, pero la

visión de Jack estaba teñida por la alegría de ver a Maddie.

—Le preguntaré a aquel caballero de allá si puede llevarnos en su carreta —dijo Henry—. Estaré de vuelta en un tris.

Cuando el hombre se alejó, Maddie echó sus brazos al cuello de Jack y volvió a besarlo.

Él la sostuvo entre sus brazos por un instante.

—Si mi regalo de cumpleaños es un beso tuyo —dijo, sonriendo—, entonces ya no me molestará envejecer.

Con la mayor premura que la burocracia local le permitió, Jack resolvió los temas legales de la entrega de las armas, confió el cargamento a los soldados que lo habían acompañado y les dio un mensaje para el general, avisando que demoraría en regresar. Cuando estuvo todo resuelto, se dirigió al pueblo y recorrió los escasos metros con los que contaba la calle principal, hasta dar con la tienda que buscaba. El cartel tenía escrito, en letras rodeadas de volutas: «Sastrería *Mon Dieu!*»

El abogado desmontó y se internó en el agobiante local, en donde lo atendió un sujeto bajo y regordete, que se asemejaba a un armadillo con gafas doradas. Los ojos del personaje estudiaron a conciencia al desarrapado que había cruzado el umbral.

—Buenos días, caballero —saludó Johnson—, necesito dos camisas, dos pares de calzoncillos, un chaleco, un sombrero y un traje, por favor. De lo mejor que tenga.

—Lo siento, *monsieur* —dijo el sastre, con exagerado acento francés—, pero mis prendas son de la más alta calidad. No creo que este sea el establecimiento más adecuado para sus... mmm... posibilidades. En la tienda de abarrotes hay ropa apropiada para personas como usted.

Jack no tenía tiempo para discutir, por lo que dejó que hablara el lenguaje universal que todo hombre entiende: metió la mano en el bolsillo y sacó de allí un gran fajo de billetes. El montón de papel hizo un ruido seco al caer sobre el reluciente mostrador.

—*Mon Dieu!* —exclamó el hombrecito, honrando el nombre de su negocio—. *Monsieur*, le ruego que me disculpe, es que pensé que...

—Me lo puedo imaginar, sí. Ahórreselo. ¿Tiene un traje como de mi tamaño?

El francés negó con énfasis.

—Oh, no, caballero, qué horror. ¡Mis trajes son solo de encargo! Puedo ofrecerle las camisas, los calzoncillos y el sombrero, pero ¿un traje completo? *Je suis desole, mais, non.*

Jack extendió el cuello para otear la parte trasera de la tienda, que podía verse a través de una cortinilla que estaba abierta. Luego señaló con el dedo:

—Ese —dijo—. El que está en el maniquí, marrón oscuro. Es como de mi tamaño.

El hombrecito se giró para ver cuál era el traje en cuestión.

—¡Oh, no, no, señor! *Mon Dieu!* ¡Pero qué inapropiado! —se escandalizó—. Ese es el conjunto que acabo de terminar para el alcalde. No está a la venta.

—Le daré veinte dólares por él.

Al sastre le tembló el mentón. El alcalde, que era un hombre mezquino, solo le pagaría once dólares. Aun así, el peso del compromiso contraído se impuso sobre su interés económico, por lo que respondió, elevando la barbilla:

—No sé qué clase de hombre cree que soy, señor, pero le aseguro que mi palabra vale oro. No puedo acceder a su pedido. Mi prestigio...

—Le daré cuarenta dólares, si incluye una corbata.

El armadillo con gafas comenzó a sudar.

—Cuarenta... es mucho dinero —balbuceó—. Yo... quizá si... ¡no! No puedo. Es mi nombre lo que está en juego; mi dignidad profesional. Para que lo sepa, señor... como se llame, yo provengo de una familia de nobles sastres; mi abuelo fue sastre, mi padre fue sastre...

—Alquílemelo hasta mañana.

—¡Pero, qué ocurrencia! ¡Es el dueño quien debe estrenarlo! Esta es la típica mentalidad de los americanos —refunfuñó—, pretender...

—Le daré sesenta dólares por el alquiler.

El hombre frenó su alocución, se mordió los labios, pestañeó varias veces y al fin exclamó:

—¡Bien! Pero solo hasta mañana. A las siete lo quiero de regreso.

—Se lo haré traer a las seis —Jack tomó billetes del fajo—. Aquí tiene los sesenta dólares y diez más por las otras prendas. Mande la ropa planchada en menos de una hora. Estoy en el hotel. Me apellido Johnson. Y deme esa loción de afeitar de allí; hoy es mi cumpleaños, así que será un obsequio suyo.

El francés tomó el producto, lo envolvió y le entregó el paquete al excéntrico visitante. Cuando este se hubo ido, se desplomó en la silla. Sesenta dólares era una pequeña fortuna. Sin duda, su noble linaje de sastres comprendería su debilidad y hasta justificaría aquel desprolijo alquiler de la prenda.

A las 10:45 Maddie ya se encontraba en el vestíbulo del hotel. Ansiosa, miraba una y otra vez hacia la escalera, deseando encontrar la figura de Jack. Apenas dos minutos pasaron, hasta que él bajó al salón. La joven quedó impactada, pues el abogado llevaba el cabello húmedo, estaba afeitado y vestía un traje de excelente corte, aunque un poco ajustado. La camisa era de un blanco níveo y la corbata estaba anudada con maestría.

—No sé cómo te las ingenias para conseguir un traje en dos horas —dijo ella—. Eres extraordinario.

—Se lo pedí prestado al alcalde —explicó él.

—¿Eres amigo del alcalde? Pero... ¿cómo? En fin, no haré preguntas. Estás muy guapo, vestido de político. Y, además, hueles como un príncipe. Te besaría aquí mismo, pero me conformaré con esperar hasta que salgamos a la calle.

La sonrisa de Jack se extendió de oreja a oreja, cuando respondió:

—No me provoques, pues te abrazaré y besaré en este mismo instante. Estás hermosa. Debo decir que tu vestido hace honor a tu belleza, aunque también me fascinas con tu traje de bandolera.

Pero antes de que Jack pudiese seguir halagando a Maddie, el encargado del hotel, que llevaba una cesta de picnic en la mano, lo interrumpió:

—Señor Johnson —dijo—, aquí está lo que pidió. El calesín lo espera afuera.

Maddie rio.

—¿El calesín? —preguntó.

—Lo he alquilado por un día. Quiero sacar a pasear a mi novia y el rocín que me dieron en el ejército no está dispuesto a cooperar. ¿Vamos?

Maddie enlazó su brazo con el de Jack y se dejó conducir a la salida. Su corazón cantaba de felicidad.

La tarde pasó entre risas, besos y abrazos, tan anhelados como postergados. Maddie le entregó a Jack el regalo de cumpleaños que había estado preparando desde hacía mucho tiempo: un cuchillo estilo Bowie, que tenía la figura de un lobo grabada en la hoja. La artesanía era tan perfecta que el animal parecía mirarlos con sus fríos ojos de metal.

Entre bocado y bocado, ella le contó acerca de la experiencia que había debido afrontar cuando viajaba desde Hartford hasta el pueblo en donde se encontraban. Para llegar allí, Maddie

había necesitado utilizar dos formas de transporte: la diligencia y el tren. Y durante el trayecto en coche por los caminos desiertos, unos maleantes habían intentado asaltar el vehículo.

Cuando la joven relató aquellos eventos, todavía podían notarse en ella los vestigios de agitación:

—Les disparé a través de la ventanilla, sí, pero no fue nada heroico —dijo—. El conductor de la diligencia no detuvo la marcha en ningún momento, pero yo sabía que al fin lo obligarían a parar. ¿Qué podíamos hacer?

—Protegerse, naturalmente. ¿Cuántos asaltantes eran?

—Tres. Y uno de ellos era Archie Clement, estoy segura. He visto su retrato muchas veces en carteles de «se busca vivo o muerto».

—¡«El pequeño Archie»! En algunas ciudades ofrecen una buena recompensa por su cabeza. Le disparaste a una leyenda. ¿Sigue vivo?

—Sí. Pero ya no volverá a caminar derecho.

Jack rio.

—¿Y los otros dos? —preguntó.

—También heridos, aunque no de gravedad. De esos se encargaron Henry y su ayudante, que son tiradores muy decentes. Cuando los vimos caer de sus caballos, el conductor de la diligencia puso el vehículo a correr a toda velocidad y, gracias a ello, llegamos a la estación de tren antes de que los maleantes pudieran recuperarse y darnos alcance. Me imagino que aún debe durarles la furia, pues fueron repelidos por una mujer y dos negros, algo que para esos indeseables ha de ser una deshonra.

Aunque Jack se esforzó por no mostrar preocupación, pues no quería incomodar a Maddie, los hechos relatados por ella le provocaron una angustia incipiente. Podía imaginársela siendo atacada por aquellos maleantes. Y si bien en esa ocasión la suerte estuvo de su lado, sabía que podría no haber sido así. La posibilidad de que a ella le sucediera algo malo le produjo una enorme desazón. Sin duda, algo en él había cambiado: Maddie le importaba, mucho más allá de su atractivo físico. Era ella, su alma y su personalidad las que lo estaban cautivando. Y él ya había sido un cautivo, muchos años atrás. La idea de no ser el dueño absoluto de su propio ánimo lo inquietó.

Regresaron al hotel cuando acababa de ponerse el sol. Él la acompañó hasta la puerta de su dormitorio, para que ella se cambiara para la cena.

—Yo no tengo más ropa que la del alcalde —dijo él—, por lo que, mientras tú te cambias, yo aprovecharé para escribir una carta que quisiera que le llevaras a Elizabeth.

Maddie hizo silencio por unos instantes. Abrió la boca para decir algo y luego la cerró. Él la miró con gesto de interrogación.

—Tengo un problema —al fin anunció ella—... y es que..., bueno. Es que no podré quitarme este vestido sin ayuda. Está abrochado en la espalda y no es muy fácil alcanzar los botones de arriba.

Jack hizo un esfuerzo por ocultar el deseo que brotaba de su cuerpo. Ella siguió:

—Quizá tú...

—Que no te quepa ninguna duda.

Maddie comprobó que no hubiera nadie en el corredor, abrió la puerta del cuarto e invitó a pasar a su acompañante. Adentro, los recibió el tenue resplandor de las llamas del hogar.

La destreza del abogado para deshacerse en segundos de las muchas capas que componían el vestuario femenino habría sido aplaudida por la doncella más capacitada. Cuando Maddie estuvo desnuda y él la levantó en brazos, se oyó el crujido de tela desgarrándose.

—Maldito traje... —masculló él, dejándola a ella en la cama—. Dame un segundo. No te vayas a ningún lado.

Jack se apresuró a quitarse la chaqueta, el chaleco, la corbata, la faja, la camisa, las botas, el pantalón y los calzoncillos.

—¿Es necesario usar tanta ropa? —se quejó. Después se volvió hacia ella y se tomó un momento para contemplarla, desnuda sobre la cama.

—Eres hermosa —dijo, acostándose junto a la joven y atrayéndola hacia su pecho—. Durante cientos de noches no he soñado más que con esto...

No hubo más palabras en aquel encuentro; solo la sinfonía que componen las almas entregadas al júbilo del deseo. Engarzados, llegaron al paraíso y regresaron, para regodearse en la alegría de poder abrazarse bajo un refugio de sábanas.

Cuando al fin recuperaron el aliento, Maddie advirtió:

—El alcalde va a matarte. Le has roto la chaqueta.

—Valió la pena, con creces —le respondió él, apretándola contra su cuerpo—. En un rato me pondré el pantalón para que me ayudes a estropeárselo.

—¿Sabes? Te ves muy bien vestido de político. ¿Nunca pensaste en lanzarte a ello?

—Jamás. Lo mío no es el delito de guante blanco. Por el contrario: antes de dedicarme a las leyes soñaba con hacer una carrera como asaltante de diligencias.

Ella rio.

—¿Y tú? —se interesó él—. ¿Tienes algún sueño incumplido? No hay duda de que en esta cabeza habitan ideas inapropiadas para una viuda de alta sociedad.

—Casi nada, ya sabes, la fábrica...

—¡Mientes! Tus mentiras me parten el corazón. Pero si he aprendido algo de ti, es que no debo cejar hasta que confieses. Si no lo haces, cantaré hasta la medianoche una de esas tonadas del ejército, tan pegadizas.

—Cantas horrible, Jack.

—Un puñal al orgullo. Ahí va la primera canción: «*Yes, I'll rally round the flag*».

—¡Bien! Te lo diré. Pero no te rías.

—No prometo nada.

—Mi sueño es tener mi propia tienda de armas, en Jamestown.

—¡California! El Lejano Oeste. Por supuesto, allí donde está la acción. ¿Por qué no me sorprende?

Ella ignoró su comentario.

—Sería un gran negocio, en el que también vendería fundas, hebillas y monturas. Contrataría a dos o tres artesanos, para que labren los revólveres y las pistolas Derringer, de acuerdo con los gustos de los clientes...

—¿Derringers? Pensé que serías fiel a tu fábrica.

—En una tienda de armas hay que tener de todo, pero los Colt tendrán un espacio especial en mi escaparate.

—¿Puedo ser socio minoritario?

—Claro. Un abogado siempre es útil.

Él la apretó más contra sí y le dio un beso.

—¿Y qué nombre le pondrás a tu establecimiento? —preguntó.

—Bueno, pues ese es un problema. Me hubiera gustado ponerle mi nombre, pero detestaría usar «Thomas», que es el apellido que me legó mi marido. Así que no lo sé.

—Entonces, cástate de nuevo. Elige un marido que tenga un nombre de tu gusto, como

«Eaglethorne» o «Patterson». No importa quién sea el tipo. De hecho, tengo un cliente de apellido Blackstone, que estaría encantado de presumir de una esposa cuarenta años más joven que él. Y es millonario, por lo que puedes considerarlo un buen partido.

—El dinero del señor Blackstone no significa nada para mí. Su nombre, sin embargo, sería perfecto para mi tienda: «Blackstone & Johnson, armas y municiones». Mmm... es tentador, pero no podrá ser, pues sabes que no volveré a casarme.

—¿Por ningún motivo?

—No.

—¿Ni siquiera por amor?

—No conozco esa palabra.

—¿Y por un arrebatado de pasión? —preguntó él, besándole el cuello.

Ella echó la cabeza hacia atrás, alentándolo a seguir.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —preguntó, estremecida.

—Por supuesto que no. Solo te estoy poniendo a prueba.

—Pues no volvería a casarme por nada del mundo —afirmó ella, subiéndose a horcajadas sobre él—. Para arrebatos de pasión te tengo a ti. Y usando tus propias palabras, eres lo más cercano a un amigo que tengo. Uno con privilegios especiales, por cierto. A propósito..., ¿te apetece que le estropeemos el pantalón al alcalde?

Él se entregó al profundo goce de estar con ella, pero una gota acibarada se había adherido en el fondo de su garganta. La palabra «amigo» ya no le resultaba agradable, sino, por el contrario, algo amarga.

Aquella noche, las horas transcurrieron en la cama, entre besos, risas y murmullos de pasión. Cuando las campanadas del reloj sonaron once veces, Maddie y Jack no pudieron más que afrontar el fin de aquel sueño; a las doce y media, el tren los separaría.

Cuando el abogado regresó al campamento, arrastraba una pesada carga en el espíritu. Debería sentirse dichoso. Sin embargo, se encontraba melancólico. Allí donde habían estado los labios de Maddie, ahora había un hueco. Su pecho, que ella había entibiado con caricias, ahora estaba frío como el hielo. La certeza que comenzó a formarse en su consciencia lo alarmó: desafiando los dictados del cerebro, su alma ya había tomado una decisión.

Hartford, Connecticut, 2 de octubre de 1863

Mi querido Jack:

Esta tarde recibí la visita de tu asistente, el señor Donovan. Él afirma que tú me lo envías en calidad de préstamo, para que me ayude en la oficina. Cito sus palabras: «por todos los días y las horas que sean necesarias». Sostiene que no tengo que pagarle nada por su trabajo, pues tú le has ofrecido «una pequeña fortuna como salario adicional, además de un caballo y un sombrero nuevo». Me pidió disculpas por mencionar el penoso tema del dinero, en términos tan poco elegantes, pero dijo que tú le habías dicho que dijera exactamente esas palabras (y yo le creo). Me informó que él es abogado con licencia, que tú le has enseñado todo lo que sabe y que habla cuatro idiomas.

En las circunstancias en las que me encuentro, agobiada por el exceso de trabajo, no puedo

más que aceptar la ayuda que me envías. Si hubiera recibido un diamante no estaría más feliz. Te prometo que Adela y yo haremos sentir al muchacho como en su propia casa.

Gracias por ser tan atento conmigo. Nunca alguien había estado tan pendiente de mi bienestar.

*Tuya, de corazón,
Maddie*

*Campamento General del Ejército del Potomac,
Brandy Staton, 20 octubre de 1863*

Querida Maddie:

Bajo la estricta supervisión del Zeus de las armas, George Arlen, he aprendido a reparar no solo revólveres Colt, sino también rifles Springfield, mosquetes, pistolas flintlock y Derringers. Ya me siento preparado para la inauguración de nuestra tienda de Jamestown. Imagino el cartel: «(Nombre de tu nuevo marido) & Johnson, armas y municiones».

Me alegra que Donovan te esté ayudando. Es un gran muchacho.

*A: ku-noruhkwa,
Jack*

P. D.: Mi adorable rata, Georgia Willie Mae Marybelle, te manda saludos. Cuando le creció el pelo, supimos que era blanca.

*Hartford, Connecticut,
15 de noviembre de 1863*

Mi querido Jack:

Hoy te escribo con noticias preocupantes. Quizá no lo sepas, pero se están produciendo muchas situaciones deleznable en las grandes ciudades del norte. Los esclavos emancipados están llegando de a miles, en busca de una vida mejor. No traen más que los andrajos que visten y se enfrentan a la difícil búsqueda de un empleo y de un sitio donde vivir. Pero sus perspectivas son cada vez más complicadas; los nortños, que vitorearon su liberación, han comenzado a manifestar desagrado al ver a estas personas circulando por las calles.

En Nueva York la situación se ha vuelto desesperante, pues los inmigrantes irlandeses se han puesto especialmente violentos con los negros. Los acusan de robarles los empleos, por lo que no es raro ver algún linchamiento en la vía pública. En esas circunstancias, las fuerzas del orden deben intervenir para evitar el derramamiento de sangre. Siempre llegan cuando es demasiado tarde.

Soy leal a Lincoln y sigo honrando su causa, pero no puedo ignorar que su propuesta política no ha considerado adecuadamente el «día después» de su gesta. Liberó a miles de seres humanos que cargan una larga historia de abusos y muerte, y ahora es menester garantizar su dignidad. Él afirma que en no más de tres años los negros se integrarán a la sociedad y que la cuestión de la raza ya no será un problema. Ojalá no se equivoque. Temo por los hombres, mujeres y niños que recorren las calles buscando qué comer.

Tuya de corazón,

Maddie

P. D.: Me alegra saber que George y tú están en el campamento de invierno de Brandy Staton, lejos de las balas y de los cañones. Ojalá la primavera tarde mucho en llegar.

P. D. 2: ¿Qué significa A: ku-noruhkwa?

*Campamento General del Ejército del Potomac,
Brandy Station, 23 de diciembre de 1863*

Mi muy querida Maddie:

Acaban de llegar las tres enormes cajas que nos enviaste por la Navidad. Los cuatro pavos asados han sido muy celebrados por todos, sobre todo cuando descubrimos que sus entrañas ocultaban recipientes prohibidos, llenos del ambarino milagro de la satisfacción. Cuando Spitt vio las botellas, entró en una severa crisis de conciencia dado que, como es nuestro superior, debe velar por que las reglas se cumplan (y no romperlas). Aunque debo decir que el muchacho solucionó su conflicto y su culpa con una soberana borrachera, de modo que aquí lo tengo, a mi lado, ebrio como una cuba. Dice que te envía saludos, si es que entiendo bien lo que balbucea.

Ahora, una confesión, que pasará a ser lo menos digno que le he dicho a una mujer: he perdido la batalla contra los piojos. Esos pequeños animalejos, que hasta ahora se habían mantenido alejados de mí, han decidido colonizar mi cabeza. Aunque debo decir que tan infeliz evento era previsible, puesto que O'Neill lleva un criadero de esos parásitos en la testa. En algún momento, saltaron hacia la mía. Pero esto no ha de quedar así; no seré humillado por esos bichos irreverentes. Por favor, envíame un gorro de lana pues he de afeitarme la cabeza. ¿Te atraen los calvos con barba?

Feliz Navidad.

Jack

P. D.: Ayer, Georgia Willie Mae Marybelle se convirtió en la orgullosa madre de doce ratitas. Mis compañeros de cabaña no lo han tomado bien y me han emplazado hasta el atardecer para deshacerme de la madre y sus retoños. Les buscaré hogar en la cabaña del panadero. Por lo que he visto, allí hay cientos de sus familiares.

P. D.: Me preguntas qué significa A: ku-noruhkwa... No te lo diré.

El 5 de febrero, a las 8:15 de la mañana, el aire que rodeaba la compañía Colt se saturó del agudo ulular de las alarmas de incendio. Maddie, que se encontraba en su despacho del edificio de oficinas, a cincuenta metros de la gigantesca fábrica, corrió hacia la ventana para saber de qué se trataba aquello. Entonces, lo supo.

—Oh, Dios mío... ¡Dios mío, no, no!

Aquel ruego escapó de entre sus labios cuando detectó la columna de humo que comenzaba a ennegrecer el techo del pabellón principal.

Hartford, 5 de febrero de 1864.
Diez de la noche.

Querido Jack:

Sé que esta carta te llegará mucho después de que las noticias se publiquen en los periódicos, pero tengo la necesidad de escribirte, más que comer o respirar. Perdona la desprolijidad de mi caligrafía; me tiemblan las manos sin que yo pueda evitarlo.

Hoy hemos visto a la fábrica Colt desplomarse, devorada por el fuego. A esta hora, el sueño dorado de mi primo Sam ha quedado reducido a madera carbonizada y metales retorcidos.

El incendio se produjo esta mañana a las 8:30, aproximadamente. Yo me encontraba en mi despacho, atendiendo a un cliente, cuando en el edificio adjunto comenzaron a sonar las sirenas de emergencia. Corrí afuera, junto con el resto de las personas que trabajan en los despachos adyacentes, y me sumergí en una pesadilla: el techo de la fábrica se había convertido en un volcán rugiente. No había rastros del cielo, devorado por una implacable columna de humo negro. Los bomberos no tardaron en llegar, pero aun así las llamas ya habían engullido un tercio de la estructura, que al fin se entregó a su cruel destino. Nada pudo hacerse para detener el incendio. Alrededor de las 9:00 vimos hundirse la cúpula azul y dorada, antes coronada por el áureo caballo rampante. Casi pudo oírse el relincho agónico del símbolo de la Colt, rubricando la irrevocable destrucción.

Pero aquello no terminó ahí, por desgracia. Aún no satisfechas con su crimen, las llamas atravesaron el puente que conducía al edificio de oficinas y se apropiaron del primer piso. En pocos minutos, la estructura se convirtió en una antorcha monumental. A esta hora, mi despacho es solo un montón de cenizas.

Jamás se borrará de mi memoria el aullido doliente de las columnas metálicas retorciéndose, ni la imagen de bolas de fuego haciendo explotar los cristales. El olor acre, a cadáver de hierro y madera, aún impregna mi piel, mi ropa y mi cabello. Me pregunto cómo podré volver a dormir alguna vez, si los gritos y los llantos de los empleados no cesan de resonar en mis oídos.

Pero la destrucción material no ha sido lo más grave: muchos operarios se internaron en los edificios para salvar lo que se pudiera, a pesar de que se los instó a no acercarse a la fábrica ardiente. La mayoría salió indemne, pero tres de ellos murieron aplastados cuando el techo se dio por vencido. Uno es el señor Fox, no sé si lo recuerdas. Ya no nos quedan lágrimas para llorarlos. Y los daños humanos no acaban ahí: al no haber fábrica, de los 1700 empleados que trabajan aquí, más de 900 se han quedado en la calle. Elizabeth y yo nos preguntamos: ¿qué será de nuestra gente? No tengo dudas de que Remington y Smith & Wesson estarán ávidos de contratar a algunos de los más cualificados, pero ¿a 900? No lo creo.

En cuanto a los destrozos materiales, el único edificio que no sufrió daños graves fue el de los talleres en donde fabricamos los rifles que le vendemos al Gobierno. Parte de la maquinaria se arruinó a causa del ineficiente accionar de los bomberos, pero consideramos que esa sección estará operativa en breve. Los instrumentos que se mojaron podrán ser reparados y los 800 operarios que producen los rifles Springfield podrán reincorporarse en pocos días.

Nuestro problema más acuciante, en relación con este último asunto, es que nos será inviable cumplir con nuestro compromiso de entregar al Ejército las 5000 armas por mes que habíamos acordado. Nuestra única esperanza es que el Gobierno nos reduzca los 50 000 dólares de multa que deberían cobrarnos por no cumplir con lo establecido en el contrato. Los hermanos de Elizabeth están trabajando en ello.

Según los primeros cálculos, las pérdidas ascenderían a dos millones de dólares. Es de agradecer el buen criterio de mi prima, que contrató un seguro para la compañía después de que Sam murió (sabes que él siempre se negó a pagar por uno). La póliza es de 660 000 dólares.

Darí cualquier cosa en el mundo por refugiarme en tus brazos.

Maddie

A la mañana del día siguiente, Jack se levantó temprano para ir a depositar una carta en el puesto de correo del ejército. Cuando llegó allí, se encontró con un gran revuelo; uno de los telegramas que había llegado a la madrugada traía noticias sorprendentes.

—¡Dicen que se quemó hasta los cimientos! —decía el encargado de la posta.

—¿Y quién nos enviará rifles y revólveres? —se preguntaba otro hombre.

—Una catástrofe, eso es lo que es... —dijo un tercero.

Jack se acercó al grupo y saludó:

—Buenos días, señor Donner. ¿Alguna novedad importante?

—No lo va a creer —dijo el hombre—. Nos ha llegado una terrible noticia. ¿Conoce la fábrica Colt? Pues acaban de avisarnos que hubo un incendio y que no se ha salvado ni una sola piedra. ¡Qué desgracia! ¿Ahora cómo conseguiremos las armas que necesitamos...?

—¿Cómo dice? —preguntó Jack, que estaba seguro de haber oído mal. ¿Fuego en la Colt's Armory?

—Lo que oye: la fábrica se volvió cenizas. Dicen que todo se ha perdido.

—Debe ser un error..., ¡no es posible! ¿Quién envió la información?

—La gente del Gobierno. No hay error alguno, señor.

—Maddie... —susurró Jack.

—¿Perdone? —preguntó el otro—, no lo escuché... ¿Señor Johnson?

Aún con su carta en la mano, Jack corrió hacia la tienda del general Darewell. Debía partir a Hartford de inmediato, para asegurarse de que Maddie se encontrara sana y salva.

Maddie se encontraba trabajando en la biblioteca de su hogar cuando las campanadas del reloj sonaron nueve veces. Perdida en un mar de preocupaciones y angustias, no sabía en qué momento se había hecho de noche. Ya habían pasado cuatro días desde la tragedia y el caos parecía empeorar a cada hora. Todos los pedidos deberían suspenderse, y los pagos anticipados, reembolsarse a los clientes. No alcanzaban las horas de la jornada para resolver tantos problemas juntos.

En aquel momento, sonó la campanilla de la entrada y luego se oyó un retumbar de pisadas y la voz de una joven que hablaba con la persona que había llamado:

—Señor, le ruego que se vaya. Ya son más de las nueve y la señora ha dicho que no debe ser molestada. Regrese mañana y veremos si ella puede atenderlo.

Desde donde se encontraba, Maddie solo oyó un murmullo de respuesta. El tono era masculino, pero no podía distinguir nada más.

La muchacha elevó la voz:

—Le digo que no es posible. Ella no va a atenderlo ahora. ¡Ya váyase, por favor!

Maddie salió al corredor del primer piso, inquieta por la discusión que se estaba produciendo abajo. Entonces, oyó con más claridad la voz del recién llegado:

—Dígale a la señora que no me iré de aquí sin verla. Si tengo que gritar debajo de su ventana durante toda la noche, lo haré.

Cuando llegó al pie de la escalera, vio la figura de un hombre. Estaba cubierto de tierra, como si acabara de llegar de un largo viaje, y cargaba un morral y un bolso. El rostro del visitante, aunque semioculto por una tupida barba, parecía ser el de Jack. Entonces, sus rodillas se convirtieron en gelatina. Se llevó la mano al pecho y abrió la boca para llamarlo, pero ningún sonido salió de entre sus labios.

—¡Maddie! —gritó él.

Entonces corrió hacia ella y la tomó entre los brazos.

—Maddie... te encuentras bien, gracias a Dios.

Temiendo que las piernas no la sostuvieran, ella se apretó contra él y, con los dedos rígidos, se aferró al grueso abrigo del recién llegado.

—Jack... —murmuró—... eres tú... has venido... pero, ¿cómo?

Entonces, se oyó carraspear a la señora Potter, el ama de llaves de la mansión, que acababa de entrar en el recibidor.

—Señora Thomas... —llamó.

Maddie se separó de Jack y miró a la mujer como si no recordara quién era ella. Detrás de la dama ahora había dos doncellas, que tenían los ojos abiertos como platos.

—Señora Thomas... —dijo la señora Potter—, ¿preparo la habitación de huéspedes, para alojar a su primo?

—¿Mi... primo?

—Sabíamos que él vendría a visitarla, pero no tan pronto —dijo la empleada—. En una hora podemos tener lista la habitación y llenarle una bañera...

Maddie asintió en silencio, confundida. Pero en un instante comprendió la estrategia del ama de llaves. Entonces, respondió:

—Sí, sí..., muchas gracias. Mi... primo debe estar agotado por el largo viaje. —Tomó la mano del recién llegado—. Ven, Jack, iremos a la biblioteca, hasta que tu cuarto esté preparado. A menos que tengas otros planes para tu alojamiento...

—Iba a ir a mi hotel, pero si puedo contar con tu hospitalidad, para mí sería un mejor arreglo.

—Eres bienvenido aquí —dijo ella. Luego dirigió una mirada agradecida al ama de llaves—. Señora Potter, envíenos una bandeja con comida, por favor. Y consiga una camisa de dormir, de hombre. A menos que tú, Jack, hayas traído alguna.

—Ya no recuerdo lo que es una camisa de dormir, pero suena fantástico poder vestir una de esas prendas. Y le ruego que no olvide preparar la bañera, señora... por favor. Hace meses que no me sumerjo en agua caliente.

La mujer hizo una leve reverencia y desapareció por el fondo de la sala.

Cuando Jack y Maddie entraron en la biblioteca y cerraron la puerta detrás de ellos, se abrazaron y se besaron como si jamás lo hubieran hecho antes. Ella pronunciaba palabras de agradecimiento, y él, murmullos de consuelo.

—Espero no estar soñando, Jack, ¡te necesitaba tanto! ¿Cómo es que has venido? La carta que te envié hace cuatro días no puede haberte llegado tan pronto.

—No la recibí —dijo él—. Conocí la noticia gracias al telégrafo y vine cuanto antes. Lamento mucho no haber estado aquí cuando ocurrió la desgracia.

—¿Cuánto tiempo podrás quedarte?

—Cinco días, no más. Mi prioridad es estar a tu lado, aunque también deberé hablar con Elizabeth, estudiar la situación y visitar Washington, para ver cómo convencer al Gobierno y a los

accionistas, para que nos den apoyo financiero en la reconstrucción.

Ella lo condujo hacia un sofá cercano.

—Aún llevas puesta tu ropa de viaje. Le pediremos a la señora Potter que la lleve a la lavandería, pero necesitarás prendas nuevas.

—No será problema. ¿Será posible enviarle una nota a mi secretario?

—Por supuesto. En aquel secreter hay pluma, tinta y papel. Escribe y yo me ocuparé de que tu mensaje llegue a manos del señor Donovan esta misma noche.

Jack escribió: *Donovan, envíame ropa para cinco días y sus noches. Gracias, J.*

En aquel momento, llamaron a la puerta. La señora Potter llegaba con una doncella que portaba una bandeja repleta de comida.

—Por aquí —indicó Maddie—. Y aviseme cuando esté preparado el cuarto de mi primo, por favor.

La mujer asintió y se retiró, cerrando la puerta tras ella. Jack aceptó el plato que Maddie le extendía. Contenía una modesta cena de jamón, queso, frutas y pan, que a él se le antojaron delicias del cielo.

—Yo comeré también —dijo ella—. No sé cuándo fue la última vez que probé bocado.

—¿Qué es eso de que soy tu primo y que puedo dormir aquí, sin importar que tu reputación se vaya al cuerno? —preguntó él.

—No tengo idea —respondió ella, sonriendo—. Supongo que la señora Potter sigue interesada en que yo consiga un amante.

Jack casi se atragantó al oír aquello.

—¿Disculpa? —preguntó.

—Verás. La señora Potter ha sido más madre que mi madre. Fue mi niñera desde que nací. Y cuando me enviaron a Carolina, con mi flamante esposo, ella viajó conmigo. Nadie mejor que ella sabe la vida que llevé. Desde que regresamos aquí, no ha dejado de insistir en que merezco llevar un pasar más distendido y se empeña en que me consiga un amante. Dice que todas las viudas jóvenes presumen de uno y que yo no puedo ser menos que ellas.

Jack rio.

—Es una mujer muy sabia. Qué suerte para mí que le hayas hecho caso.

—¿Señora Thomas? —la voz del ama de llaves se oyó del otro lado de la puerta—. Ya está preparada la habitación de su primo. Le he asignado el cuarto azul. Y también está lista el agua para la bañera.

Maddie elevó la voz, al responder:

—Sí, señora Potter. Por favor, deje todo listo. Él irá para allá en un momento.

Y luego ella se volvió hacia Jack.

—Esta mujer pícara te ha dado un cuarto junto al mío. Ambos se comunican a través de una puerta. ¿Verdad que es un ángel?

—Le regalaré una tiara de diamantes.

—Te acompañaré allí ahora. Y luego le daré tu nota a la señora Potter, para que se la haga llegar a tu secretario esta misma noche.

Una hora después, Maddie oyó unos golpecitos en la puerta que comunicaba los dos dormitorios. Ansiosa por encontrarse con su huésped, cruzó el umbral.

Cuando entró en la habitación, vio a Jack, parado frente a ella, vistiendo una camisa de dormir que le quedaba demasiado corta.

—Esta camisa me queda ridícula —dijo él, tironeando las sisas—. Voy a quitármela.

Y así lo hizo.

—Tu camisón también es estrecho —mintió—. Quizá deberías prescindir de él...

Dicho aquello, se movió como un depredador y en segundos deshizo a Maddie de la bata de terciopelo y el camisón que llevaba debajo. Con la misma celeridad, la tomó en brazos, la depositó en la cama y la cubrió con su cuerpo. Entrelazados bajo las sábanas, los amantes se recordaron por horas lo mucho que se anhelaban. Y esa noche, la habitación azul se convirtió en el refugio donde ambos saciaron su sed del otro.

Por la mañana, unos insistentes golpes en la puerta despertaron a Maddie. A su lado, el abogado dormía envolviéndola con un brazo.

—Jack... ¡Jack! —lo llamó ella, apresurada.

Como única respuesta, él la acercó más hacia su cuerpo.

—Despierta ¡Jack! La señora Potter está llamando a tu puerta. Debes responder algo.

Él la besó primero y luego se incorporó, apoyándose en un codo.

—¿Sí? —dijo, elevando la voz.

La mujer habló a través de la puerta.

—Señor Johnson, quería avisarle que su secretario le ha traído un baúl, muy temprano esta mañana. ¿Desea que se lo haga subir ahora?

—En treinta minutos, por favor. Y una jarra con agua caliente, si no es molestia.

—Sí, señor. Volveré en treinta... o, mejor, en cuarenta minutos.

Él rio.

—Sabe que estás aquí, desnuda y metida entre mis sábanas. ¡Ya eres una viuda de vida alegre! La señora Potter debe estar muy satisfecha, pues sus gestiones de celestina han dado resultado.

—¡He perdido mi impecable reputación por tu culpa! —lo acusó ella. Y, a continuación, lo empujó para hacerlo caer de espaldas en la cama y acostarse encima de él. Durante los gloriosos minutos que siguieron, se adoraron con pasión, tal como si no hubiera un mañana. Y cuando el ama de llaves volvió a llamar, Maddie besó a Jack por última vez y atravesó la puerta que daba a su cuarto; en su rostro se ensanchaba una sonrisa de felicidad.

Aunque la noche había sido un festejo para los sentidos de ambos, sabían que la jornada no les tenía reservado placer alguno, sino una larga y penosa revisión de los restos de la fábrica incendiada.

Luego de desayunar, iniciaron el recorrido por los edificios derruidos. Con inmensa tristeza, Maddie condujo a Jack hacia el pabellón principal. Y cuando se detuvieron frente a los restos de la imponente mole, ella agradeció el sostén que le ofrecía el brazo del abogado. Ya nada quedaba del sueño del gran inventor. Los orgullosos muros habían quedado reducidos a montículos de piedras negruzcas. Las altísimas vigas que sostenían la estructura parecían brazos raquíuticos. Y las máquinas que el propio Samuel Colt había hecho construir para la fábrica, y que fuesen motivo de su orgullo, se habían convertido en trozos de metal retorcido.

Durante el recorrido por las ruinas, Jack observó todo en detalle, conversó con los empleados que limpiaban el terreno y tomó notas de las pérdidas que, según sus cálculos iniciales, coincidían con los números que la señora Colt había adelantado. Sin duda, la reconstrucción demandaría, al menos, dos millones de dólares.

Luego de una larga mañana, Jack se despidió de Maddie hasta la noche, y se dirigió a la casa de Elizabeth. Como siempre, la encontró trabajando frente a su escritorio, rodeada de documentos saturados de números. Su expresión, usualmente enérgica y positiva, hoy era una máscara de desolación. La destrucción de la fábrica había significado para ella volver a experimentar la

enorme tristeza de un duelo. Esta vez, la pérdida era nada menos que el sueño de su esposo. La compañía representaba para Elizabeth mucho más que un imperio industrial. Era el recuerdo vivo de Samuel, de sus esfuerzos, de su visión. Perder aquello había sido como ver morir de nuevo a su marido.

La dama recibió al abogado con un afectuoso apretón de manos.

—Oh, Jack —le dijo—, me alegra tanto que estés aquí. Ha sido todo tan espantoso.

—Lo siento mucho, Elizabeth...

—Las pérdidas materiales han sido un duro golpe —prosiguió ella, apesadumbrada—, pero nuestros bienes podrán recuperarse con el tiempo. Lo peor de todo esto es que tres buenas personas se fueron para siempre. Empleados fieles, que dieron su vida por la compañía y que ya no volverán a abrazar a sus familias. ¿Y qué será de los obreros que han perdido su trabajo? Me esfuerzo por encontrar una solución para ellos, pero son novecientos y no podré reubicarlos a todos... —la voz de la mujer se quebró—. Yo... discúlpame... —dijo, secándose las lágrimas incipientes—. El alivio que me produce verte me ha ablandado. Lo siento, no he querido incomodarte.

—No me siento incómodo y te ofrezco mi hombro para que descargues tu pena. Te ayudaré, Elizabeth; confía en mí. En lo que respecta a los empleados, enviaré recomendaciones a todos mis clientes. Muchos de ellos son dueños de grandes fábricas, que sin duda querrán contratar a gente valiosa. En cuanto a lo material, soy experto en convencer a políticos y accionistas. Te prometo que el sueño de Sam renacerá y será más fuerte que nunca.

—Gracias, querido amigo. Cuando llegué a la fábrica en llamas y vi la cúpula desmoronarse, casi pude oír el lamento de mi esposo en su tumba. Pero en mi corazón no pesaron solo los escombros calcinados. En medio del caos, la miseria humana desplegó sus tentáculos de pulpo hambriento. Vi a nuestros vecinos de Hartford escabullirse entre las ruinas para robar revólveres. No eran personas pobres y necesitadas, Jack. Eran esos hombres bien vestidos que solemos ver pasear en bonitos caballos. Y también vi otras alimañas similares, que desafiaban las brasas ardientes para secuestrar nuestras valiosas máquinas.

Jack guardó silencio, sabiendo que ella necesitaba expresar su dolor.

—¡Si hubieras visto a los bomberos! Ineptos, torpes y, muchos de ellos, ¡ebrios! Agradezco que no haya muerto ni uno, en el estado de borrachera que mostraban. Y los que estaban sobrios destruían más de lo que salvaban —Elizabeth ocultó el rostro entre las manos, al tiempo que negaba con la cabeza—. Te aseguro que no deberíamos afrontar tantas pérdidas si nuestros propios empleados hubieran apagado el fuego.

—¿Puedo preguntarte algo delicado? —dijo él.

—Por supuesto.

—¿Qué crees que provocó el incendio? Dicen que fue una ignición espontánea, a causa del extremo calor. Pero a mí eso me suena ridículo, estando en pleno invierno.

Ella negó con la cabeza, enfática.

—¡Por supuesto que no! No cabe duda de que fue provocado. Informamos a los medios que había sido un accidente, pero yo estoy convencida de que detrás de esto hay sabotaje.

La mujer se dirigió a su escritorio y buscó un papel, que le extendió a Jack.

—Hace un tiempo, recibimos esta carta de amenaza para que detuviésemos la provisión de armas a la Unión. Esto no ha sido un accidente; aquí hay personajes siniestros involucrados. Mi hermano está realizando averiguaciones; así que apenas tenga alguna pista, te la haré saber.

Cuando llegó la noche, Maddie y Jack compartieron una cena ligera en la biblioteca, iluminados por el cálido resplandor de las llamas del hogar. Las horas se les escurrieron como agua, conversando, entre risas, y haciendo planes para la tienda que, supuestamente, montarían en Jamestown. Cuando el reloj informó que era hora de dormir, se refugiaron en la habitación de él y se entregaron el uno al otro, hasta que la madrugada los obligó a separarse.

A primera hora de la mañana, desayunaron juntos, pero pronto cada uno debió tomar un camino diferente: Maddie subió a su despacho, para seguir trabajando en asuntos de la fábrica, y Jack salió a visitar a políticos y empresarios, a quienes debía convencer de dar apoyo a Elizabeth.

Cuando llegó el mediodía de aquella intensa jornada, el abogado se tomó una hora para almorzar con Maddie. Como era ya habitual, se refugiaron en la acogedora biblioteca. Mientras comían, él anunció:

—Tengo una mala noticia para darte: tu futuro esposo, el señor Blackstone, murió en mi ausencia. Tu tienda de armas ya no podrá llamarse «Blackstone & Johnson, armas y municiones». Pero no te preocupes porque he encontrado otro posible aspirante al honor de convertirte en su esposa. ¿Quieres saber quién es el afortunado?

—Me muero de ganas —dijo ella, fingiendo interés.

—Bien. Hay un caballero, el señor Nicholas Walter Darewell Pinkerton II, que se hincaría ante ti apenas conocerte.

Ella lo meditó por un momento.

—No podemos ponerle a la tienda el nombre de «Darewell Pinkerton II & Johnson, armas y municiones», Jack. No entraría en el cartel. Además, conozco a ese caballero. Es tan anciano que apenas puede caminar.

—Te dije que se hincaría ante ti. O se sienta o se hinca. Difícilmente se ponga de pie.

—Bueno, déjame que lo piense. La verdad es que, desde que comenzamos a hablar sobre la tienda, he comenzado a soñar con ella. Amo la fábrica Colt y adoro a Elizabeth, pero la posibilidad de ser dueña de mi propio negocio me atrae cada vez más.

—Y yo seré un asociado perezoso y displicente, que dejará en tus manos todas las decisiones. Pasaré a cobrar los fines de semana y el resto de los días te iré a ver por la noche y entraré por la ventana de tu habitación.

—¿Y qué haremos cuando estés adentro? —preguntó ella, acariciándole la boca.

Él la estrechó contra su cuerpo y se dispuso a ofrecerle una demostración.

La última noche que Jack y Maddie pasaron juntos, antes de que él partiera, fue un momento triste para ambos. Cenaron a solas en la biblioteca, pero, a diferencia de las veladas anteriores, no se oyeron allí risas ni bromas.

Luego de hacer retirar el servicio, la señora Potter ofreció al abogado toda la ayuda que él pudiera necesitar.

—Ya hemos lavado y remendado las prendas que traía cuando llegó, señor Johnson —informó la dama—. La doncella ha empacado sus camisas y su ropa interior, y su secretario ha dejado botas nuevas junto con el abrigo que usted mandó a confeccionar. La cocinera ha preparado comida para su viaje y yo misma he incluido en su morral un pequeño costurero, que contiene agujas, lana e hilo. Quizá le sea útil si su ropa sufre un desgarrón. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted? Será un placer servirlo.

Jack lo pensó por unos instantes.

—Sí, aunque me da vergüenza pedirselo —dijo, al fin.

—Oh, no. No se avergüence. Lo que sea que le resulte de utilidad...

—Necesitaría que borde mi nombre en mis calzoncillos nuevos —dijo él—. Nada prolijo, pero que se lean mis datos personales. ¿Usted me haría ese favor? Si no es mucha molestia, por supuesto.

Maddie se puso seria, de repente. Ella sabía por qué hacía él ese pedido y se negó a pensar, siquiera, en la posibilidad que encerraba.

La señora Potter pestañeó varias veces y al fin se atrevió a preguntar:

—No quiero ser impertinente, señor..., pero, ¿para qué necesita tener su nombre bordado en los calzoncillos?

—Por si perezco en batalla, querida señora. Los confederados, harapientos y descalzos como andan, se llevarán todo lo que yo tenga encima y ya nadie podrá identificarme. Es improbable, sin embargo, que me quiten los calzones. Todos los soldados tienen sus nombres escritos en la ropa interior y los voluntarios civiles debemos seguir su ejemplo.

A la señora Potter se le humedeció la mirada.

—Por supuesto, señor —dijo—. Lo haré con gusto y rezaré para que nunca nadie vea ese bordado. Bien. Ahora bajaré a la cocina y pediré que les suban café.

Jack se volvió hacia Maddie y vio sus ojos llenos de lágrimas. Se acercó a ella, la besó y la estrechó contra su pecho.

—Oye —le dijo, con dulzura—, te prometo que nadie verá mis calzoncillos, nunca. Bueno, salvo tú. A ti sí te los mostraré.

Aquella pretendía ser una broma, aunque no había un ápice de diversión en su tono.

La oscura y fría madrugada de la mañana siguiente fue el escenario de la despedida. Maddie y Jack se encontraban solos en la entrada de la mansión, abrazados. Carente de palabras que expresaran sus emociones, ella ciñó sus brazos en torno al torso del abogado y apoyó su frente en la quijada de él. Jack también se aferró a ella, para capturar la tibieza de su cuerpo y llevarla consigo en su largo viaje. El coche que lo conduciría a la estación de tren ya aguardaba, oculto en el vaho húmedo que invadía el camino de ingreso.

—Debo irme, pero no por mucho tiempo —dijo él—. Mi compromiso con el Ejército finaliza el primero de julio. Lo primero que haré, cuando parta del campamento, será correr a ti. ¿Vas a esperarme?

Ella asintió, incapaz de hablar.

—Maddie... —Él la separó de su cuerpo, para mirarla de frente—, prométeme que no te casarás con nadie, al menos hasta mi regreso.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—No lo haré y tú lo sabes. ¿Por qué me lo dices?

—Porque debemos encontrar un hombre que no solo tenga un nombre adecuado para tu cartel, sino que te ame y esté dispuesto a hacer cualquier locura por ti.

Después de decir aquello, la besó con ternura, dio media vuelta y se perdió en la niebla, entregado a su destino. La guerra lo aguardaba.

*Campamento del Ejército del Potomac
Spotsylvania, 6 de mayo de 1863*

Mi querida Maddie:

No sé cómo comenzar esta carta. Dudo sobre qué palabras usar y sobre qué decir o callar.

Es casi medianoche y, a pesar de que este bosque refugia a varias centenas de soldados, reina un silencio antinatural. Lo único que se oye es el susurro del viento y el chisporroteo de las llamas. Fijo la vista en ellas, esperando de que sus destellos reemplacen las horrosas imágenes que veo, aun con los ojos cerrados.

Ayer me uní a la batalla, Maddie. No soy soldado y no era mi obligación, pero no pude permanecer pasivo en retaguardia, viendo pasar decenas de carretas ambulancia y cientos de camillas cargando soldados moribundos. No lo sé con certeza, pero puedo asegurarte que hoy fue una de las peores jornadas en toda la guerra. No sé cuántos hombres murieron en un solo día, pero sí que, en una mañana, el regimiento que me aloja pasó de tener ochocientos hombres a doscientos treinta.

Urgido por ser útil, me presenté ante el capitán y le manifesté mi deseo por sumarme a la lucha. Ante su negativa, le hice admitir que cada hombre en la línea de fuego era valioso y le aseguré que yo me haría cargo de mi propia vida. Iba a negarse de nuevo, cuando una descarga de artillería hizo volar por los aires un ala del hospital general. En todas partes comenzaron a oírse gritos desgarradores y, pronto, el claro se llenó de soldados aterrados, que emergían de las entrañas del bosque, batiéndose en retirada. A intervalos de dos minutos se oían estruendos ensordecedores, que convertían a los árboles que nos circundaban en meras astillas.

En el caos se oían órdenes desconcertadas y llamados de clarín, a la vez que los generales gritaban a los hombres que no fueran cobardes y que regresaran a resistir el ataque. No esperé el permiso del capitán: tomé uno de los rifles y corrí hacia el área en donde la compañía del sargento Spitt aguardaba órdenes. Por alguna razón, él no se asombró al verme allí.

Me esfuerzo por rememorar los hechos ocurridos en batalla, para poder describírtelos, pero no me resulta fácil hacerlo. Por momentos, tengo la extraña sensación de que mi alma no estuvo ahí y que fue solo mi cuerpo el que se sumergió entre las líneas enemigas.

Casi puedo verme a mí mismo, como si fuera un observador lejano o, quizá, un fantasma...

Estoy en retaguardia, esperando las órdenes de los oficiales, y entonces escucho los tonos urgentes de la diana, el redoblar de los tambores y los gritos del capitán del regimiento: «¡Soldados! ¡Formación!» George está a mi lado y me explica que deberemos sortear la colina que nos separa del campo de batalla.

Siguiendo las órdenes del capitán, nos internamos en el tupido bosque y, a cada paso, nuestros oídos se llenan de los rugidos in crescendo que producen las hirvientes gargantas de los cañones. Solo puedo describir ese sonido como mil masas derrumbando mil paredes o como la peor tormenta que jamás haya existido. En ese escándalo infernal, apenas oigo la voz del capitán.

Al fin, llegamos a la cima de la colina y, por un instante, nos dejamos fascinar por el macabro escenario que se despliega a nuestros pies. En el inmenso campo que se extiende ante nuestros ojos, hombres, cañones y animales despliegan una coreografía letal.

Observo las líneas de infantería, de uno y otro bando, convertidas en monstruosos muros humanos. Hombro con hombro, doscientos soldados vestidos de azul conforman una fila que avanza, retrocede y se mueve hacia los laterales. Una fila homóloga, pero vestida de gris, se enfrenta a la primera, imitando sus movimientos. El campo de batalla es una danza macabra, que deja un reguero de muertos en cada compás.

«¡Adelante! ¡En formación! ¡Mantengan sus posiciones!», grita el capitán, distrayéndose del espectáculo de muerte al que nos lanzamos. «¡Ahora! ¡Flanco izquierdo!» Su voz se funde con el llamado del clarín y el redoble de los tambores. Descendemos de la colina hasta pisar el verdor del campo de batalla y la voz de nuestro líder se pierde en el estruendo de la artillería.

Ya no distingo si nos llama valientes, imbéciles o qué.

El regimiento me engulle y me empuja hacia la primera línea de fuego. No hay a dónde ir, salvo adelante. Como un autómatas, hago lo que el capitán ordena: corro como un demente, intentando no tropezar con los bultos que tapizan el suelo. Estos obstáculos inertes son hombres, caballos, armas, mochilas... Si caigo, sé que moriré pisoteado por los cientos de enajenados que corren detrás de mí.

De pronto, un rugido crece en mis oídos e, instintivamente, me agacho. La bala de artillería pasa a centímetros de mi cabeza y cae en medio de nuestra formación. Veo volar los cuerpos de mis compañeros, o parte de ellos. George levanta la bandera, huérfana de su fallecido portador, y su rostro es lo último que veo, pues los cañonazos han velado el campo con su bruma de muerte. Todo es blanco. No veo más que el cañón del rifle y mis propias manos. Pero aun ciego, sigo las órdenes del capitán: «¡Formación! ¡Carga! ¡Disparen a discreción!»

¿Disparar a qué? ¿A la nube que me envuelve?

En ese instante, el humo se abre como la gigantesca cortina de un teatro de horror y distingo la alineación de soldados rebeldes justo frente a nosotros. Ellos abren fuego. Nosotros también. Caen diez, veinte, cien...

¿A cuántos les habré arrancado la vida?

Jamás me he sentido tan triste y culpable como en este momento. Lo único que me alivia es saber que George va camino a casa, a entregarse a tus cuidados. Mi amigo no permitirá que la vida se le escurra por el hueco en donde antes estaba su pie. Por fortuna, Spitt está bien. Recibió una herida en el brazo, pero no es de gravedad.

O'Neill, en cambio, nos ha dejado para siempre. Una bala de cañón le arrancó el alma a jirones, justo enfrente de mí. Cayó con los ojos abiertos y expresión de asombro. Y quiero creer que murió antes de saber qué le había sucedido.

No permití que lo arrojaran a una fosa común, junto con los otros soldados muertos. Soborné a un carpintero y conseguí que me cediera uno de los ataúdes reservados a los oficiales. Lo enterraron bajo un árbol, en una zona tranquila, y colocaron una cruz sobre su tumba. Él era católico y solía rezar por todos nosotros, así que cuando los sepultureros se marcharon me arrodillé frente a su sepultura y, llorando, balbuceé unas palabras de despedida. No sé si enuncié las frases adecuadas, pues no recuerdo cómo se reza... Ojalá lo que dije baste para que su alma se dirija al cielo..., pobre amigo mío.

Tomé sus escasas pertenencias, pero no tengo a quién dárselas. Él no tiene esposa ni hijos, sus padres murieron y nunca lo vimos recibir la carta de un amigo. Su muerte me ha hecho ver que tengo mucha suerte, porque tú velas por mí y eso es mucho más de lo que un solitario como yo podría pedir... Gracias por quererme, Maddie. No tengo a nadie más que a ti. Debí decirte antes lo que siento, pero soy un cobarde. Si mañana muero, nunca sabrás que yo...

Jack dejó la pluma, para secarse las lágrimas que le surcaban el rostro. Luego, arrojó la carta a las llamas. Tomó otro papel y escribió:

Querida Maddie:

Me preguntaste qué significa A: ku-noruhkwa..., bien: esa es la expresión mohawk para decir «te amo».

Desde hace tiempo que lo sé. Pensé en confesártelo, pero me he retraído por miedo a disgustarte y que me pidas que me aleje. No temo a la guerra ni a la muerte más de lo que temo perderte. Aun así, debí decirte que pienso en ti a cada hora, que te anhelo más de lo que se ansía el agua en el desierto y que me duele el pecho cuando no puedo abrazarte.

No creo que puedas mensurar la inmensidad de mi sentir. Incluso dudo que me creas cuando te confiese que ya no quiero despertar si no estás a mi lado. ¿Cómo convencerte de que mi amor es real, para que me aceptes? Seré tu compañero, tu amigo, tu amante o lo que tú quieras, pero, por favor, déjame tenerte cerca.

No voy a enviarte esta misiva, pues quiero decirte todo esto en persona. Pero necesité escribirla, por si algo me sucede. Si muero en combate, los de nuestro bando revisarán los cuerpos caídos, como es costumbre. Y yo llevaré esta carta en mi pecho para que la encuentren fácilmente. En el sobre llevará las indicaciones para que te la hagan llegar, si acaso la parca me encuentra.

*Te amo con todo mi corazón,
Jack*

Después de besar el papel, colocó la hoja en un sobre, en el que anotó:

«Estimado desconocido: si usted encuentra mi cuerpo sin vida, tenga a bien enviar esta carta a la fábrica Colt de Hartford, Connecticut. Está destinada a la señora Maddison Thomas. Gracias por cumplir mi última voluntad.»

El 07 de mayo de 1864 comenzó de la peor forma para Maddie. A las seis de la mañana, recibió un telegrama de Jack, que rezaba:

G. herido. Camino a tu casa, vía Nueva York, en tren del Ejército. J.

El más profundo dolor atravesó el corazón de la joven al enterarse de que su amigo estaba lastimado. De inmediato, le pidió a Will que se dirigiera a la estación de tren, a averiguar para cuándo estaba prevista la llegada del convoy. Ella iría a hablar con el médico de la familia, para que estuviera preparado: era menester atender al herido apenas llegara a Hartford.

George llegó dos días después. Le habían amputado un pie y se encontraba desfalleciente, pero la fortaleza que le permitiera sobrellevar la esclavitud lo había mantenido con vida. En casa de Maddie fue atendido por el mejor galeno de la ciudad y se le asignó una enfermera de tiempo completo. Will y Jim iban a verlo todos los días y se esforzaban por ocultar la tristeza que les provocaba saber que George ya nunca volvería a caminar. Pero aun con su pérdida, el hombre comenzaba a recuperar algo de su buen ánimo. Y esa mejoría se notaba cuando relataba lo que había sucedido en el campo de batalla.

—¡Si hubieran visto a Jack! —decía, moviendo las manos—. Las balas nos silbaban alrededor, los hombres caían como moscas y el ruido de los cañones nos hacía explotar los oídos. Entonces... nuestro sargento cayó. Fue alcanzado por la esquirla de una bomba y se nos fue, el pobre, con cara de no saber qué le había pasado. ¿Y qué hizo Jack? Se puso al frente del regimiento y rugió. Así como se los digo: rugió. Dijo: «¡Adelante, valientes, luchemos por la libertad!» Y, levantando su espada... ¡se lanzó al campo de batalla! Allí...

—George... —lo interrumpió Maddie.

—... se lanzó a la humareda...

—George...

—¿Sí?

—Jack no lleva espada. Hasta lo que yo sé, solo lleva dos revólveres y el cuchillo que le regalé.

—Mmm...

Will y Jim se desternillaron de risa.

—¿Él te pidió que me contaras esta historia? —preguntó ella.

George dudó sobre si decir la verdad, pero se supo descubierto.

—Pues sí y no. La inventamos los dos, en momentos de aburrimiento, con la idea de contártela cuando te viéramos. También yo tengo mi cuento, en el que aparezco con mi sable. ¿Me imaginas?

—¡Por supuesto que sí! —dijo ella, riendo.

Luego, George calló por unos momentos. Al fin, dijo:

—La verdadera historia es que Jack luchaba como un demonio, adivinando al enemigo entre el humo de los cañones, enfrentando a la muerte como un verdadero héroe. Y entonces, me vio caer. A nuestro alrededor llovían pedazos de soldados que habían sido alcanzados por la artillería y las balas pasaban zumbando todo alrededor. Cuando tocaron la retirada y nuestros compañeros de regimiento comenzaron a retroceder, Jack permaneció a mi lado. Yo le gritaba que se fuera, que salvara su vida, pero él no parecía escucharme. Tomó una correa, que no sé qué cosa sería, si un cinturón o qué, y la ató a mi pantorrilla. Después me cargó en el hombro y me sacó de ese infierno, saltando los cadáveres que cubrían cada centímetro del suelo. ¿Cómo lo hizo? Aún no lo sé. Yo llevaba puesta la mochila, que pesa como veinte kilos, y él me levantó como si yo fuera un niño. Y corrió hacia donde estaban los médicos, para ponerme a salvo. Cuando comprobó que me encontraba en buenas manos, me palmeó el hombro, me dijo algo que no recuerdo y regresó al frente de batalla. Si él me hubiera abandonado, yo no estaría aquí.

En aquel momento, una oleada de emoción inundó a Maddie. Sensaciones asfixiadas durante años brotaron como valerosas flores que crecen en el desierto: gratitud hacia Jack... orgullo... admiración... y algo mucho más profundo e intenso, que nacía en su estómago y le presionaba el pecho. Comprendió, de pronto, que aquel sentimiento excedía por mucho el cariño que se le profesa a un amigo. Y debió aceptar que se había enamorado de Jack y que ya no podía concebir su vida sin tenerlo cerca.

Hartford, 12 de junio de 1864

Querido Jack:

Me da mucha felicidad escribirte esta carta, la última que recibirás antes de abandonar el campamento militar y tomar el tren a casa. Si el correo no me falla, este mensaje llegará a tus manos antes del 1 de julio, día en que partirás de allí.

Aquí estamos preparando todo para recibir al «primo» que vuelve de la guerra. La señora Potter ha renovado la ropa de cama y el colchón del cuarto azul, y ya ha instruido a la cocinera para que tenga lista la tarta de manzana que tanto te gusta.

Ayer recibimos dos botellas de tu whisky favorito. Y desde hace días guardo una caja de tabaco indio de la mejor calidad. No me preguntes cómo lo conseguí: yo también cuento con proveedores misteriosos.

Por mi parte, me he comprado varios vestidos, para que no debas verme con mi disfraz de institutriz. Los estrenaré cuando me lleses a pasear por la ciudad. Me prometiste que destrozarías mi reputación de viuda respetable y espero que cumplas tu compromiso.

Hay algo muy importante que quiero decirte y cuento las horas que faltan hasta que llegues.

Maddie

*Campamento General del Ejército del Potomac
30 de junio de 1864*

Querida Maddie:

Esta es mi última noche en el campamento militar y aunque debería sentirme feliz por partir mañana, me invade una tristeza inexplicable. Hoy tengo la sensación de que, cuando me vaya, un trozo de mi alma quedará adherida a este lugar y a los soldados que se convirtieron en mis hermanos.

Ayer recibí la carta que me enviaste el 12 de junio y sonreí al pensar en todas las cosas que has estado preparando para recibirme. Sin embargo, debes saber que mañana no emprenderé el regreso a Hartford. Siento mucho producirte una decepción.

No pretendo que entiendas por qué hago esto y, mucho menos, que me perdones. Sucede que la guerra me ha cambiado y me ha hecho reconsiderar todas las decisiones que he tomado en la vida. Maddie, ya no soy el hombre que conociste hace casi dos años...

Jack siguió escribiendo aquella misiva, pensando con cuidado cada palabra. Una vez terminada la carta, no pensó que meterla en el sobre y escribir un nombre y una dirección en él sería tan difícil. Pero, aunque le dolía, no cambiaría su decisión. Sabía que Maddie sufriría al enterarse de que él no regresaría, pero que, al fin, ella comprendería que todo había sido para bien.

El día siguiente, luego de una emotiva despedida de sus amigos de regimiento, Jack fue a la posta de correos a entregar la carta destinada a ella. El encargado lo saludó entusiasmado:

—Señor Johnson, ¡qué bien que se marcha de aquí! Lo echaremos de menos. Ha sido un gusto tratar con usted.

—También lo ha sido para mí y siempre estaré agradecido por sus servicios. Esta es la última carta que enviaré desde su oficina. ¿Sabe cuándo llegará a Hartford?

—Mmm... Diría que en unos veinte días. Usted sabe cómo están los caminos desde que Lee se nos coló en el este. El mes pasado nos atacaron por sorpresa y perdimos un convoy. ¡Es que es imposible saber por dónde aparecerán esas ratas! Pero no me haga caso, soy un viejo quejoso. Pondré su carta en el carro que sale hoy, así llega pronto.

Jack agradeció al encargado, le dio una generosa propina y partió en la carreta que lo conduciría hasta el pueblo más cercano. Allí compraría un caballo, para iniciar su largo viaje con dirección oeste; lejos de Maddie y de todo lo que conocía.

Los vehículos del correo partieron dos horas más tarde, cargando voluminosas jorobas de sobres y cajas. Ya habían recorrido diez kilómetros, en dirección a Washington, cuando los conductores detectaron la silueta de un muro humano que se agrandaba en el horizonte. La roja bandera confederada ondeaba en un extremo, tiñendo de sangre un pedazo de cielo.

Los empleados del correo y los soldados que los acompañan resistieron el ataque rebelde con toda su potencia de fuego. Aun así, nada pudieron hacer para evitar ser pasados por cuchillo. Los confederados, cuatro veces más en número, se hicieron con las mulas y las carretas y quemaron todo lo que no habrían de llevarse. Así, las cartas alimentaron una gigantesca pira y las frases que llevaban escritas se deshicieron, convertidas en ceniza.

Maddie tenía abierta la ventana de su cuarto, para paliar el agobiante calor que había traído

ese agosto. Sentada frente a su secreter, tenía la mirada perdida en el horizonte rosado. El ama de llaves llamó a la puerta.

—Adelante...

—Maddison, debes bajar a comer. Si no te alimentas, cuando el señor Johnson regrese a Hartford te encontrará muy decaída.

Maddie se volvió hacia la mujer.

—¿Por qué demora tanto, Rose? No he sabido nada de él desde mediados de junio. Tiene que haberle sucedido algo grave.

—El señor Green vino hace un rato. Me pidió que te dijera que el nombre del señor Johnson sigue sin aparecer en las listas del Ejército: no figura como herido, ni desaparecido..., ni muerto.

—¿Y por qué no regresa?

—Bueno... puede haber tenido alguna demora en el camino. Él es abogado, quizá algún evento que requiriera de sus servicios...

Maddie se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—¿Por qué no le preguntas al señor Donovan si sabe algo? —sugirió el ama de llaves—, seguro que él cuenta con algún dato. ¿No regresó hoy de su viaje?

Maddie asintió.

—Tienes razón —dijo—. Le enviaré una nota ahora mismo, para que venga a verme mañana.

Muy temprano, al día siguiente, Maddie recibió a Donovan.

—Espero que su viaje haya ido bien —le dijo ella—. ¿Cómo lo recibieron los canadienses?

—Muy bien, señora. Estas tres semanas han sido muy productivas. Los accionistas extranjeros confían en el renacimiento de la Colt y están dispuestos a arriesgar su dinero para ver a la fábrica funcionando de nuevo.

—Usted es un gran profesional y me alegra contar con sus servicios. Ni Elizabeth ni yo nos imaginamos qué hubiéramos hecho sin su ayuda.

—Para mí es un honor servirles. Dado que ya no trabajaré para el señor Johnson, todo mi tiempo estará puesto a disposición de la compañía Colt.

En aquel momento, el suelo tembló bajo los pies de Maddie.

—¿Dice que ya no... trabajará para Jack?

—Ahora que él se ha ido, no. Pensé que usted estaba al tanto, disculpe si he sido imprudente.

—Pero... él nunca regresó a Hartford ¿cómo es que...?

—Ah, no se sorprenda. Usted sabe cómo es. Dos semanas antes de que se cumpliera su tiempo en el Ejército, me escribió para pedirme que vendiera todas sus cosas y que saldara la cuenta del hotel. No me dio ninguna explicación, como es habitual. Yo creo que no regresará. Salvo para visitarla a usted, por supuesto, pero no para vivir aquí.

Maddie no escuchó la última frase, pues un pitido estridente atravesó sus oídos para instalarse en su cerebro. Abrió la boca, tratando de decir algo, pero ninguna palabra salió de su agarrotada garganta.

—Señora... ¿se encuentra bien? —se preocupó el hombre, atento a la palidez de su interlocutora—, ¿quiere que llame a alguien?

Ella negó con la cabeza.

—No... es nada... yo... Disculpe, no he dormido bien, eso es todo. Lo veré mañana. Gracias por haber venido.

El joven abandonó la casa con reticencia, no sin antes advertir al ama de llaves que la señora parecía estar indispuesta.

Cuando se encontró a solas, Maddie estalló en llanto. Jack se había ido, quizá para siempre, sin

siquiera decirle adiós. Todo había sido una farsa: las flores, los regalos y las palabras afectuosas. ¡Qué estúpida se sintió por haberle entregado su confianza! ¿Cómo podía haber sido tan crédula? Si todos los hombres de su vida la habían maltratado..., ¿por qué iba a ser diferente con Jack?

En ese momento, el ama de llaves entró en la habitación. Se sentó junto a Maddie y la rodeó con un brazo, como cuando era una niña.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Él se ha ido... para siempre.

—Pero... ¿cómo? ¿Estás segura de que no volverá?

—Donovan dice que lo más probable es que no regrese. No debí haber confiado en él. Bajé la guardia como una idiota... y mira lo que sucedió.

—Quizá sea un error... quizá...

—Esto es horrible, ¡horrible! Tengo que irme de aquí, debo buscar otra cosa en qué pensar, cambiar de ambiente... Rose, manda a alguien a buscar a Adela, por favor. Necesito que me organice un viaje. Quiero partir lo antes posible.

—¿A dónde?

—¡No me interesa! Lejos de este lugar, que tantos recuerdos me trae. Dile que venga.

—Querida, estás muy alterada, no precipites tus decisiones. Quédate cerca de tus seres queridos, ellos te consolarán. Irte lejos no te liberará del sufrimiento.

—No. Pero estar aquí lo incrementará. Le diré a Elizabeth que, hasta mi regreso, el señor Donovan me reemplazará en el área internacional.

La señora Potter suspiró, resignada. Sabía que cuando Maddie tomaba una decisión, jamás se echaba atrás.

Una semana después, la joven se montaba en el transatlántico con destino a Londres.

Pasaron tres semanas, desde la partida de Maddie, cuando Jack regresó a Hartford. Lo primero que hizo, antes de correr a la casa de su amada, fue despertar al florista para comprar los ramos que tuviera disponibles.

La señora Potter se preocupó ante la insistencia con la que llamaban a la puerta. Eran las seis de la mañana y no esperaba a nadie. Cuando abrió, supo de inmediato quién se ocultaba detrás de tres docenas de rosas.

—¿Señor Johnson?

—No sé cómo logró reconocerme, pero sí —dijo la voz del otro lado de las flores—. No puedo verla, pero me alegra oírle, señora Potter. Lo educado sería disculparme por la hora y justificar mi imperdonable comportamiento, pero en lo único que pienso es en ver a Maddie. Así que... —él atravesó el portal y arrojó los ramos encima de una mesa— subiré a despertarla.

—Pero, señor... la señora Thomas...

—No está presentable, ya sé, pero a mí me tiene sin cuidado. Así que, si me disculpa...

Jack tomó uno de los ramos y se dirigió a la escalera, cuando la voz del ama de llaves lo detuvo:

—Maddie se ha ido, señor. No va a encontrarla en la casa.

Él la miró por un momento, como si no comprendiera de qué le estaba hablando.

—No regresará en un año —continuó explicando la mujer—. Tres semanas atrás partió a Europa.

Él dejó caer las flores sobre un sofá.

—Pero, no lo entiendo —dijo—, me envió una carta diciéndome que esperaría mi llegada...

¿Por qué no me esperó?

—Sí que lo esperó, señor. Todos lo esperamos, para darle una hermosa bienvenida, pero pasaron las semanas y usted no aparecía. Maddie comenzó a desesperarse, pensando que a usted le había ocurrido algo terrible, hasta que habló con su asistente y él le dijo que usted había mandado a cerrar su estudio legal y a vender todas sus cosas.

—Pero, no puede ser. Yo le envié una carta a Maddie el día antes de abandonar el campamento. Le avisé que demoraría en regresar, que tenía cosas que hacer, pero que regresaría.

—Esa carta jamás llegó, señor. Ella creyó que usted, simplemente, se había marchado para siempre. Y por ello, no pudo soportar el dolor y prefirió irse lejos, para olvidar su pena.

Jack se mesó los cabellos; su gesto era de desolación.

—¿A dónde fue? ¿A qué país?

—No lo sé con exactitud... Alemania, Inglaterra... La señorita Bright organizó el viaje. Seguro ella podrá ofrecerle los datos que usted necesita.

Jack casi corrió hacia la puerta, decidido a tomar acción urgente.

Maddie se encontraba desayunando en el balcón del cuarto de hotel en el que se hospedaba. Había llegado a Heidelberg tres semanas atrás, con la intención de quedarse unos días, pero se había enamorado de la ciudad alemana y había decidido extender su estancia. El otoño avanzaba y los días amanecían cada vez más fríos, pero aquello no le incomodaba. Envuelta en su bata de terciopelo, disfrutaba de la belleza del deslumbrante castillo que se erguía cruzando el río Neckar: una imponente masa color terracota incrustada en un verdísimo bosque.

Alguien llamó a la puerta de su habitación y ella decidió no ir a abrir. Aún no reunía ánimo para que la doncella que había contratado la ayudara a vestirse. Aunque habían pasado meses desde que supiera que Jack se había marchado, el abatimiento seguía lastrando su alma, incluso más que el primer día.

De pronto, sus cavilaciones fueron interrumpidas por el sonido de unos pasos que se acercaban al balcón. Al escucharlos, ella lamentó no haber cerrado con llave la puerta del cuarto.

—Regresa en una hora, Hilde, por favor —pidió Maddie, sin mirar a quien entraba—. Aún no es tarde.

Pero no fue la aflautada voz de la muchacha la que respondió.

—Espero, de todo corazón, que no lo sea.

Maddie se puso de pie de golpe y se volvió hacia la última persona que hubiese esperado encontrar. Sus ojos recorrieron al intruso de arriba a abajo, confirmando que era el espectro que la visitaba en sueños; solo que el que estaba de pie frente a ella era de carne y hueso. El abogado había perdido peso, algunos senderos grises trazaban su oscuro cabello y la piel bajo sus ojos mostraba un color violáceo, que denotaba un sufrimiento profundo. Un resorte interior casi la impelió a correr hacia él y arrojarse en sus brazos, pero aquel impulso quedó ahogado por la parte de ella que estaba agarrotada por el dolor.

—Jack, ¿qué haces aquí? —susurró.

—He venido a buscarte.

—No tienes derecho a venir...

—Tengo derecho a arrodillarme y pedirte perdón por lo que he hecho.

—No te perdonaré nunca... Ahórrate el esfuerzo. No quiero verte.

—¡Al menos deja que te explique por qué demoré en regresar a Hartford! Hay una razón.

Él quiso acercarse, pero ella se alejó.

—No existen justificativos para lo que hiciste, Jack —dijo—. Me destrozaste el corazón y sea lo que sea que vayas a decirme, no voy a disculpar tus actos.

—Maddie, te amo...

El rostro de ella se transfiguró por el dolor y la furia.

—¡Nunca vuelvas a decir eso! —gritó—. ¡Jamás! Y vete ahora mismo, porque si te quedas aquí, no respondo de mis actos.

Sabiendo que no habría conversación posible, estando ella tan enfadada, él asintió y caminó hacia la puerta. Cuando estaba por atravesarla, se volvió hacia la joven.

—Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida y pelearé por ti —dijo, sereno—. Este no es el adiós.

Maddie pasó el resto del día en la cama, sin fuerzas siquiera para comer o vestirse. La reaparición de Jack había significado un tremendo golpe para su alma, ya atormentada. Su corazón estaba dividido en dos y ambas partes le gritaban cosas distintas. Una, le pedía que estrechara a Jack contra su pecho, en ese mismo momento y sin dilaciones. Pero la otra mitad le gritaba que se alejara de la presencia de aquel hombre, que tanto la había dañado.

Cuando caía el sol, la doncella le llevó una carta. Maddie reconoció la caligrafía.

—Tírala, por favor —le indicó a la muchacha—. Y si ese hombre regresa, no aceptes nada de su mano.

—Ja, Frau Thomas.

—Gracias, querida.

Hilde dejó caer el sobre en la papelera.

Por la noche, Maddie se acostó, intentando conciliar el sueño. Pero mil imágenes comenzaron a pasar por su mente: ella y Jack, juntos, disfrutando del contacto de uno con el otro; ambos abrazados observando las ruinas de la fábrica quemada. Él, siempre él. Las letras y las frases escritas por Jack, en sus cartas, desfilaban por los ojos de la joven, como si volvieran a escribirse, esta vez sobre su alma, en lugar del papel.

Pasada la medianoche, insomne e inundada por la ansiedad, Maddie ya no pudo contener el ansia de conocer el contenido del mensaje que él le enviara. Había resistido la tentación de entregarse a un impulso tan dañino, sabiendo que se arriesgaba a que Jack terminara de romperle el corazón. Pero su mente estaba intoxicada con una necesidad insistente, que era la de obtener una explicación; algo que, al menos, le diera una respuesta de por qué él se había marchado de ese modo.

Finalmente, se levantó y fue directo hacia la cesta donde estaba el sobre. Luego, lo tomó y lo abrió. Adentro había una carta y una fotografía, a la que no prestó inmediata atención.

El mensaje rezaba:

Querida Maddie:

Antes que nada, quiero que sepas que jamás tuve la intención de dañarte. Que te amo y que no cejaré en mis esfuerzos por que vuelvas a quererme. Si debo perseguirte por toda Europa para poder explicarte los motivos por los que no regresé a Hartford cuando tú me esperabas, lo haré.

Nunca fue mi intención que creyeras que me había ido para no regresar. Te escribí una carta, el día antes de abandonar el campamento, en la que te explicaba que no regresaría de inmediato, pero que pronto te estrecharía entre mis brazos. Es evidente que esa nota se perdió en el camino. Soy un idiota por no haberte enviado un telegrama en ese momento; me pareció que era un medio demasiado frío para hacerte saber que demoraría en volver a casa. Me culparé por eso toda mi vida y te prometo que, si vuelves a aceptarme, dedicaré los años que

me quedan a resarcirte por haber hecho tal estupidez.

Te preguntarás por qué no fui directamente a Hartford, si en lo único que pensaba era en abrazarte. La respuesta es que, antes de regresar a ti, debía hacer lo más trascendental que he hecho en toda mi existencia. Yo debía demostrarte que había cambiado. Debía convencerte de que el sujeto errante, negado a cualquier posibilidad de amar y ser amado había muerto en la guerra, y que lo que sentía por ti no era un impulso o un capricho pasajero. Pero no sabía si podrías mensurar la intensidad de mi sentimiento y pensé en mostrarte, más que decirte, cuánto significas para mí. Fue por ello que necesité irme por un tiempo.

Pero no agregaré palabras a esta carta, pues estas no son más que manchas incapaces de expresar lo que arde en mi corazón. Te ruego que consideres reunirme conmigo, al menos por unos minutos. Y si estás decidida a no volver a hablarme, hazme un último favor y observa la fotografía que te he enviado. Luego de hacerlo, juzga si aceptarás o no volver a verme.

Tu balcón está justo enfrente del castillo de Heidelberg. Cada día pasearé por los jardines que rodean el palacio, esperándote. Si no te presentas, te seguiré a tu próximo destino. No me resignaré a perderte.

Te amo con toda mi alma,

Jack

Maddie leyó las últimas palabras a través de un velo de lágrimas. Deseaba creerle, pero aún no podía confiar en él. Se secó los ojos y tomó la fotografía que yacía sobre su regazo. En ella estaba Jack, posando junto a su caballo en la ajetreada calle principal de un pueblo polvoriento. Justo detrás de él se veía una bonita tienda que contaba con dos plantas. Las vidrieras del negocio estaban rodeadas por cortinillas con volantes, que enmarcaban generosos escaparates. Observó el edificio, sin encontrar nada en particular, hasta que sus ojos se posaron en el cartel que coronaba el frente. Este rezaba: «Johnson & Johnson, armas y municiones».

—¿Qué significa...? —susurró ella— ¿Johnson y Johnson?

Entonces, dio vuelta la fotografía. En el dorso, Jack había escrito:

Jamestown, California

2 de agosto de 1864

Querida Maddie:

¿Aceptarías llevar mi apellido? Se ve bastante bien en el cartel de nuestra tienda.

Di que sí.

Jack

A las ocho en punto del día siguiente, el abogado paseaba por los jardines del castillo. Se detuvo por un momento a observar una de las gigantescas torres, que aun en ruinas era magnificente. Hacía frío, pero no demasiado, por lo que caminó despacio, sorteando los arbustos que crecían casi sin control. Ya nadie se ocupaba del derruido coloso.

En aquel instante, llegó a sus oídos el sonido más dulce que jamás oyera.

—¿Jack?

Sorprendido, se volvió para comprobar que la mujer que amaba estaba a solo unos pasos de él. No la había oído llegar.

—¡Maddie!

Sin pensarlo, corrió hacia ella, pero se detuvo un paso antes de tocarla. No podía saber si había ido allí para perdonarlo o para despedirse de él, definitivamente.

—Necesito saber algo —dijo ella, acercándose.

—Por supuesto —respondió él, ansioso—, lo que sea.

La joven hizo una pausa que a él se le antojó una eternidad. Luego, muy seria, preguntó:

—¿Venderemos revólveres Remington en nuestra tienda?

Él soltó el aire que había estado conteniendo y rio de puro alivio.

—Son competidores directos de la Colt —dijo, al fin—, pero si tú lo deseas...

—Por supuesto que no. Solo quería estar segura de que vamos a ser buenos socios.

—¿Vas a casarte conmigo?

—Viajaste hasta Jamestown y montaste el negocio de mis sueños, solo para convencerme, ¿crees que sería capaz de negarme? Además... —Ella le tomó las manos y se las besó.

—¿Además?

—¿Cómo podría decirle «no» al hombre que amo?

Jack la abrazó con tanta fuerza, que los pies de ella se despegaron del piso. Allí, en el ruinoso jardín del hermoso palacio, juraron que ya nunca se separarían.

Epílogo

Siete años después.

A la Sra. Elizabeth Colt
Hartford, Connecticut
Remitente: Sra. Maddison Johnson

*Jamestown, California
29 de septiembre de 1871*

Querida Elizabeth:

Recibí tu carta con enorme alegría y me ha dado gusto saber que Caldwell y tú se encuentran muy bien. Tu muchachito ya tiene ¿cuánto?, ¿trece años? Cuando puedas, por favor, envíame una foto de ambos, para guardarla entre mis bienes más preciados.

Gracias por darme noticias acerca de Jim. Me alegra saber que su vejez es tranquila y que tú velas para que nada le falte (la historia que me cuentas, acerca de que, aun guardando cama, le robó el reloj al médico, me ha hecho reír muchísimo).

Me es difícil expresar cuánto te echo de menos. Espero poder viajar pronto a Hartford, aunque no me será tan fácil, dadas las muchas obligaciones que me retienen aquí. El negocio se agranda y somos felices por ello, aunque estamos cada vez más ocupados.

Sabes que estás invitada a venir a visitarnos. Nuestra casa no es muy grande, pero es bonita y acogedora, y siempre hay una habitación disponible para que, cuando puedas tomar un respiro de la febril actividad de la compañía, puedas disfrutar de nuestra hospitalidad. Nuestra cocinera, la señora Fairdale, y la doncella que hemos contratado para que se ocupe de las lides domésticas son dos tesoros difíciles de hallar en un sitio agreste como lo es Jamestown. No tenemos más personal que ellas. Aquí nadie vive en grandes mansiones, ni posee carruajes suntuosos, por lo que hemos decidido prescindir de todo lujo, para vivir de acuerdo con el espíritu de la ciudad. Y la experiencia es maravillosa.

Bien, ha llegado la hora de las novedades. Te alegrará saber que George acaba de contraer matrimonio con la maestra de nuestra pequeña escuela. Si los vieras juntos, esbozarías una sonrisa: él ya cuenta con cincuenta y cinco años y la dama tiene cuarenta y nueve, pero cuando se miran parecen dos jovencitos enamorados. Cuando se supo acerca de su compromiso, este no fue bien visto por los pobladores. Las relaciones de pareja entre negros y blancos son raras incluso aquí, un lugar que no comparte ni la ley ni la moral de las ciudades desarrolladas. Pero dado que George es el encargado de nuestra tienda de armas (y, por lo tanto, una de las personas más adineradas de esta modesta ciudad) y ella una maestra muy respetada, las miradas de censura ya comienzan a reflejar resignada aceptación. Estoy segura de que, poco a poco, su matrimonio será visto como algo natural. Sobre todo, porque el «Lejano Oeste» se ha convertido, desde el fin de la guerra, en el refugio de muchos exesclavos que vienen en busca de un entorno en el que son más aceptados que en cualquier otro lugar del país.

Acerca de Will, él sigue con su negocio de cría de caballos, con gran éxito. Mi Lizzy lo idolatra y lo sigue a todas partes. La niña ya tiene tres años y cada día es más parecida a su padre, tanto en aspecto físico como en actitud (por esto último, no sé si alegrarme o

alarmarme... ¿Tú qué dices?).

Y hablando de mi amado esposo, debo ir finalizando esta misiva, pues hoy es miércoles; el día que reservamos solo para nosotros dos. Partimos temprano, hacia algún paraje cercano, a hacer un picnic, conversar y reírnos por horas. También llevamos bastantes municiones, porque desde hace dos años estamos enzarzados en una competencia de tiro, que se vuelve más y más desafiante cada vez. El miércoles pasado me sacó una ligera ventaja, pero hoy me siento inspirada y voy a ganarle.

No puedo expresar con palabras cuánto lo amo, pero tú me entenderás, ya que adorabas a Sam. Jamás nos aburrimos estando juntos y no nos cansamos de abrazarnos y besarnos. Disfrutamos cada día nuestra relación, nuestra hija y la vida sencilla que nos hemos prodigado.

Cúdate, querida prima, y besa a tu muchachito por mí.

Con todo cariño,

Maddie

Página agregada por Jack, diez minutos después.

Querida Elizabeth:

Antes de cargar a mi amada esposa en una carreta derruida y llevármela a lontananza (para que nadie, salvo yo, pueda disfrutar de su luminosa compañía) quiero extenderte mi mayor agradecimiento por haberme obligado —9 años atrás— a custodiarla a lo largo de 600 kilómetros atestados de indios sanguinarios, violentos cazadores de esclavos y soldados rebeldes. Jamás pensé que me enamoraría de nadie y, heme aquí, aturdido de amor por la mujer que alguna vez tuvo el profundo deseo de asesinarme (y yo a ella, he de confesar).

Te envío esta nota porque quiero pedirte un favor: dile a George McLellan que siempre le estaré agradecido por haber nacido idiota y no haberse casado con mi Maddie.

Me despido; tengo una competencia de tiro que ganar.

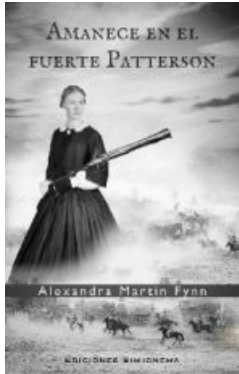
Tuyo,

Jack

Acerca de la autora

Alexandra Martin Fynn es autora de las obras *De Inglaterra a Virginia* (finalista del VI Premio internacional Vergara), *Pintar en las sombras* y *Las brumas de la memoria*, novelas publicadas por Penguin Random House; y de *Amanece en el fuerte Patterson*, publicada por Ediciones Simionema. Antes de dedicarse exclusivamente a la escritura, se desempeñó como profesora universitaria, investigadora en el campo de las ciencias sociales y la narrativa cinematográfica. Su experiencia docente la llevó a vivir un tiempo en los Estados Unidos, en donde se inspiró para escribir *Las rosas de las espinas*.

Otros títulos de la autora



Amanece en el fuerte Patterson.
Ediciones Simionema



De Inglaterra a Virginia.
Ediciones B, Penguin Random House.
Novela finalista en el VI Premio Vergara - RNR



Pintar en las sombras.
Ediciones B, Penguin Random House.



Las brumas de la memoria. Ediciones B, Penguin Random House.

EDICIONES SIMIONEMA



www.simionema.com

info@simionema.com